

EL FIN DE LAS ILUSIONES

Análisis de las incertidumbres de los procesos contemporáneos

Patricio Rivas H.

Patricio Rivas H.

EL FIN DE LAS ILUSIONES

**Análisis de las incertidumbres
de los procesos contemporáneos**

Universidad UTE

Editorial IAEN

2025

EL FIN DE LAS ILUSIONES

Análisis de las incertidumbres de los procesos contemporáneos

ISBN

978-9942-843-52-4

Autor

Patricio Rivas H.

Diseño y diagramación

© Editorial Universitaria UTE

Correo electrónico: editorial-universitaria@ute.edu.ec

Dirección: Bourgeois 210 y Rumipamba

Diseño de portada

Santiago Cárdenas

Edición y corrección de estilo

Editorial IAEN

e-mail: editorial@iaen.edu.ec

Dirección: Amazonas N37-271 y Villalengua

Impresión

Editorial IAEN

e-mail: editorial@iaen.edu.ec

Dirección: Amazonas N37-271 y Villalengua

Tiraje: 100 ejemplares

PRIMERA EDICIÓN

Noviembre, 2025

Quito - Ecuador

ÍNDICE

Prólogo	5
Introducción	7
1. Opciones límite	13
2. Derechas, izquierdas, capital cognitivo y biopolítica.....	21
3. El futuro fue ayer.....	35
4. La OTAN: fuerza o parodia.....	51
5. La realidad entre los datos y las fantasías.....	53
6. Un período de tormentas. Cultura y geopolítica.....	59
7. Una lógica de conflictos	63
8. La tumba de Maquiavelo	71
9. Destinos e historia	77
10. La historia y la bruma.....	79
11. Es una crisis inédita	83
12. Un riesgo nada retórico	89
13. Historia y desesperación	99
14. Decadencia o giro geopolítico.....	101
15. El programa de las luces, la razón y la guerra.....	103
16. Entre Kant y Clausewitz.....	107

17. Pasos en el tejado.....	111
18. La teoría social y los dramas en desarrollo	119
19. Unas conclusiones en este camino.....	127
Bibliografía.....	135

PRÓLOGO

Cómo hablar de alguien que ha sido parte de nuestros debates académicos durante años y que habita nuestras ideas, lecturas y polémicas sobre los mundos públicos y los destinos creativos. Verlo en discusiones apasionadas o en charlas de medida analítica gesta un clima próximo, pero aun así difícil de procesar en palabras. Mirar la historia es un ejercicio que implica rememorar hechos y eventos que pueden evocar variadas originalidades, algo que Patricio Rivas Herrera conoce de primera mano. Es doctor en Filosofía y su trayectoria académica e investigativa se centra en temas de seguridad, estudios estratégicos, epistemologías, políticas exteriores, resolución de conflictos, derechos humanos, entre otros. Su trabajo integra el análisis histórico-filosófico con herramientas de gestión estratégica. Catedrático, pensador y escritor de varias obras relevantes, recibió el Premio Nacional del Fondo del Libro de Chile como reconocimiento a su trayectoria intelectual.

A temprana edad, Patricio Rivas Herrera es testigo de las condiciones de miseria en las que viven los mundos marginales situados en los alrededores de las ciudades chilenas, de las dinámicas de esperanza, los sueños y también las frustraciones colectivas. Observa, como ya ha escrito él en otras obras, ensayos y artículos, la fragilidad de todo orden de la política y, con ello, de la vida misma. Es, de muchas formas, un crítico de la ingenua certidumbre de la continuidad de la historia que suele acompañar la falta de visión crítica y de fuerza.

Sobreviviente de los más densos eventos en su vida y en la de muchos otros como él, es un ejemplo y testimonio de la metamorfosis en sus variadas críticas al carácter demencial de muchos aspectos de este mundo. Lo hace, quiero destacar, con ironía y profundidad. No hay en él esa solemnidad que

acompaña a muchas puestas en escena universitarias, marcadas más por la liturgia que por el diálogo.

Su reflexión lucha contra un sistema que busca y exige callar en el eterno drama de la memoria. Violeta Parra, sobre quien Patricio escribió una obra de teatro exhibida muchas veces, ha sido para él un símbolo de fuerza y de belleza creativa, incluso cuando esta se expresa en medio del dolor, y acompaña la voz y el pensamiento agudo del autor. Quienes hemos compartido su trayectoria no solo hemos encontrado en él a un intelectual comprometido, sino a un ser humano capaz de inspirar desde la coherencia entre pensamiento y vida.

Ciertamente, esta reciente obra de Patricio es un texto que evoca un diálogo con el pasado, una reflexión del presente y una apuesta por la construcción de un futuro desde la historia, sus debates filosóficos, metodológicos y actuales. Aquí se puede intuir el laboratorio intelectual de varios autores y la forma de ponerlos en escena párrafo por párrafo. Esta lectura es una invitación a leer con criticidad, a pensar con profundidad y a decidir con convicción sobre nuestro mundo.

Phd. Paulina Soto Labbe

INTRODUCCIÓN

En un período del siglo XXI en el que, en el ámbito académico, se debate con intensidad sobre las dinámicas históricas, políticas y geopolíticas de los conflictos en curso, este libro nos invita a pensar el giro mundial desde una doble sugerencia: por un lado, el pensamiento clásico de la filosofía política y de la historia; por otro, el debate contemporáneo, en el que el análisis y el fundamento histórico, tanto como los geopolíticos, se vuelven especialmente relevantes.

Cuando se habla de las condiciones de verdad en la actualidad, no es difícil encontrar una inmensa masa de información y datos que se mezclan con visiones, en ocasiones inicuas, en juegos de certidumbres y afirmaciones. Esto también se manifiesta en la literatura de divulgación. Todos los intentos epistemológicos y ontológicos por dotar de legitimidad la relación entre historia, política, guerra y verdad son complejos y estarán permanentemente inacabados; esto ya lo sabemos después del siglo XX.

Quizás, en el fondo, se produce un malentendido cuando se pretende encontrar afirmaciones unívocas e irrefutables desde la genealogía y lo teórico-conceptual. Por otra parte, está la duda comprensible en este tiempo del siglo XXI, inundado de reformulaciones e incertidumbres. En relación con el primer aspecto, los énfasis de este libro sugieren apuntes sobre el clásico dilema de verdad y método propuesto en el siglo XX por Hans-Georg Gadamer; es decir, la historia, aun la más consensuada, será siempre un debate abierto desde una hermenéutica en la que el presente incorpora materias acuciantes, no solo para reformular lo que se adoptó como visión, sino también para hacer presentes originales singularidades sobre lo pretérito.

Todo esto pone de relieve que, aun ahora, en las dinámicas mundiales hay múltiples asuntos importantes, pero no visibles, que son y serán revisados como aspectos clave en un futuro próximo. Así ocurre, en mi opinión, frente al amplio campo de la geocultura, que se incrusta en las relaciones de fuerza en pugna en el plano ético y psicosocial; también frente a las crisis de las nociones de pertenencia, nacionalidad y autoseguridad identitaria, o, desde luego, frente a los efectos del delito transnacional en el orden político mundial. Todo esto ha sido y será lanzado al juego de un nuevo orden mundial apenas en sus inicios.

El sistema-mundo tendrá grandes fracturas en sus rutas globales, en las formas de la política, en la noción de orden internacional y en el concepto tradicional de geopolítica. Esto nos conduce a una interrogante de fondo: ¿podrán las ciencias sociales y humanistas, en sus diversas áreas, llevar el ritmo adecuado? En el escrito comentado encontramos una sugerencia teórico-analítica favorable a este desafío, muy profundo.

En el tablero geopolítico se libran diferentes conflictos, con valores relativos desiguales. Los más recientes son la guerra entre Irán e Israel, el conflicto entre Rusia y Ucrania, y las tensiones entre Taiwán y China. Cada nación es una pieza de ajedrez que actúa mediante movimientos calculados, estrategias de ataque y objetivos claros de sobrevivencia, pero también cada una está sometida al riesgo del error. En el juego, Estados Unidos y Oriente Medio están representados por la torre: en el primer caso, Estados Unidos busca mantener su resquebrajada hegemonía a través de movimientos políticos proteccionistas y de escaso impacto en el mediano plazo; en el segundo caso, se expresa el control del suministro de las reservas mundiales de petróleo.

China se desplaza silenciosamente como el alfil: evita conflictos, por ahora, mientras construye una arquitectura productiva que garantice su desarrollo tecnológico y comercial a largo plazo. Los países de Latinoamérica y África figuran como peones dispersos, con limitada autonomía e influencia en el sistema internacional; no obstante, poseen diversos recursos

naturales que, si son bien jugados, permitirían a estos países realinearse en el juego. Para ello, por lo menos, se deben superar los patéticos déficits de sus élites y sistemas de gobierno, en algunos casos.

El acelerado ascenso de ciertas élites en el contexto mundial se ha cimentado en la inversión en ciencia y tecnología, así como en el control de las narrativas discursivas que orientan la opinión pública, las cuales legitiman decisiones y actos geopolíticos. De esta forma, se convierten en elementos que resultan herramientas estratégicas para la toma de decisiones de quienes dominan el tablero. A pesar de ello, las tensiones, conflictos y resistencias continúan como resultado de reglas impuestas por naciones que buscan legitimar su poder; otras, emergentes, anhelan ingresar en las reglas del juego o cambiarlas; y otras, simplemente, esperan sobrevivir.

Una de las principales condenas de este enfrentamiento desigual son las limitaciones de los recursos mínimos para vivir e incluso sobrevivir: el control mediático, los crímenes silenciosos que han cobrado la vida de miles de personas, el desplazamiento de hogares que ha sobrepasado la capacidad de respuesta mundial, entre otros. Es claro que nos enfrentamos a un escenario global hipercomplejo, lleno de obstáculos e incertidumbres que dificultan la toma de decisiones. Entonces, ¿puede la historia ser la brújula que nos proporcione la comprensión del presente y nos oriente hacia el futuro incierto?

Este libro nos introduce en la hermenéutica de diversos recursos multidisciplinarios que combinan varias perspectivas —como la filosofía, la geopolítica, la epistemología, el pensamiento complejo y la prospectiva— que permiten una relectura crítica de la historia como herramienta estratégica. Por ello, se instituye como un acto de lucidez frente al creciente caos y las tensiones que enfrenta el mundo contemporáneo.

La obra transita a través del análisis de diferentes momentos intelectuales. Por un lado, critica el historicismo determinista y el positivismo que reduce los hechos a meros acontecimientos; luego sitúa el pensamiento complejo, que abre posibilidades para comprender las dinámicas cambiantes

que emergen de los sistemas; finalmente, añade al análisis la interrelación entre historia, estrategia y toma de decisiones, una tríada que permite diseñar modelos de gestión flexibles y abiertos. Todo esto se hace desde una mirada de urgencia para actuar y pensar en medio del caos y la incertidumbre.

Desde una ética disidente, el libro también expone la banalización del poder, la violencia geopolítica, la militarización de la política y la expansión del mercado ilegal en la modernidad. Este texto propone tejer un modelo explicativo sobre la evolución de la situación mundial en este ciclo histórico, basándose en los aspectos más graves de los fenómenos en curso en los últimos diez años.

En primer lugar, lo hace desde una panorámica general, asumiendo que muchas piezas estarán en constante movimiento, como en Ucrania, el estrecho de Taiwán, el Oriente Medio o los roces entre la India y Pakistán, con sus derivadas en Rusia, la Unión Europea, la OTAN, China o Estados Unidos. Desde ahí, se concentra en singulares asuntos críticos y específicos de los hechos internacionales globales, tanto del sistema internacional y las hegemonías mundiales como de la historia social en marcha, para inferir tendencias de largo plazo para el siglo XXI en un nuevo tipo de sistema de mundo y sus centros de poder.

Estas páginas culminan con conclusiones estructurales, políticas y geopolíticas referidas a las mutaciones de las relaciones de poder que esculpirán los tiempos por venir. Es evidente que estas relaciones también remiten a las condiciones psicosociales de control y libertad del mundo occidental, en la medida en que estas formas signan la vida histórica de este tiempo. Las sociedades militarizadas y también las burocratizadas, aunque con formas distintas, pueden hacer cosas insensatas contra otros y contra sí mismas. Lo vimos en el caso de Japón y Alemania desde mediados de la década de 1930 hasta 1945.

El voluntarismo como razón de la política es reduccionista en sus orígenes y caótico en su desarrollo: arrastra vidas, recursos y desarrollo humano. La desconfiguración del orden mundial hasta extremos inauditos

durante toda la primera parte del siglo XX fue el resultado de una conjugación de factores distintos, entre ellos los vaciamientos culturales de valores y marcos de referencia aceptados por las grandes potencias de la época para preservar la paz. Saber cómo se comportan los países en condiciones de crisis aporta muchas indicaciones sobre las capacidades políticas de los grupos dirigentes de Estados e instituciones.

El enfoque que fue desarrollando Norbert Elias sobre el proceso de la civilización en la tercera década del siglo XX ha sido interrogado escasamente, con el correr del tiempo, desde la geopolítica clásica, porque no se suele percibir el nexo o vínculo, especialmente hoy en día, entre la historia de las civilizaciones y las crisis del poder. Mi opinión es diferente: el marco de la civilización siempre debe ser también el de la geopolítica.

Cuando la mayoría de las élites no ve mucho más allá de lo que ocurre bajo sus pies, situar las fracturas de la paz como signos de debilidades civilizatorias aporta profundidad de comprensión sobre nuestros destinos. Bajo la influencia de las industrias de prensa, tanto en la formación de mentalidades públicas como en la producción de eventuales tesis, quienes proponen la visión geopolítica dominante lo hacen más como juegos de poder de las élites que desde una pirámide de civilización.

Resituémonos brevemente en Elias: las articulaciones de equilibrios de poder en las sociedades cortesanas, desde los cambios sociales que emergen desde abajo, supusieron una delicada situación de dominio para las capas superiores, sus figuras, culturas y mentalidades. En este giro de las energías históricas, las capas subalternas se van haciendo más poderosas y seguras de sus pasos. Se podría mantener un cuadro frágil de dirección, pero de continuidad, integrando el movimiento desde abajo con el control de los de arriba, incluidos los recién llegados a las decisiones. La otra opción es negociar y reclutar a estos con beneficios económicos básicos y amplios, pero sin poder político.

En la actualidad, existe la posibilidad de que quienes pertenecen a las viejas culturas éticas y estratégicas no perciban los cambios en las relaciones

profundas de poder. Al no reconocer estas transformaciones, pueden ser superados en medio del tumulto de nuevos momentos políticos que, a su vez, reconfiguran mapas de la geopolítica práctica de fuerzas y dominios mundiales (Elias, 1989). Dentro de estos amplios fenómenos, las élites que monopolizan hoy las relaciones de poder internacional no logran asimilar que su desfuncionalización histórica no es un momento dentro de un período de permanencia, sino una ruptura orgánica de la reproducción social. Por ello, es posible que los diques que acotaban las violencias de Estado y sociedades se sigan rompiendo en lugares clave del mundo.

Cuando miramos los cambios estructurales en curso y las reconfiguraciones culturales de las élites y sus políticos clave, debemos interrogarnos sobre sus orígenes y causas. De esta forma, varias de estas élites quedan en las periferias de los núcleos de los fenómenos porque muchas de ellas están caducas.

Lo que se denomina lo micro y lo macro en el libro *El proceso de la civilización* de Norbert Elias articula estos cambios muy profundos en dos niveles: el macroestructural, que actúa en ocasiones muy lento y en otras más rápido; y lo micro, que nos muestra nuevos panoramas que solo se observan cuando hay perspectiva visual, es decir, cuando las nociones de civilización y cultura fraguan el cambio en la humanidad. Desde estos lugares moleculares se informan las opciones, visiones y acciones de las estructuras en alto grado, lo cual tiene un resultado dinámico en los volúmenes de poder político y geopolítico.

A esto lo he denominado geopolítica crítica, obviamente sujeta a la dinámica de los hechos y de los debates científicos. De todas maneras, es importante subrayar que Elias escribe su obra antes de la Segunda Guerra Mundial y de las dos bombas atómicas lanzadas sobre Japón en 1945, que cambiaron todo el panorama de civilización, pues fueron artefactos de poder científico, militar y político. Todo esto introduce variables radicales, sin pausa hasta hoy, en la visión sobre el poder y sus recursos.

1

OPCIONES LÍMITE

Hace años, en 1947, el historiador Arnold J. Toynbee escribió *La civilización puesta a prueba*, obra que constituye un resumen breve de sus tesis básicas en relación con la estabilidad y la crisis de las civilizaciones. En ella intenta sintetizar las tragedias de 1939-1945. Sus hipótesis son amplias y temerarias dentro de un marco de optimismo, en una situación de salida de la tragedia bélica e ingreso en la perplejidad cultural. Hay tres ejes en sus páginas: ve al comunismo como una competencia no bélica, aunque podría llegar a serlo; sostiene que la historia tiene semejanzas, pero no se repite con rigor; y afirma que las lecciones de la historia, como búsqueda, tienen límites. La motivación para citarlo es la posibilidad de que los fracasos de las formas sociales de la modernidad generen un desastre sin retorno, como bien pudo haber ocurrido entre 1939 y 1945 o después. Esto sugiere que un segundo gobierno mundial, luego de la Liga de las Naciones (1919), también puede fracasar, como ha estado ocurriendo, según vemos desde el 2000 en adelante, con las Naciones Unidas.

Observemos que las sociedades que se desintegran pueden tener recuperaciones parciales hasta que estas ya no son posibles. Hay palabras que, de tanto uso indiscriminado, gastan su filo explicativo, como globalización, mundialización o crisis general. Nuestra época no es la de la Grecia subsumida en parte por Roma, ni la de la desintegración de Roma, que aun así expande su cultura en un mundo que la derrota políticamente, pero la integra en su propia cultura. La curva de conflictos entre Occidente frente a China y Rusia, así como la estrategia de acciones diversas y temerarias del gobierno de Estados Unidos, nos está orillando a un espacio de ruptura en los equilibrios mundiales después de la Guerra Fría. No se trata solo de

pugnas de aranceles, mercados o déficits fiscales. El eje que explica lo anterior es, directamente, el poder mundial durante este siglo, con poderes que se batén por sobrevivir a toda costa y eliminar al otro. Cuando la marea de los hechos se concentra en el poder directo, la guerra aparece como medio de la política, no en sus extremos, sino en toda su línea de tiempo y de lugar. El proyecto de la paz e incluso la idea de neutralidad han quedado fuera de los programas de muchas sociedades.

El clima de rápida transformación socioeconómica en expansión tiene el perfil de un tratamiento de choque contra la democracia y la política participativa y deliberante. Tiende a una forma de capitalismo al borde de una guerra general, en la que las personas y las naciones podrían estar dispuestas a aceptar todo lo que les devuelva la seguridad como autoencierro frente a esta volatilidad extrema de tecnologías, mercados o bolsas: crisis, miedo, sumisión, debilitamiento de lo público. Los bancos centrales manejan las tasas de interés, emiten liquidez inflando el valor de activos financieros y concentran aún más el poder y la riqueza.

Así se debe leer la doctrina de Donald Trump: un dólar débil que le aporta competitividad, el control del sistema financiero internacional y el poder militar, junto a la retirada de territorios para luego negociar una nueva estabilidad. No hay nada de improvisación, aunque sí desmesuras riesgosas que siguen un guion muy amplio, mucho más allá de los propios actores. Es una arquitectura audaz, pero frágil, si algo sale mal. Como ocurrió con las insólitas y trágicas medidas de la denominada Revolución Cultural china hacia fines de la era de Mao Tse-Tung (1949-1976), ahora se trata de la geoconomía del poder global, donde ya está en ciernes un orden global alternativo en la estrategia de varias naciones y de China, con amplias aperturas hacia diversas regiones del mundo. Esta es una senda de otra lógica, que busca diálogos y cooperación y no desea las guerras ni, menos aún, la destrucción de Occidente. Aclarémoslo: la lógica del Occidente central, más atlántico y europeo, nos conduce, con altas probabilidades, a una guerra general en las próximas décadas.

La lógica de China, que no es ingenua, se estructura en alianzas generales, regionales y locales. Insinúa un estilo de distribución más amplia del poder mundial frente a una parte de Occidente que busca reconcentrarlo mediante recursos financieros, monetarios y militares, como se evidencia en la militarización de la Unión Europea y en la aspiración de crear los Estados Unidos de Europa. Desde la esfera anglosajona, cabalgando en una élite mundializada de gobierno al amparo del perfil pragmático posible de figuras como Mario Draghi, la tecnología, las finanzas y las armas se proyectan como bienes públicos.

La reorganización de las industrias civiles, orientada a que parte de sus tecnologías produzcan para una guerra entre Rusia y Europa hacia el año 2030, no es un simple indicio: es una política operacional que se está diseñando ahora. Las turbulencias financieras que provienen desde el año 2008 ya habían señalado las fallas geológicas en el gran orden mundial occidental.

Un universo como el que se constituyó en más de cinco siglos como sistema capitalista mundial, que abarca el orden material y psicosocial y cultural de las civilizaciones, puede lograr su estabilidad mediante reformas, como se evidenció sobre todo después de 1929 y 1945. Pero el afán reformista que dio lugar, a decir de Eric Hobsbawm, a algunos de los años dorados del capital, hoy está obturado por visiones sobre cómo se debe actuar en el mundo. Ir más allá, mediante reformas, ajustes, derechos y nuevas prerrogativas, se vuelve cuesta arriba, en buena medida, por la concentración del poder internacional.

Estamos atrapados en una situación de crisis permanente que ya no es cíclica. El siglo XX fue el de las tragedias de la especie humana, por lo menos hasta 1945, pero también el de las reformas y los derechos. Es cierto que cada intento reformista acumulaba tensiones y creaba nuevas crisis, pero aprendimos a vivir en esas circunstancias provisionales. El Estado asistencial también respondió a estas adaptaciones del orden político mundial, en último término, frente a la geopolítica mundial actualizada después de la guerra de Vietnam, del descalabro soviético y de las guerras de Irak y Afganistán.

El cerco tras el 2001, desde un clima paranoico, se expresa como acoso económico, financiero y militar; después vendrán las botas en el terreno y los aviones en el cielo, como expresa la jerga de la OTAN. Es una situación de guerra y agobio, de grave deterioro de la democracia.

La vida, con sus capacidades generativas, no depende de los Estados, sino de las empresas privadas o mixtas en la visión más liberal; pero, más aún, depende del sistema ecológico total de la creación social en la mirada crítica democrática. Gilles Deleuze y Mauricio Lazzarato, en *The Making of the Indebted Man: An Essay on the Neoliberal Condition* (2012), señalan con claridad que la gestión de la vida desde la biopolítica se refiere al Estado, como se formuló hace décadas, pero no puede limitarse solo a eso.

La formación del hombre endeudado, como parte de una posible derrota del espíritu de lucha —tal como nos propuso Lazzarato—, también dibuja la resistencia al dolor incluso en ese extremo. Sin embargo, la vida, en términos de todas sus relaciones amplias, es donde tiene más sentido esa imagen del sujeto endeudado y constituido en la figura de un deudor que existe y es funcional, prisionero de un orden. Pero todo prisionero resiste, aun desde el silencio. Este sujeto se define desde las dinámicas de mercado, que son mucho más que el simple consumo de mercancías y objetos; es decir, son relaciones sociales.

El sujeto, aun en sus miserias, es siempre un luchador. El orden hegemónico debe sospechar de todos y de todo, no por un autoflagelo psicótico, sino por comprender sus riesgos y fragilidades intrínsecas. El mercado, por su parte, no se funda en el bazar arcaico de compra y venta, sino en un amplio campo social que funciona como máquina de decisiones e informaciones. Es un espacio selectivo y clasificatorio que se complementa con el mundo del trabajo como selección, actitud y disciplina, y como dispositivo cognitivo de orden histórico atravesado por dudas, luchas y pasiones políticas.

La acción política y cultural es hoy, más que antes, uno de los últimos recursos para una transformación amplia. Pero, al depositar nuestras vidas en

los azares de la política, quedamos expuestos a múltiples juegos estratégicos que apenas dirigimos. Ese es el dilema cuando estas lógicas son un cruce entre un orden geopolítico de combate, marcado por choques de poder, y una vida molecular de resignación de los espacios sociales del trabajo.

La universalización territorial, subjetiva y social del trabajo, con sofisticadas cualidades productivas a destajo dentro de redes y estatutos de autodisciplina cultural y laboral, se ha configurado, en las últimas tres décadas, más como contrarreforma o regresión que como progreso real y duradero para el productor directo. Sin embargo, este plano de transformación de la producción es el soporte, a largo plazo, de una nueva economía mundial.

Inmensas capacidades humanas, tecnológicas y culturales se expanden sin pausa en el tránsito desde el capitalismo tardío al capitalismo financiero de los años sesenta a los ochenta, y de allí a las industrias tecnológicas de punta, de altas rentas basadas en el saber y las tecnologías avanzadas. La inmaterialidad de gran parte de las actividades productivas propias de la cooperación mundializada —de saber, ciencia y originalidad— sostiene esta revolución global del capital, en un cambio profundo del tiempo y el espacio de la producción, que opera en redes y encarna la imagen de Manuel Castells de la “sociedad en red”. En la medida en que el conocimiento es un bien público común y condición de desarrollo humano sustentado en la cooperación social objetiva, se abre una situación futura de conflictos entre Estados y sociedades: lo público, lo privado y lo común.

Pero los antagonismos que se reproducen en estos ámbitos no cuentan con expresiones políticas ni con programas efectivos capaces de impulsar reformas hacia un nuevo tipo de bienestar global, por lo menos en las próximas décadas. Esto no impide, sin embargo, una gama amplia y dispersa de luchas sociales por la distribución de la renta global. También vemos que, en el capitalismo cognitivo y en el biocapitalismo —cuya centralidad es la investigación de alta inversión, con mercados financieros dispuestos a estas rentas—, surgen roces entre los grandes grupos de poder mundial, que re-

miten a las geopolíticas de China, Estados Unidos, Rusia aliada con China y la India intentando desplazar a China (Fumagalli, 2010). Así, las crisis financieras y las geopolíticas son constitutivas de la crisis del modelo que surgió en el 2000 y actúan como pivotes para un nuevo esquema general del poder. De una situación así se sale mediante reformas y adaptación, pero no se vislumbran diseños, voluntades o capacidades de los grandes Estados para hacerlo. Por ello, es posible que las próximas dos décadas transcurran bajo la fragilidad de la paz, en escenarios de alto riesgo, como senda de búsqueda sin lograr resultados inmediatos.

Las nociones en juego, propias de retóricas conocidas —autoridad, soberanía, ciudadanía—, han quedado exhaustas frente a las astucias de la historia fáctica e intelectual desde hace algún tiempo. De forma festiva, la retórica de Donald Trump y de otros dirigentes mundiales expresa esta agonía del pacto de relaciones posterior a 1990. La apertura de una etapa de biotecnologías, de biopoder y de armas espaciales, envuelta en palabras añejas y arcaicas, evidencia tanto el costumbrismo de la teoría política como la aceleración de los hechos de la política. El mundo comunicacional ya cambió sin opción de retorno. El lenguaje del derecho y de las constituciones se adapta con mucha dificultad a la densidad de lo que ocurre con la ruptura de las viejas lógicas de acuerdos. Niklas Luhmann señaló que todo sistema se protege de su propia aniquilación negando los dilemas esenciales que lo afectan, como sucede hoy.

Desde varias líneas, el clásico de Karl Polanyi, *La gran transformación* (Polanyi, 2007), describe la apertura de los mercados lanzados a un proceso continuo de construcción y destrucción sin pausas y plantea un dilema sensible para las conducciones mundiales, marcado por estragos y zonas límite. Se rompen culturas, se desvanecen capitales clásicos, desaparecen comunidades y surgen tormentas críticas en la política mundial. Desregular la sociedad, la economía y los Estados es una apuesta difícil. Incluso con hegemonía, mercantilizar cada condición de vida en todos los rincones del planeta se acerca a una guerra civil mundial cuando se ejecuta bajo la hipótesis de conflicto e

imposición, como ocurre hoy. Los recursos, el trabajo, la economía, el clima, la naturaleza y la energía de cada cuerpo que habita nuestro planeta serían factores directamente productivos en mercados autorregulados, según la lógica de los cambios en curso. También es posible, sin embargo, que ello derive en una larga devastación de las relaciones sociales mundiales.

La desestabilización prolongada y orgánica de la realidad histórica contemporánea avanza en tres niveles. En el plano moral, la pugna entre los derechos antiguos y actuales de personas, comunidades y países frente a nuevas necesidades por fuera de la cultura ciudadana establecida constituye una fractura de racionalidad. En la política mundial, las hegemonías clásicas deben ajustar sus parámetros de cálculo de mediano plazo sin caer en una destrucción mutua. Sin embargo, los cambios hegemónicos en curso se anuncian más rudos y destructivos que fundantes, como ya se observa en las relaciones sociales más básicas. Se configura así una nueva cultura política mundial, distinta a la occidental clásica, hoy incierta frente al ascenso de Asia.

La amenaza convencional y visible de bloques geoculturales divididos entre Oriente y Occidente sustituye la globalización única e integrada. En este contexto, las cuestiones políticas se vuelven fundamentales por las fuerzas y la creatividad implícitas en estas situaciones vertebradas por la lucha política y cultural internacional, donde surgen racionalidades de negociación. Por ello, las fisuras de la razón política en curso son graves. La soberanía, si no se sujet a una fuerza material e intelectual que la considere esencial, se vuelve fantasmagórica. Lo mismo ocurre con la autonomía y la calidad de la gestión estatal, que han dejado de ser garantía de bienestar, y con los derechos jurídicos en su tensión entre libertad y dominación, progreso y pobreza, guerra y paz.

Todo esto, ya expuesto, no es solo un asunto de refinamiento teórico, sino de actualización del pensamiento político práctico para poder convivir.

2

DERECHAS, IZQUIERDAS, CAPITAL COGNITIVO Y BIOPOLÍTICA

La crisis del lenguaje político es la crisis del pacto social clásico, aquel que rigió desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años 1980, con un punto clave en la crisis cultural de 1968. En este marco reaparecen, desde ángulos distintos, Hegel, Marx y Gramsci, para iluminar con sus ideas el sentido de la historia, la saturación de conflictos sociales o la noción de hegemonía (Marx, 2008). El momento del duelo —en el sentido de Clausewitz— es el del conflicto de la verdad: la revelación del soporte material de la política y del poder estratégico para hacer o deshacer. Siempre hay un instante en que los hechos se definen en algún sentido.

El pensamiento de la civilización, incluso en sus profundas diferencias epistémicas, recorre articulaciones de un sistema sensible a la estabilidad de la vida en el planeta. Sin embargo, amplios sectores de las élites internacionales creen poder salvarse solos, aun poniendo en derrumbe esta vida común. Estar en armonía con los dilemas que ponen en riesgo nuestro destino es más que un ejercicio de generosidad humana: es una cuestión de supervivencia colectiva.

Las posibilidades del flujo de la libertad y de la resignación juegan en un espacio rápido y vertiginoso, cuyo eje es la continuidad de la vida. Aun así, la incertidumbre y el caos ya son parte de los sistemas políticos y van en ascenso. Varios procesos avanzan al borde de catástrofes que comprometen la reproducción del sistema mundial: el clima, la salud, la corrupción mundial o los delitos transnacionales. Las políticas y las capacidades ins-

titucionales hoy están profundamente cuestionadas por la gran mayoría de la población mundial.

El orden sistémico global llegará dentro de pocos años a un límite ecológico y psicosocial de estabilidad y reproducción. Esta situación gesta, desde ya, agudos conflictos por los recursos limitados. Existe en curso un holocausto ambiental, social y ecológico que observamos sin reacción. Las nuevas formas de control interno, propias de las analíticas de inteligencia y presentadas como estabilidad sistémica, son hoy aceptadas por régimenes democráticos. La expansión del control tecnosocial es parte orgánica de la estabilidad sistémica y también responde a la incertidumbre que atraviesa a todo tipo de régimen político y de orden internacional. El caso más visible es el del gobierno norteamericano y la comunidad europea, cuyas culturas de toma de decisiones revelan esta tendencia.

Esto ocurre dentro de una analítica que asume el riesgo y la improvisación como elementos propios de la política y que incluso considera que amplios grupos poblacionales no resultan necesarios en el orden económico productivo contemporáneo. Recordemos que los temas de la biopolítica y el biopoder ya forman parte del diseño de la gobernabilidad internacional. Aún más, en el contexto de la guerra entre Ucrania y Rusia se ha repetido, desde las autoridades occidentales, que la batalla debe sostenerse “hasta el último ucraniano”. El cinismo de la oración no es casual: refleja un cálculo geopolítico para extenuar a Rusia en una larga contienda de desgaste y luego reducirla al mínimo.

Pero es la comunidad biopolítica mundial la que asegura la estabilidad, la producción y la expansión en la guerra y la paz, coordinando los múltiples actos y fenómenos de cooperación ampliada donde el cerebro es un medio de producción. La articulación —aún en desarrollo denso— entre geopolítica y biopolítica no solo es amplia, sino esencial para analizar las relaciones de poder en el mundo; es lo que permite hablar con un mínimo de seriedad sobre fuerzas y fricciones. En las condiciones actuales, ya no se trata únicamente de población, recursos o poder político-militar, como en

el pasado; estas aristas representan algo mucho más complejo: la solvencia estratégica se define por la manera en que las relaciones biopolíticas, demográficas, científicas e intelectuales de cooperación y comunicación de los territorios actúan sobre la realidad.

Allí se enlazan las vidas y el intelecto general como expresión de la biopolítica propia de este siglo. La potencia de poder en el siglo XXI, luego de Ucrania, será una conjugación científica y biopolítica. No se trata solo de recursos de la muerte de forma directa, sino de la vida, para ganar las batallas uniendo —si es necesario— la muerte con la vida biológica o política. Esa imagen espinosista de la geopolítica en tiempos de las altas tecnologías es, a la vez, mercancía y arma material y moral en un amplio campo de batallas mundiales de varios niveles no convencionales. Es la ignición de la potencia de la Ética de Spinoza, donde la apertura desde abajo tiende al infinito de la creatividad, y donde la cúspide —en este caso, material— multiplica las opciones productivas.

Luego de 1990, el mundo dio un giro aún inconcluso que, después de casi cuatro décadas, resultó subestimado por la mayoría de los analistas mundiales. La perplejidad teórica y estratégica se vio acompañada por filosofías blandas que, al amparo de la vida social, afirmaban que todo depende de cada cual. Los desencantos fueron amplios y, en muchos casos, agudos. Frente a la inesperada victoria del liberalismo sobre los socialismos burocráticos aparecieron y renacieron arcaicos nacionalismos en Europa, en un clima de nostalgias vinculadas a las izquierdas históricas —comunistas y luego socialdemócratas— y también de configuración de una nueva derecha segura de sí misma, como lo fue en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial el movimiento comunista internacional. Muchas de estas derechas sostienen nostalgias nazis y de “limpieza étnica y social”.

Fueron notables, en el liberalismo, las tesis rawlsianas sobre la capacidad u opción de elección individual frente al control burocrático opresor, retomando la conocida e interesante idea de Jeremy Bentham de que el bien colectivo, como noción de bien público, puede anular y diluir los derechos

del individuo. Ese sujeto íntimo, libre en cada cual, podría verse apabullado por el orden colectivo establecido. El momento no podía ser más propicio: en los años 1980, las burocracias de la URSS y de Europa del Este verificaban con creces estas dudas. Pero el sentido también abarcaba las bases mismas del Estado de bienestar y los modelos keynesianos en economía, planteando, por esta vía, el dilema entre mercado y Estado. Si conjugamos las tesis individualistas con un liberalismo marcado por las especulaciones financieras, la ecuación es impecable para imaginar otro mundo.

Las izquierdas más actualizadas, muchas de ellas provenientes de la teoría crítica y, más atrás, del trotskismo, contaban con amplias críticas sistémicas al orden liberal en Europa occidental y Estados Unidos; es decir, a los países desarrollados. Para estas corrientes, el liberalismo gestaba un sujeto enajenado y unidimensional (Marcuse) o patológico y violento (Fromm). El sustrato de este horizonte, desde luego, eran los poco conocidos Manuscritos económico-filosóficos de 1844 de Karl Marx. La crítica al individualismo doctrinario, a la noción de libertad ensimismada, a una ciencia y una educación centradas en la producción de recursos para el dominio y la idea de una justicia amplia que no cuestionaba las fuentes estructurales de la injusticia, tanto como de la exclusión, daban lugar a todo un programa crítico que solo podía ser impulsado fuera de las izquierdas sistémicas, que desde hacía décadas estaban en la cultura de poder y de Estado.

Debe tenerse presente que existía un reacomodo amplio e internacional desde antes de la caída de la Unión Soviética, por lo menos desde 1979, expresado en una nueva derecha configurada por Margaret Thatcher en el Reino Unido y luego por Ronald Reagan en 1981. La nueva derecha mezclaba, con acierto político, una idea del mercado más allá de la economía, llegando a la noción de libertad y eficiencia en un mundo moderno, con una relación paternalista con un electorado y movimientos laborales devaluados y temerosos de sus fuentes básicas de trabajo. El resurgimiento del mercado como novedad actualizada era, de esta forma, un terreno fértil para un populismo autoritario o de libre mercado que disputaba las calles

y las ideas a una centroizquierda mundial, también acosada por el nuevo capitalismo, en el cual la reconversión del trabajo vació fábricas y, con ello, la memoria histórica del movimiento laboral.

En gran medida, la propuesta de Mijaíl Gorbachov, entre 1985 y 1991, fue un intento de responder también desde la izquierda comunista a estos cambios en la economía, la política y la cultura mundial. Sin embargo, fue tardía y con poco apoyo interno por arriba y disperso por abajo. No podía ser el viejo aparato con su base; debían ser la población y los actores más desarrollados de la economía y de las ciencias la fuerza social de las reformas, pero esto no se priorizó.

Ya se observa, en aquellos tiempos, un esquema con impulsos geopolíticos para hacer un capitalismo distinto en un mundo que se percibía, de manera general, como abierto a opciones para los poderes mundiales (Zbigniew Brzezinski lo formularía luego con claridad en *El dilema de Estados Unidos*). Irrumpieron dos populismos desde las propias esencias de este proceso: uno, por las izquierdas, buscando ajustar fórmulas de luchas populares frente a sociedades huérfanas de las antiguas formas partidarias; y otro, por las derechas, afinando la oportunidad para acelerar los cambios económicos y mentales. El orden liberal autoritario y populista es una manera singular de la expansión mundial del mercado; existen más de una forma y fracción en pugna en estos flujos de luchas. Esta configuración ha sido promovida por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Las privatizaciones, la especulación sobre las tierras y los recursos básicos, el juego con los mercados de futuros, los fondos de pensiones, la educación, la salud y la seguridad pública —implementada con una lógica de fuerzas de ocupación— constituyen, en no más de cuatro décadas, la revolución del capital mundial, cuyos costos sociales y políticos son amplios, en una vorágine de captación de nuevos activos y recursos. (Examinar la noción del paso de la subsunción formal a la real en Marx desde el capítulo seis de *El capital*, en Negri). De esta forma, las apariciones internacionales de los partidos ecológicos y los nuevos derechos, que ponen en confronta-

ción a fracciones dispersas pero tributarias del largo 1968, surgen en varios casos como una nueva izquierda para señalar que otro mundo es posible, aunque, frente a la magnitud de los eventos, sus efectos sean muy limitados.

Se ingresó con rapidez, desde 1990, a espacios planetarios de contradicciones mundiales al socavar toda forma de socialismo, incluido el chino, cuya continuidad no se sabía entonces si era un resabio o una novedad en el siglo XXI. A esto se sumaba la idea de incorporar a Rusia, con sus ingentes recursos materiales y humanos, de forma subordinada al marco de un nuevo orden histórico. Asimismo, se buscaba funcionalizar a los grupos y movimientos al esquema económico-cultural de este orden y configurar un sistema-mundo donde toda la lucha y contradicción o crisis ocurriera dentro de un orden sistémico, sin opciones o alternativas extrasistémicas. Así, las tensiones económicas, ecológicas y políticas eran asimiladas como orgánicas a las nuevas crisis internas de este orden; quedaban las geopolíticas, pero incluso estas se consideraban negociables. (El Imperio de Hardt y Negri formula esto desde un marxismo crítico).

Es posible analizar la tendencia hacia la autodestrucción del orden civilizatorio como un recurrente error de cálculo de fuerzas y eventualidades, impulsado por factores que escapan de la acción política o de un gran desatino político. Como ha sucedido muchas veces en la historia de todas las civilizaciones, las derrotas y los retrocesos se adjudican a la mala percepción estratégica de dirigentes y caudillos. Se dice que ellos, sus asesores o mandos ejecutaron mal las operaciones de poder, ignoraron variables fundamentales del conflicto y, de esta forma, todo salió mal. En siglos pasados, este cinismo del relato podría ser aceptado por lectores desinformados; hoy sería parte de un suicidio colectivo, donde la aceptación termina siendo complicidad. Los errores de las oligarquías de poder los padecen las poblaciones mundiales y sus descendientes. Concurren en estas situaciones dos flujos de fenómenos cualitativos de impacto: uno es el juego de la vida de la especie más allá de rasgos específicos entre sus grupos; otro es el vacío de la conciencia cultural frente a los riesgos.

La vida colectiva es un ciclo en espirales, como un eterno reloj de arena. Todavía es posible una ética filosófica luego de Auschwitz. Hay una nueva barbarie en expansión. Es probable que nuevas desesperaciones de grupos e individuos emerjan en varios lugares, incluidas naciones desarrolladas. La única opción sensata y posible es saber que debemos y podemos sobrevivir, con enormes diferencias de sentido y de futuro en cada lugar del planeta. Ello, en una línea de sustentación, implicará una cultura no solo dialógica, como postula Jürgen Habermas, sino de cuño universalista, donde las diferencias políticas y culturales sean asumidas como parte de la vida global.

Hemos desmitologizado, en parte, el pánico sobre el dominio de la naturaleza sin límites morales y de estabilidad social. La lógica de la producción capitalista no se ha regulado en nada significativo: las nanotecnologías, la manipulación genética o la exploración del espacio llevan años en marcha. Aumenta, junto con esto, la obsesión por la manipulación política sobre las poblaciones. El orden económico-cultural de hoy nos impone una esquizofrenia semirregulada en la situación psicopolítica mundial, desde varios niveles conjugados, funcionando como subjetividad política generalizada desde redes políticas en el modelo inductivo del Foro de Davos.

Las grandes herencias de la Ilustración, controvertidas desde dentro por los posmodernos a fines del siglo pasado —por pensadores como Jean-François Lyotard con su libro *La condición posmoderna* (2008), cuyo impacto fue, a pesar de todo, limitado—, intentaron demoler las ideas de acciones colectivas y sujetos sociales. Este filósofo puso bajo observación las tesis del desarrollo ilustrado. Esa Ilustración segura de sí misma, en sus relatos académicos y políticos en los países desarrollados, o de ilusiones efímeras en las periferias sistémicas durante muchas décadas, sigue ofreciendo el aumento del poder sobre la naturaleza y sobre los límites que esta nos impone; hace de la tesis del crecimiento continuo su recurso fundamental. En este marco, la colectividad polémica de la democracia es condición de la legitimidad.

Esto fue descalificado como mitología metafísica del dominio, bajo la ilusión de que los límites —por ejemplo, del crecimiento económico— son una esclavitud innecesaria. Este juego infernal nos lleva hacia muchos bloqueos de sostenibilidad de la vida razonable. Somete al mundo a riesgos de guerras y de catastróficos accidentes, al tiempo que diluye las lógicas básicas que han mantenido la vida social en nuestros destinos.

Esta expansiva racionalidad de dominio está ya en sus límites: subordina las relaciones humanas, donde la naturaleza y la vida misma son una variable de control político. Los seres humanos quedan reducidos a una suerte de entes biológicos limitados, desecharables y replicables. La supeditación despótica a lo abstracto del control amplio se impone sobre lo concreto de la vida de cada uno. La humanidad permanece hechizada bajo la sombra de la producción de cosas, que predomina sobre el destino de la libertad. No hay pasiones políticas viables de emancipación que contengan la cosificación de las relaciones sociales, ni siquiera de aquellas sumidas en la obsesión por vivir solo el día a día. Las industrias de la conciencia son el soporte de este orden.

Si bien la noción clásica de utopía de vida política expresa el antídoto al desmoronamiento del sentido colectivo de sociedad, dentro del horizonte de la esperanza que nos aportó Ernst Bloch en la discusión entre utopía y manipulación de la vida, esto último se ha ido imponiendo. El concepto de esperanza no es aquí teológico, sino racional, nacido de la voluntad de cambiar y recuperar la lucidez. La fuerza del pensamiento o la esperanza no tiene por qué estar ensamblada a situaciones grandiosas: surge en des niveles, y donde la política es tanto mito como propósito de comunidad. Así se construyeron las civilizaciones.

Recuperando la imagen de Cicerón, retomada por Hannah Arendt, sobre la vita activa frente a la vida contemplativa —estar entre los hombres, es decir, en el mundo de los debates y pasiones (*inter homines*)—, se afirma un mundo plural que rechaza ser doblegado por las rutinas o las resignaciones.

En términos deseados, el universo democrático ha postulado variados modelos de activación de la vida activa. La acción comunicativa de Habermas buscó, al igual que la teoría de la justicia, promover en las sociedades democráticas una situación donde la fuerza —sea cual sea— no sea el espacio de la relación social de dominio, sino del diálogo y el acuerdo. Con Rawls, la pluralidad de poderes legítimos en competencia viabiliza la negociación. Pero el centro operacional de estos momentos se orienta más a expresar el disenso en el espacio público de la libertad y a lograr el acuerdo en las diferencias que a depurar esas diferencias bajo una idea de justicia y comunicación.

Desde nuestro tema, toda idea de comunicación participativa se vuelve más compleja cuando observamos que, en las páginas de la guerra y la paz, en el marco histórico de las relaciones internacionales, las personas, las comunidades y las ciudadanías no tienen ninguna participación más allá de la que podría surgir de movilizaciones sociales episódicas. Quienes deciden sobre el uso de las armas son grupos muy pequeños que operan siempre en secreto; por ello, usar la violencia no es más que un monopolio weberiano, lo cual no lo vuelve completamente racional. Es toda una decisión de poder y de derecho sobre la vida y la muerte, el sufrimiento y el agobio. Este es el clima que signa la vida histórica del poder mismo.

Un dolor visible y apabullante global de la vida —de vida activa, de la superación de la enajenación— no cesa de nacer y renacer como si fuera un aguijón compartido por todos, aunque en ocasiones se vea en otros o se reprenda cuando amenaza la locura en nosotros. El miedo que socava y erosiona las vidas y las sociedades es tan fuerte como abstracto e indefinible. Pero el miedo no es ingenuo ni una fantasía patológica o monstruosa: es una condición del biopoder y un rasgo de la biopolítica para ocupar los cuerpos humanos y creativos rebeldes o disidentes. Es un recurso del poder mundial basado en el secreto, la represión y la resignación de muchos millones a resultados eficientes.

Hay un flujo de poder muy por encima de las tendencias ideológicas de cada Estado con poder mundial, que trata como contendiente a eliminar todo fenómeno que no pueda ser codificado dentro de sus jaulas de control. Este sentimiento es lo universal de todo orden social en la época de la destrucción mutua asegurada. El capitalismo actual urde un orden esquizofrénico a niveles amplios de las relaciones económicas —como el mercado mundial— y micros, como el deseo incontenible de consumo; es decir, armoniza en el caos un sistema de conjunción eficiente, donde todas las formas históricas anteriores confluyen como negatividad y obstáculo, pero que hoy se transforman en afirmaciones desterritorializadas destinadas, en síntesis, a refundar la vida en el planeta.

Sin lugar actual fijo, sin ámbito congelado, sin único flujo evidente, el sistema mundial ocupa todo sin pausas, incluidas sus propias bases de vivacidad, hasta impulsar en una fuga enloquecida la vida comunitaria solidaria en el planeta, convirtiéndola en una vida productiva funcional. Juega con la mercancía de tecnociencia —de todas las mercancías del almacén mundial—, desde las tecnologías de punta hasta las bombas nucleares.

No existe acuerdo en los estudios políticos e históricos —y menos ahora— respecto de si el pasado ha dejado de existir y, si no es así, de qué forma perdura en la vida de las sociedades actuales. Empero, la memoria humana se transmite también por interpretaciones orales y millones de páginas a las generaciones que revisan y releen sus referencias básicas en otros siglos y años. Esta interrogante aparece en Wilhelm Dilthey como el imperativo de la ontología histórica; es decir, de una memoria colectiva capaz de decir y mostrar la astucia del sujeto en su destino. La vida, para él, tiene una naturaleza histórica: ver la realidad histórica en su propio clima histórico es vivir. Esto será, en estas páginas, una tensión esencial: ir más allá de lo acontecido como acto o evento puro, para confrontarlo con lo histórico como construcción de la vida en el tiempo largo, repleto de indeterminaciones.

Mi percepción más profunda es que estamos iniciando una gran tragedia de la cual saldremos afectados en nuestras condiciones de vida

civilizada, por lo menos tal como la conocemos. El pasado colectivo no es una reliquia arcaica: podemos recorrer el camino y volver la mirada hacia las grandes tragedias con una visión abierta, pero sin perder de vista lo que todo eso ocasionó; así debemos aceptar sus diversas causas y escuelas de interrelaciones. Con todo esto, es necesario poner el resultado como punto de análisis: la llegada como la imagen del dolor superable.

Cuando Thomas Hobbes (*Leviatán*) fundamenta la dependencia y la legitimidad del poder del Estado en una analítica sobre la violencia de la naturaleza humana —dirigida por el deseo absoluto de supervivencia y motorizada por el miedo a todo, incluidos los otros—, sostiene que el orden debe apoyarse en un monopolio de la violencia. Hacia fines de la Edad Media e inicios de la modernidad (siglo XV), no podían concebir nuestro dilema más agudo: que quienes detentan ese poder de violencia enloquezcan y puedan no solo asesinar al otro, sino a todos los otros.

Pero debemos destacar un aspecto frecuentemente pasado por alto por el análisis y por las escuelas históricas y políticas occidentales: el eurocentrismo integral para pensar la guerra, la paz, la gobernabilidad y las rebeldías, un eurocentrismo que sigue con ropajes autoritarios, sin poner en duda sus falencias.

También es urgente examinar la vida desde el plano de una geopolítica y una teoría del conflicto del sur global, ámbitos en los que existen singulares déficits teóricos. Y hacerlo sin caer en el gesto psicológico de mirarnos frente al norte como un espejo invertido, sino como otra senda para saber y entender la vida de todos, incluida la del propio norte del mundo. Destaco el campo emergente de la geocultura como instrumento para estudiar los prejuicios europeos hacia los rusos, y de estos hacia los ucranianos; es decir, una saga de cegueras que nublan una y otra vez la razón.

Reconozcamos que hay una política, una sociología, una economía, una filosofía e incluso una geopolítica del conformismo, que se exudan desde academias y medios de comunicación, casi siempre presentadas como novedad intelectual. Es un pensamiento institucionalizado y dócil,

afín al pensamiento débil: poco crítico pero ruidoso. Mira desde una sola perspectiva cultural y valórica, donde lo que ocurre es lo que debía ocurrir, lo que hay es lo dado y la voluntad humana queda reducida a lo aleatorio, a un simple dato estadístico.

En enero de 2025 asumió el gobierno Donald Trump, al frente de un agresivo grupo de altos funcionarios de Estado dispuestos a cambiar la fisonomía de Estados Unidos y del mundo. La formulación del proyecto es simple, e incluso tosca, pero su impulso es amplio: responde a sentimientos profundos de decadencia interna en ese país. A esta élite se la señala como neoconservadora y nacionalista, pero, en rigor, es mundializada, solo que desde otras singularidades del poder interno norteamericano, distintas de las de los globalistas del Partido Demócrata.

El estilo de Trump, muchas veces dramático, va acompañado de amenazas y giros inesperados. En sus primeros cien días aplicó la fuerza en Oriente Medio para imponer la paz en Gaza, y también entre Rusia y Ucrania, para abrir negociaciones. No lo logrará, dada la naturaleza de estos eventos, pero son intentos que producen ilusiones de cierta duración y generan debate polémico mundial. Exige el compromiso de todos los miembros de la OTAN de una inversión del 5 % en defensa, costo que deberá salir del gasto social, lo cual provocará oposiciones que romperán la pasividad actual. Habrá reacciones ciudadanas y laborales.

Puso altos aranceles a la gran mayoría de países del mundo, llegando, en el caso de China, a imponer tasas insólitas del 134 %, pero desde los primeros impulsos se evidenció que debería caminar con más cuidado que con exageraciones. El esfuerzo efectivo se encamina a enfrentar el delicado endeudamiento del Estado norteamericano y mejorar de forma dramática la balanza comercial negativa, pero el centro es frenar la decadencia de Estados Unidos como potencia mundial.

Su sustrato es mejorar la competitividad de una nación en decadencia e iniciar un amplio proceso de nueva industrialización del país. Estados Unidos debe enfrentar a China y también a la India. En aritmética simple,

en cuatro años de gestión no lo logrará. Pero en este audaz intento bien podría precipitar el mayor desajuste mundial de la modernidad actual. Donde reina el desorden, se crean órdenes alternativos dirigidos por grupos alternativos o de intercambio de las relaciones de poder vigentes. En resumen, es un cambio de élites, parcial o completo, el que está en curso, bajo la forma de una lucha por arriba entre grupos poderosos, no entre los de abajo frente a los de arriba.

Este juego es comprensible por la falta de liderazgo estratégico de Estados Unidos, pero sus condiciones de éxito son poco seguras. La paz entre Rusia y Ucrania, en rigor, está en manos del Kremlin y no de la Casa Blanca. La paz en Oriente Medio, sin conversaciones directas con Irán, es difícil. Y el temerario ataque geopolítico y arancelario a China será respondido por esta, al mismo tiempo que la Unión Europea —con mayor cuidado que el gigante asiático— hará lo propio, pues también sabe que no puede confiar en Estados Unidos y que su centralidad mundial se debilita.

Para analizar las actuales tendencias mundiales, se hace necesario examinar el panorama más allá de las puestas en escena. La profundidad de las transformaciones es enorme, luego de 1945, en relación con Estados Unidos: es irreversible y sus riesgos son altos. Es difícil que Estados Unidos logre, durante estos cuatro años, recuperar el ritmo de un gran liderazgo; sin embargo, no es tan complejo que arribemos, en el mediano plazo, a una coyuntura mundial dramática para la paz del planeta. Son múltiples actores globales jugando al mismo tiempo y, por intereses parecidos, un juego de poder y hegemonía que no tendrá resoluciones estables en los próximos años.

Si predomina la diplomacia, aun en estilos rudos, o si lo hacen las guerras, está por verse, pero la incertidumbre será la condición del cálculo estratégico. Los más grandes reformadores recientes, como Mijaíl Gorbachov, en su afán de cambios drásticos, han sucumbido, pero las recientes acciones moleculares de los opositores están por verse, aun si Trump lo intentara lograr.

3

EL FUTURO FUE AYER

Cada ciclo largo de la historia humana suele estar signado por visiones sobre sus destinos y por el dilema del uso de la política como arte y como ciencia. Una crónica e interpretación de personajes y eventos que penetran en las emociones de las poblaciones y, por supuesto, en sus conciencias políticas, se instala como relato. Así fue 1914 con la guerra, 1918 con la paz de Versalles, 1929 con el crack de la economía mundial, 1939 con el inicio de la Segunda Guerra Mundial o 1962 con la crisis de los misiles en Cuba. La interrogante que faltó en esta afirmación es si ello diluía toda posibilidad de que una nueva situación, fuerzas o liderazgos díscidos desordenaran el tablero y sus cálculos. De esta forma se nubló la mirada sobre el factor chino: no se comprende la historia, la cultura o la política de esta potencia.

Así ha sido desde los tiempos de Heródoto, hace alrededor de 2400 años, con sus nueve volúmenes de historia: los destinos de los hombres y las ciudades conectados por hilos poderosos y no visibles. Saber ver y entender un proceso de guerra y política es el arte más complejo de un gobierno o de la dirección de un proceso. Lo mismo ocurre con Polibio, 200 años antes de Cristo: sus libros sobre las instituciones, el poder romano y el sentido del gobierno están en los fundamentos de una teoría de la historia y la política. Varios siglos después, en su clásico trabajo *Decadencia y caída del Imperio romano*, Edward Gibbon se extiende en todas las direcciones de las causas que socavaron a Roma, sobre todo desde dentro, como eje largo de una civilización fundante del proyecto de Occidente que se socavaba a sí misma sin percibir sus errores.

El análisis se incrusta desde la gran región euroasiática en el espacio y llega, en el tiempo, hasta la toma de Constantinopla, capital del Imperio

bizantino, por las fuerzas turcas el 29 de mayo de 1453. Se remonta desde el ciclo de Trajano y los Antoninos hasta ese punto dramático de la caída de Constantinopla, cuando cambió la historia mundial. Esta derrota implicó el ocaso del mundo clásico en sentido estricto, causando un impacto inmenso en toda la cristiandad y abriendo espacio para agudas luchas geopolíticas entre la cristiandad y el islam, inscritas en imaginarios culturales y en teologías políticas donde la fe y la fuerza se entrelazaban. La teología como fundamento de la razón calculada y la visión mezclada con la fe. “Estás con nosotros o en contra”, fórmula torpe y efectiva por siglos para Occidente. En este punto vale el mínimo recordatorio de Carl Schmitt: en *El concepto de lo político* afirma que lo político se basa en la distinción amigo/enemigo, donde una acción, decisión o asociación solo es verdaderamente política cuando llega a ese punto extremo, pues el enemigo es el otro que representa una amenaza potencial a una forma de vida o existencia.

Hace pocas décadas, el historiador británico Paul Kennedy escribió un texto emblemático a inicios de los años 1980, tiempo puente de la Guerra Fría entre la dureza de los años 1960 y 1970 —desde el poder puro— y los esfuerzos de control de las hostilidades mediante la coexistencia pacífica y la distensión. Abarca desde los años 1500 hasta el 2000, partiendo de una analítica geopolítica y de las dinámicas históricas de los grandes poderes mundiales en sus auges y ocasos. A pesar de los siglos de distancia entre los fenómenos que estudian estos pensadores, cada cual interroga la historia buscando tendencias y enseñanzas: es el historiador como analista político.

Muchas de estas configuraciones guardan más semejanzas que diferencias en la producción de un poder expansivo, su administración estabilizada y sus desmesuras, que lo llevan a la caída. Estos ocasos, siempre resistidos por sus actores históricos, se explican por grandes errores de cálculo y excesos de pretensiones. Kennedy intenta desbrozar cómo el orden mundial dirigido por Europa, extendido desde el siglo XVI hasta principios del siglo XX, fue sucumbiendo a las mismas falencias de siglos. Las emociones nublan la política, el rencor impide la hegemonía, el des-

gaste de fuerzas lleva a la ruina, y las ideologías —como religiones, o estas como marco de la política— terminan hundiendo las capacidades de las grandes potencias.

Ese intenso tiempo analizado muestra cómo Europa occidental impuso un modelo económico y cultural donde la racionalidad del capital y de las instituciones del Estado monárquico o nacional resguardaban las existencias colectivas desde un individualismo competitivo y mercantil, soportado por una imponente filosofía de la historia. Modelo eficaz y obligado a la expansión que, sin embargo, suele no influir de forma directa en la acción política, pero sí le otorga un marco de referencia y comprensión profunda mediante una teoría y una retórica eficientes. Recordemos que Confucio, 2500 años antes de Cristo, con sus cinco virtudes, moldeó una visión de la política y de la virtud basada en el equilibrio y la cooperación más que en la violencia. Aristóteles, tutor de Alejandro Magno, estableció esa relación entre política, guerra y gobierno que está en el ADN de Occidente.

Maquiavelo, al lado de los Médici en el siglo XVI —origen poderoso de la modernidad—, somete la política al cálculo y al realismo, y continúa con la idea de violencia, poder y política; añora una república sin la masa crítica de republicanos y escribe un programa. C. Clausewitz, observador analítico del Imperio ruso en las guerras contra Napoleón y su proyecto europeo, asume la guerra como duelo moral y material: no es solo un asunto de cañones. Max Weber, en tiempos de la República de Weimar, intentando fraguar una estabilidad que ya era imposible, retorna a la visión de la política como ciencia y profesión, pero dotada de una racionalidad. En una larga saga de consejeros, textos y sugerencias, con fortunas desiguales, se constata ese ímpetu por proveer a la política de certidumbres. Lo cual es imposible: la fortuna siempre está en su interior, pero sí es necesario entender las razones del contendor sin odios y pasiones.

La virtud política, en sí, no es posible de definir sin contexto, más aún cuando su centro es la vida política y, al final, la vida misma. No es una palabra fija ni hecha de una materialidad impertérrita. La dinámica histórica

de propuestas éticas y objetivos la sitúa en coordenadas móviles. La moral y la ética son, en este tema, también un sistema de cálculo de largo plazo. Pero sí es posible referirse a ella desde la vida social, señalando la variedad de virtudes posibles, como indicaba Aristóteles: virtudes para organizar la vida privada y, aún más, la vida pública, ambas vinculadas pero no idénticas. Dejar fuera el odio puro —es decir, sin fin en el tiempo— en el cálculo estratégico implica también integrar las pasiones como materia prima del estudio de los conflictos. No es negarlas: es ponerlas en juego. Europa fue fraguando, a lo largo de los siglos, una ética de la política como virtud cívica que funcionó como ámbito regulador de las acciones de poder y dominio, con clara capacidad de gobierno.

La virtud de Aristóteles, junto a la noción de falta ligada al pecado, armó un entramado eficiente de poder en los léxicos de Occidente hasta hoy. Pero esa Europa ilustrada jamás abandonó dos hipótesis contradictorias pero ensamblables: la del sujeto como lobo del hombre, de Thomas Hobbes, y la del sujeto generoso, de Jean Rousseau. En épocas de crisis se ha privilegiado la primera. Siempre entre la guerra civil del primero y el contrato social del segundo, tanto como en el *Manifiesto Comunista* de Karl Marx —en el cual se pasa de una antropología política a un esquema clasista más complejo que muchas de las interpretaciones que circulan sobre estos tres textos paradigmáticos de la cultura política— se juega la tensión de estas concepciones.

Para Aristóteles, ciudadanos son los hombres libres de las determinaciones materiales, con una posibilidad amplia de usar sus tiempos de vida en la cosa pública o en el desarrollo individual. Para Hobbes, el sujeto se autocontrola por el miedo a la muerte. En la visión de Rousseau, este se apega voluntariamente a un contrato de vidas y futuros compartidos. Desde la perspectiva de Marx, será aquel que, al dar el paso del sometimiento a la lucha, se libera. Pero en los tres existe un mundo que asumir desde un sentimiento que supera la individualidad ensimismada.

Una mirada más general al tiempo y a los estilos de gobernabilidad en este siglo XXI nos indica que el tiempo de la medida, del cálculo o de los intereses compartidos se ha deteriorado con gravedad. El miedo sigue operando, pero queda opacado por las tasas de valencias mundiales y la drogosociedad. La idea de que hay un contrato válido y favorable está deslegitimada. La noción de luchas de clases históricas es, por ahora, una referencia demasiado general como ruta para la acción.

Estas visiones guiaron idealmente las polémicas y luchas en todas las escalas de la pirámide social —de democracia y libertad— de las filosofías políticas occidentales, desde que estos debates se volvieron mentalidad colectiva, del universo antiguo hasta la modernidad tardía y hasta mediados del siglo XX. Es este esquema mental el que se alteró en los tiempos recientes, con la caída de la URSS y la decadencia de Estados Unidos. La decadencia de lo colectivo se aceleró desde inicios del siglo XXI, retrotrayéndonos a un pasado lejano. Los centros de poder intelectuales europeos fueron delineando, con singular eficacia, un horizonte de Estado, libertad y política desde la Revolución francesa en adelante. Ahora se insta a preservar Europa como civilización. Con claridad de objetivos, pero con la languidez de la potencia geopolítica europea, queda en interdicción también su herencia.

El foro de las fuerzas políticas —no solo de las izquierdas históricas o derechas clásicas, sino también de los populismos autoritarios— desafía los modelos de convivencia en la diversidad: se abandona la idea de comunidad por un “nosotros” cerrado. El mutacionismo está reemplazando la solidaridad de especie por la de grupos y élites.

El paso de los historiadores y estudiosos de la historia política desde las civilizaciones hacia el análisis social es el marco conceptual que Eric Hobsbawm tejió a lo largo de décadas, apoyado muchas veces en el grupo que anunciaba un fértil destino para los estudios generales. Pero hoy las sociedades fragmentadas impugnan una tipología parcial —local, estamental, religiosa o nacional— de las dinámicas reales. Es posible que arribar a un vértice de acuerdo entre las ciencias económicas, las teorías estratégicas y

las escuelas de la geopolítica sea, al final, imposible; pero no por caprichos académicos, sino porque la naturaleza diversa y cambiante de los fenómenos humanos podría ser imposible de discernir de forma definitiva en una época que será larga en reestructuración del poder y la sociedad.

Pero aun así esto no puede significar que el destino general de las civilizaciones no importe. Propuestas como las de Hobsbawm, en su análisis de las revoluciones burguesas (*La historia del siglo XX*) o de la historia del capitalismo, permiten esas visiones donde la historia de los procesos materiales y mentales es también historia del poder, tanto como de la posibilidad de vivir juntos. Pero las ciencias sociales y humanas, por ahora, tienen límites predictivos y un cierto pudor propositivo más allá de lo contingente (Rivas, 2019).

Todo el que ha aventurado predicciones, con diversos métodos en boga —como los estudios de futuros y otras metodologías de prospectiva—, conoce sus frustraciones fundamentales. La prognosis, aun hoy, con imponentes medios técnicos, no goza de gran prestigio entre los pensadores de la historia actual y futura de la humanidad. Quizás las ciencias políticas, en sus urgencias, acepten de mejor forma lo anterior, pero aun así la polémica permanece abierta. A pesar de que varias industrias de futurología no se inhiban ni se arredren con sus postulaciones, la tasa de aciertos no resulta impactante.

Desde el 2001, con los ataques a las Torres Gemelas en Nueva York, o la crisis económica mundial de 2008 y la Covid-19, y ahora con los efectos de la política de paz o política arancelaria del gobierno de Trump, se abruma a medios académicos y a los Estados, exigiéndoles respuestas respecto de las significaciones que estos fenómenos tendrán. Pero son respuestas pedidas más desde las premuras de la política práctica —marcada por el día a día— que desde fundamentos amplios sobre la calidad de la vida.

Sin embargo, no se comprenden rigurosamente al menos dos asuntos. Uno es el de la historia como espacio de la voluntad o del proyecto social, que será siempre tentativo, incierto, hecho y rehecho; sin ese componente,

la gobernanza pierde significado social. El otro es muy diferente: el de la historia manipulada, usada como pretexto útil para activar deseos y prejuicios, como ocurre con los sectarismos nacionales, raciales o culturales y con los integrismos, que han regresado a la arena de los conflictos en cada país, acompañados por un concepto de posverdad hecho a la medida de la crisis de confianza en las instituciones.

Aun así, el pasado es un lugar de luchas y legitimación para las fuerzas políticas hasta hoy. Por ello es un ámbito sin una única verdad: es debatible; no hay un solo pasado. Más aún, mantener esto abierto en el debate público será una muestra de calidad de vida cívica.

Una de las polémicas que propuso Marx —y que luego se amplificó con Oswald Spengler y Max Weber, aunque con énfasis diferentes— es la de los orígenes del capitalismo, sus componentes y fracturas, una discusión que trasciende la academia. El punto aquí es aceptar que las civilizaciones, incluida la occidental, pueden sucumbir de manera acotada o arrastrando al mundo; que hay múltiples formas de mundos posibles. Los ropajes se mudan, pero la interrogante es si, en variados formatos, el capitalismo representa el fin de la historia. Si no es así, cuáles son las pistas que ahora anuncian otras formas de organización social, de otra formación social histórica.

Es preguntarse si este régimen capitalista será el último de la larga historia humana o solo un ciclo muy largo e importante, pero no el estadio final, más aún a la luz de nuevos hechos geopolíticos. Si se quiere, originalidades o anomalías del relato científico-social dominante —lineal y ascendente—. La duda crece desde la significación que ejercen nuevas potencias emergentes gestadas en otros nichos culturales más ancestrales, como la India o China.

La llegada profunda de China al espacio del mercado y de la competencia productiva plantea una interrogante: ¿es la articulación de este país como potencia mundial, frente a unidades con siglos de desarrollo capitalista en Occidente, una reconfiguración efectiva del orden mundial de los últimos 600 años, pero de naturaleza distinta? ¿O es el resultado de

la convicción tradicional de una sola vía hacia el capitalismo mundializado? O bien, ¿explora China otras formas de desarrollo socialista, lejos de la tradición clásica?

Esto no es baladí, pues, en la medida en que fuera lo último, la humanidad aún estaría en medio —ahora reeditado— de un duelo entre capitalismo y socialismo, en un enfrentamiento geopolítico agudo en los próximos años, no anticipado por los clásicos sociales. Por ahora dejemos estas preguntas como duda, ya que demandarían una reflexión amplia, no solo teórica sino también fáctica y empírica, sobre las dinámicas posibles que habitan hoy en las entrañas del sistema mundial.

Las teorías realistas y de conflictos afirman que el poder de los Estados, medido en términos absolutos de medios políticos y de guerra, debe ser también comparado con el de otros Estados rivales para establecer no solo hipótesis frente a posibles eventos críticos o bélicos, sino también las capacidades de imponer la voluntad y las alianzas a otras unidades nacionales, tanto en la paz como en la guerra.

Cuando una nación se ve relegada por otros liderazgos o cuando sus opciones de mediano plazo quedan frenadas, muchos gobiernos optarán por maniobras y empresas audaces y de riesgo frente al drama de perder la superioridad. Como se ve ahora en las operaciones de Rusia en Ucrania y en las de Europa frente a Rusia, o en las de Estados Unidos en el corazón de Europa y frente a China, Rusia, México y Canadá.

Estos asuntos multipolares, semianárquicos, que ahora implican —en grados desiguales— al mundo, importan, además, porque deben ubicarse en una carta más amplia de tendencias mundiales donde los actores son Estados Unidos, China y Rusia, con sus respectivos aliados; estos hechos marcarán, por más de algunas décadas, los destinos del planeta. El asunto es, de esta forma, saber qué tipo de formación social es más plástica, dinámica y adaptativa en medio de estas tormentas. Quién saldrá mejor parado en una década más.

Destaquemos que la interrogante de si estamos en medio de una completa reconfiguración del mundo dentro de un universo capitalista, o si más bien asistimos a una tendencia de declinación de esta formación social hacia otra, es un rasgo decisivo en la mirada del estudioso. El dilema no es menor cuando lo que se busca es tipificar el mundo de hoy, sus actores y sus tasas de adaptación en relación con un capitalismo en plena reconfiguración estructural.

No es bueno olvidar que el socialismo burocrático o realmente existente confiaba en su perpetuidad, tanto como la mayoría de sus críticos. La humanidad abstracta no es un sujeto colectivo como un grupo, nación o tribu, aunque al apelar a ella dibujemos aspiraciones singulares que sentimos como dignas para cada cual en todo lugar.

El tema es saber si, desde una aproximación cultural, la mayoría de la población está hoy conforme con cómo vive o si lo único a lo que aspira es a ser culturalmente calvinista, católica y consumista; si es pura resignación o si aún subsisten ilusiones y sueños. Dicho de otra forma: ¿está el orden social habituado o domesticado en una sola forma de existir?

Veamos la crisis del liberalismo en sus formatos prácticos: no refiere solo a los ritmos de trabajo, la marginalidad, la seguridad social, los precios de la educación, la salud o la vivienda —problemas transversales a varias modalidades de capitalismo—, sino que se concentra, con creciente fuerza, en las formas de vida y de existencia diaria, en los imaginarios de aspiración que se amplifican con los aumentos educativos sin producir satisfacciones decentes y dignas.

Recordemos que la tesis de sistema-mundo, en sus variados usos académicos y en instituciones políticas, contiene pistas que nos ayudan a dimensionar lo expuesto en el párrafo anterior. Desarrollada por Immanuel Wallerstein desde fines de los años 1960, en un esfuerzo por comprender la historia estructural y larga del sistema capitalista mundial —a partir de varios otros esquemas y autores, como veremos—, propone una jerarquía de poder en virtud de las dinámicas de acumulación de capital como sistema mundial y, por ello, también como unidad de análisis jerarquizada.

Esta noción observa, desde una mirada global, las unidades específicas y singulares de un orden dinámico y a la vez crítico del capital. Sus espacios geográficos serían los países más poderosos del planeta, junto con centros de poder y riqueza como ciudades, puertos, bancos y recursos productivos. Los países intermedios o semiperiféricos, que están en una dinámica entre poder negociado y supeditación a los centros superiores, mantienen también liderazgos hacia abajo. Los países dependientes de esos dos niveles —el primero y el segundo— quedan subordinados en términos económicos, políticos, geopolíticos e incluso culturales.

Al ser una sugerencia histórica global de la acumulación a escala mundial, esta perspectiva está sujeta a procesos amplios: crisis de ciclos largos, luchas globales y nacionales de naturaleza política y social que alteran el orden de cada nivel del análisis, como ocurre en las crisis hegemónicas o en las rupturas bélicas. Es decir, este sistema-mundo no solo debe ser estudiado como espacio de reproducción del capital, sino también como espacio de las vidas, sentimientos y aspiraciones de las poblaciones y personas.

Estas visiones del sistema-mundo, que tienen como uno de sus antecedentes largos a la portentosa Escuela de los Annales, con Fernand Braudel y su modelo de ciclos históricos, constituyen una sugerencia de fondo para las reflexiones sobre economía, política, cultura e historia mundial. También influyeron en los teóricos de la dependencia en América Latina, que debían romper con el esquema mecánico de las etapas lineales de integración de la región a la economía-mundo, para pensarla en un patrón de dependencia estructural y no lineal, como se llegó a sugerir.

Singularmente analizadas por sus fracciones más críticas —como las expresadas por André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos o Samir Amin—, estas propuestas mostraron que, en nuestra región, las pasiones políticas que se despliegan dentro de este modelo son también pasiones culturales: de las artes, de la creación y de las dialógicas amplias como fuerzas políticas activas.

Las economías-mundo y los imperios-mundo serían los centros geopolíticos de cada período, los cuales buscan expansión y control del espacio geográfico y de las vidas de las poblaciones bajo su égida. Holanda, España, Portugal, Francia, Inglaterra y Estados Unidos han sido también imperios de las emociones sociales de muchos. La economía-mundo remite a créditos, producción, mercados, comercio; es decir, al ámbito del capital, su producción y reproducción, apoyada en ejércitos modernos y flotas de ultramar que garantizan el sometimiento y el control de tierras y cuerpos humanos. Lo que importa es concebir un modelo de análisis situado en el plano de la historia del poder político: sus estructuras materiales y científicas, sus redes de influencia y sus medios de comunicación, donde no solo se destaca el modelo de producción, sino también el de dominio psicosocial del alma, del espíritu o del yo de todos.

Como ocurre ahora entre Occidente y China, o entre Europa y Rusia, lo relevante es desentrañar los mecanismos prácticos, políticos, económicos, financieros, de inteligencia y culturales que funcionan como recursos de estas pujas. En estas pugnas hegemónicas, Robert Kaplan postula que la civilización occidental no se está destruyendo ni desmoronando, sino diluyéndose y dispersándose en el mundo: difuminación, no derrota orgánica, dice él. Puede ser una buena imagen, pero el eje del asunto está en saber que los cambios de hegemonía no se dispersan, sino que tienden a concentrarse en las tierras claves de Occidente. Regresaremos sobre este tema más adelante.

Pero examinemos desde otro ángulo estos asuntos, que también configuran mi línea de reflexión: las crisis de liderazgo, las élites y los riesgos esquizofrénicos del poder mundial. Así regresamos al debate que desató en su momento la propuesta de Paul Kennedy, cuyo esfuerzo de teoría más general que local aportó al problema de las generalizaciones laxas aplicadas país por país.

Él aplica un patrón de estudios de casos de las corrientes principales de grandes unidades geopolíticas, desde los cuales se pueden inferir ten-

dencias diferentes pero amplias, que perduran hasta hoy como corrientes de cultura estratégica y acción política de estos ejes de poder. En estos análisis, la interacción entre la expansión —hoy globalización—, la economía nacional y mundial, las fuerzas militares y una diplomacia eficiente construyen polos de poder regionales y mundiales.

Ahora Eurasia articula estos factores; Europa los pierde y Estados Unidos intenta reconfigurarlos. Pero el *ethos* euroasiático tiene un perfil muy distinto al de Occidente: se basa más en asumir las diferencias que en los aceros de las armas, más en el diálogo que en el dominio clásico, más en comprender al otro que en someterlo.

Estos fundamentales aspectos del poder mundial pueden analizarse desde la gestación de las élites en los países poderosos y también en los dependientes, dentro de un hipercapitalismo generalizado que es, a la vez, espacio de conflictos. Estas élites, durante siglos, han determinado —más de lo visible— los destinos de las mayorías: desde sus instituciones armadas, de control, información, justicia y comercio, y desde luego desde sus recursos primarios, sostenidos por constantes empresas de propaganda política a través de medios masivos. Regresaremos sobre el tema de las élites más adelante.

El modelo de geopolítica que sugiere Kennedy, y que hoy replica de forma más general Tim Marshall, podría enmarcarse también en el esquema de economía-mundo. Se formula desde un patrón donde las relaciones internacionales y la guerra son las disciplinas desde las cuales se observan y se ponen en juego —a favor del centro dominante— las crónicas y teorías explicativas. La ubicación geográfica, los recursos materiales, la población, la salud, el clima, la densidad estratégica del país en términos de solvencia, estabilidad y fuerzas militares ejercen un gran impacto en las miradas generales del poder y del dominio.

La composición de esta forma de ver estratégicamente tiene una larga historia, como conviene recordar; sin embargo, será recién a fines del siglo XIX cuando la geopolítica se consolide como disciplina autónoma en su

versión clásica y de Estado. Este retraso en su formalización no impide que, en las prácticas del realismo, siempre haya existido una geopolítica en ciernes.

Destaquemos brevemente que las diferencias básicas entre dos geopolíticas —la primera de poder y la segunda crítica— radican en la significación que se le da a lo social frente al dispositivo de poder político de Estado. Lo social irrumpre como actor frente a diversos dilemas del poder; para los primeros es un dato secundario, un resultado o efecto de las relaciones de poder, mientras que para el enfoque crítico es la gota de agua que cambia y altera todo, además de ser, en muchos casos, el origen de lo demás.

Debemos asumir que la textura del orden global está hondamente trizada en sus fuentes de legitimidad formal, como la institucionalidad legal pública internacional, cuyos efectos serán largos. Resaltemos que la ONU, la OMC, los tribunales internacionales y los acuerdos climáticos, entre varios otros, están hoy fuera de juego en las acciones de los Estados. No se trata de que nadie crea en ellos, sino de que, al no tener el apoyo de las grandes potencias, se desfondan de estabilidad y legitimidad.

Las fuerzas reconfiguradoras de la mundialización, al destruir y construir sin pausa, se suman a las tensiones que enfrentan los Estados nacionales en cada lugar del mundo, que deben coordinar con dificultad sus intereses específicos con grandes conglomerados económicos transnacionales que, en síntesis, son poderes geopolíticos. En este escenario, importa más el poder que el dinero. La amplia cantidad de actores en juego da cuenta del nivel de desorden de la dinámica mundial. Este fenómeno se potenció desde los años 1980 y hoy continúa en aceleración desde África, Asia y América Latina.

Para el realismo de hoy, al ser el Estado su figura totémica, la seguridad de este se vuelve la preocupación básica de toda acción y el eje explicativo de la vida, en detrimento de la seguridad de las sociedades, lo que desde luego es un despropósito, pues supone —sin decirlo— que puede haber Estado sin mucha sociedad. Al mismo tiempo, sus visiones de seguridad quedan limitadas al espacio nacional o inmediato.

El realismo es eficiente, pero en casos complejos se convierte en un gran depósito de obviedades. Seguridad, Estado y poder actúan en este enfoque como factores de la política internacional, pero restringidos por el paradigma, que ve la seguridad como el núcleo de toda política; por ello, el poder es el objetivo de toda sensatez política, como maximizadores de la seguridad dentro del mismo enfoque de los maximizadores del poder, como John Mearsheimer (2001).

Maquiavelo, injustamente, ha sido convertido en el autor por excelencia de la seguridad del Estado, donde la ontología de la “moral de Estado” nace de sus diferencias con la moral social. Estudiosos como Hans Morgenthau sitúan las guerras, al igual que Hobbes, en la naturaleza humana, por lo cual el realismo derivaría de esta convicción antropológica. Sin embargo, Maquiavelo es fundador de la teoría política en los albores de la modernidad, no un celador del Estado.

El cuadro es diferente para los liberales, desde cuya perspectiva se enfatiza que la mayor amenaza, riesgo y falencia de la seguridad es la guerra. Hay seguridad cuando se da el diálogo, la cooperación y las relaciones constantes y fluidas entre las naciones, no solo desde el comercio, sino también desde las culturas. Su enfoque nace de una ontología optimista de estas posibilidades, pero no simplista: no niegan los intereses diversos ni los errores de cálculo. La acotación de un poder suave no proviene de una debilidad, sino de una visión de mancomunidad fluida y posible. Saben que hay conflictos en las relaciones internacionales, pero la superación de esto como determinismo abriría la reivindicación de las inmensas posibilidades de la paz, especialmente dentro del contexto teórico de la paz democrática, como ocurre con Michael Doyle y con los estudios pioneros de Melvin Small y J. David Singer, que exploran la tesis —discutible pero heurística— de que las democracias no luchan entre sí.

No se puede obviar que el liberalismo también asume al Estado como eje social del orden y de la paz; por ello, no podría negar el interés en su estabilidad, incluso para el buen funcionamiento del mercado. En este

marco, Habermas plantea tres dimensiones: una dimensión cognitiva, en la que la rectitud de una propuesta puede ser sometida a prueba objetiva; una dimensión moral, donde la validez se realiza mediante normas establecidas; y una dimensión psicológica, que expone que una expresión debe ser juzgada en relación con el contexto interno de una persona.

En un plano donde las fronteras nacionales de países y regiones completas garantizan poco la soberanía, las unidades de análisis más aptas son, en muchos casos, geopolíticas observadas desde un escenario mundial, como comprobamos en Israel y los países de Oriente Medio o en Europa Central. Los Estados se desempeñan dentro de este marco cuando deseamos mirar las dinámicas de los conflictos más que las instituciones, pero no en brazos de un realismo fundamental, sino de una geopolítica crítica, donde —como señaló Kissinger hace años en su tesis doctoral— entre poder y legitimidad es donde se juega la estabilidad.

La geopolítica y las relaciones internacionales conversan entre sí en una cartografía universal de la legitimidad de los conflictos y de la paz. Para Kissinger, el equilibrio de poder es el eje de la paz, como insistiría en su trabajo *Orden mundial* (2014), superando la dualidad simplista entre poder o seguridad.

Sin embargo, hoy ese equilibrio navega entre el temor y la amenaza o —desde otra aproximación— entre la irracionalidad y el fanatismo. Su tesis observaba el orden global como una dinámica de equilibrio, paz y estabilidad para cada uno de los poderes globales y de segundo orden, es decir, los poderes intermedios.

Estas observaciones eran sólidas en un orden bipolar cerrado como el de 1947-1990; hoy siguen siendo agudas, pero el ingreso a tiempos de tormentas y roces profundos por dirigir el siglo XXI las obliga a nuevos acomodos teóricos. En la actualidad, el bien social mundial más importante es la seguridad internacional, la paz y el diálogo. Pero esto está amenazado por el temor al otro, que renació con la irrupción de China en la esfera

mundial y la recuperación de Rusia en el mismo sentido, así como por las graves tensiones entre la India y Pakistán.

Como vimos, realistas, idealistas, constructivistas y posmodernos han nutrido los estudios desde estas escuelas para comprender el estado de la situación global. Su debilidad básica es la delgadez de sus análisis geoculturales y sociales. Pero la pregunta de Kissinger perdura: cómo lograr un equilibrio entre fuerza y legitimidad.

Estas corrientes viven un claro déficit metodológico, pues dos núcleos de sus estudios —las antiguas hegemonías de la Guerra Fría y, hoy, la decadencia de la forma histórica del Estado-nación— alteran los términos de la comprensión. Europa y Estados Unidos perdieron, paradójicamente, la densidad, anchura y profundidad de poder desde el período posterior al derrumbe dramático de la URSS. En teoría tenían todo para dirigir este siglo, pero no pudieron —o no supieron— realizar la victoria estratégica frente a Rusia, y menos aún frente a China.

Justamente cuando tenían la oportunidad de consolidar este poder, advirtieron que China estaba más avanzada de lo que se creía y que Rusia nunca estuvo tan derrotada. Hoy, a pesar de lo anterior, el drama será cómo convivirán los tres centros del poder mundial —China, Estados Unidos y Rusia— en un mar marcado por el colapso de Europa, con un sistema adecuado de órdenes y diplomacia.

4

LA OTAN: FUERZA O PARODIA

Sin embargo, durante los treinta años sin Guerra Fría, pudiendo aprovechar o explotar la paz para consolidarse nuevamente como el espacio del poder internacional, Occidente desperdició esa oportunidad, empañado por un análisis soberbio y autorreferente según el cual Occidente no podía perder. La OTAN se expandió hacia el este, avanzando sobre zonas sensibles y amenazando con cercar a Rusia. La supremacía occidental parecía asegurada, como ocurrió entre los siglos XIX y XX, pero la obsesión por el poder total no se contuvo. Desde el gobierno de George Bush hasta el de Joe Biden —ambos de partidos políticos con distintas agendas internacionales—, la política hacia Rusia no difirió: se buscó cercarla y aislarla con la OTAN en sus puertas.

El derrumbe de la Unión Soviética no significó la agonía orgánica de la Rusia profunda como civilización eslava, que Samuel P. Huntington denominó parte cultural del juego de civilizaciones, pasando de la geopolítica dura a la geocultura en su clásico y debatido libro, donde además señala a la industrialización y la militarización como fuentes de poder. Esto no ocurrió ni en la tesis de Huntington ni en la de los neoconservadores estadounidenses. Entre los más reconocidos de este último grupo están Irving Kristol, conocido como el padrino intelectual del movimiento; Norman Podhoretz, editor de *Commentary*; Leo Strauss, filósofo político de enorme influencia; Richard Perle, Paul Wolfowitz, Elliott Abrams, Douglas Feith, William Kristol (hijo de Irving Kristol) y Robert Kagan, todos ellos figuras que ocuparon puestos importantes en administraciones republicanas, así como Dick Cheney, vicepresidente de G. W. Bush, con una mirada orientada hacia ese vasto mundo euroasiático.

Tampoco había ocurrido algo similar con China entre mediados del siglo XIX y el XX, pese a sus tragedias, guerras internas y presiones externas, ya que sus culturas milenarias la dotaron de una notable resiliencia y de una capacidad de recuperación amplia y persistente. La OTAN fue un espacio protector para sumar a muchos que podían ser atacados por la Rusia soviética entre el final de la Segunda Guerra Mundial y 1990. La lógica frente a las fuerzas del Pacto de Varsovia era nítida.

Aunque, analizando textos como las memorias de Mijaíl Gorbachov, un ataque ruso a Europa era muy improbable —quizás incluso desde la tesis del “socialismo en un solo país” de Josef Stalin, en 1925, esto nunca estuvo realmente en la cabeza de los dirigentes soviéticos—, a partir de 1990 se hacía posible redefinir la OTAN en un esquema más pragmático y defensivo. Sin embargo, prevaleció la inercia burocrática e ideológica de décadas anteriores, como si Rusia siguiera siendo la URSS, lo cual resulta un asombroso congelamiento intelectual de Estado. La lectura de unos supuestos valores nostálgicos superiores de Occidente, como una energía situada por encima de la historia, entorpeció la percepción rigurosa de los hechos. Parecía ocurrir que, para instalar la paz perpetua de Kant, se debía usar la OTAN con las astucias de un Maquiavelo de manual.

Como si nada hubiera cambiado, siguieron haciendo lo de siempre: intervenir en la periferia del sistema, desde Yugoslavia (1991-2001), Irak (1980-2017), Afganistán (1978-2021) y Libia (2011-2020), en guerras de baja y media intensidad. Pero, aun así, debieron aceptar, en Irak, el caos; en Afganistán, la retirada; en Libia, la desfiguración trágica de los planes originales; hasta que, en febrero de 2022, descubrieron el error de análisis en Ucrania.

5

LA REALIDAD ENTRE LOS DATOS Y LAS FANTASÍAS

Desde el siglo XIX se han formulado algunas ideas muy básicas, con diversas variantes, que van desde la aceptación de lo que hay en la sociedad hasta la transformación profunda de la realidad; desde la opción de que es mejor vivir en desarrollo y armonía que en pugnas interminables entre naciones, Estados y comunidades, y que la guerra, bajo cualquier modalidad, siempre degrada. La primera idea es la del desarrollo compartido dentro de marcos de participación democrática creíbles: cuanto más directos, más efectivos. Otra es la libertad de cada sujeto para expresarse, movilizarse y esforzarse por alcanzar el tipo de mundo que, de acuerdo con sus principios, constituya un bien común más pleno para todos y para sí mismo; es decir, la autonomía frente a la heteronomía. También está la aspiración a una paz entre pueblos y naciones en condiciones de igualdad, con soberanías abiertas a las transformaciones culturales y éticas que el propio desarrollo general exige.

No obstante, la historia de los gobiernos y países en las últimas décadas ha profundizado diferencias y separaciones entre las personas a través del odio y de exclusiones cada vez más bárbaras, construyendo la idea de que muchos grupos son un peligro inminente para sus comunidades o Estados: inmigrantes, cesantes, pueblos originarios, jóvenes, personas asiáticas o negras. Los excluidos son, a ojos del poder, el enemigo interno potencial a ser neutralizado. Pero esto también ocurre entre naciones que no aceptan vivir bajo la amenaza permanente de las grandes potencias.

A medida que nos acercamos al año 2030, el mundo intensificará su turbulencia social global, como también puede inferirse del informe del Bank of America Institute (2025). Este documento —que reseñamos con observaciones— sitúa varios temas clave entre 2025 y 2030, varios de los cuales favorecen el liderazgo de China. Las tecnologías de la IA dominarán y reconfigurarán el mundo social, productivo y defensivo. Una visión global de gobierno, articulada y estable, se vuelve necesaria en la medida en que se trata de una dinámica general de cambios rápidos y profundos. Las empresas conocidas como las Siete Magníficas —Apple, Microsoft, Nvidia, Alphabet, Amazon, Meta y Tesla— serán, de hecho, un nuevo tipo de poder mundial, gracias a su capacidad tecnológica, de mercado y de transformación estructural.

La seguridad digital se convertirá en un campo planetario de batalla, un tema que alude a mucho más que la seguridad clásica y remite a liderazgos de control productivo, político y geopolítico de los Estados o grupos de poder sobre el público y los usuarios. Para pasar a otra etapa de las altas tecnologías será necesario renovar de forma integral el parque actual de producción, comunicaciones y transporte en la mayoría de los países del mundo. Una reconstrucción total que requerirá 94 billones de dólares para el año 2035. Los activos obsoletos pasarán a ser chatarra, y expandir la infraestructura que respalda las nuevas tecnologías —como indica este informe— es el dilema básico del crecimiento global. El populismo de corte autoritario y de élite proyectará una globalización vertical, radial y antidemocrática, al menos como un gran riesgo en muchos países desarrollados, con lo cual asistiremos a un viraje en la política y a una disminución del poder democrático ciudadano. La inmigración continuará aumentando su peso en la política interna de los países receptores. La independencia de los bancos centrales será cuestionada por los populismos, que ven en ella un límite sistémico a sus propósitos de control social amplio.

Sin embargo, se aventuran también ideas debatibles. Se sostiene que las guerras llegarán a su fin. Desde luego, esta afirmación resulta insostenible

hasta donde podemos prever. Lo que veo es, más bien, guerras agudas en focos específicos del planeta y grandes riesgos de un desastre general. La salud como situación cualitativa del cuerpo pasará a ser la nueva riqueza para el año 2030: el lujo de vivir bien irá acompañado del lujo de vivir más. Existirá una marcada escasez de trabajadores de la salud como efecto de las amplias demandas, pero segmentada según las posibilidades de pago. El envejecimiento de la población tensionará los fondos de jubilaciones; aquí se está formando un nuevo grupo de presión política mundial. La solución pasará quizás por aumentar la edad de cobertura, lo cual intensificará estas nuevas luchas sociales. El delito transnacional organizado, como un poder geopolítico, será acompañado por el ciberdelito. Marchamos hacia un mundo fuertemente populista, de crisis de la política habitual, de guerras comerciales largas y duras, e intentos de socavar los derechos de las personas y comunidades del siglo XX, en un esquema donde los trabajos serán reemplazados por la inteligencia artificial, lo que terminará marginando a amplios grupos, convertidos en vidas consideradas inútiles.

Los equilibrios profundos de poder, como se señala en variados ensayos, están rotos; viviremos largas décadas de incertidumbres y nuevos dilemas nacidos en el conflicto, muchos de ellos inéditos —como los procedentes del delito transnacional—, otros clásicos entre corrientes políticas y, por último, entre Estados y nuevas hegemones. Nuevas formas de biopoder se impondrán en la vida social. Pero, más aún, como podemos observar hoy, surgirán también violencias institucionales como resultado de la exasperación de la política clásica, que en muchos casos simplemente no sabrá cómo actuar frente a disidencias múltiples.

El dinamismo general de la economía, especialmente en los centros más complejos de investigación pura y aplicada, abrirá la posibilidad de salir de la Tierra para conquistar el espacio inmediato. Esto será la mayor victoria geopolítica —por siglos— para quien lo logre primero. De esta forma, la dimensión del poder podrá alcanzar niveles por ahora insospechados de proyección en el espacio inmediato y en la explotación de los

fondos marinos por vías económicas, científicas y militares. Centrada en el plano geoespacial del poder social, esta nueva frontera irá más allá de todas las ideas del geógrafo clásico o del ensayista de la guerra: ese espacio inmediato es ya una cota de control y de poder.

Como se puede analizar por las experiencias acumuladas en estos ciclos de desorden sistémico —es decir, cuando los marcos de referencia del poder se rompen o se debilitan—, se gestan oportunidades para las potencias intermedias, como los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), que tienen diferencias entre sí pero actúan en líneas básicas de conjunto. Si estas u otras potencias no preservan un mínimo de cohesión, perderán buena parte de sus opciones posibles. El dilema que Occidente debe asumir es cómo evitar su decadencia sin provocar grandes conflictos bélicos, convencionales o nucleares, que de muchas formas podrían infligir un daño sin retorno por siglos. Esta tragedia podría ocurrir en el Oriente Medio, entre India y Cachemira, o incluso en Europa del Este. Como ya señalamos, este esquema de riesgo no es análogo al de la Guerra Fría: en ese pasado solo dos grandes potencias, Estados Unidos y la URSS, podían iniciar algo así; hoy son varios países con intereses distintos. Ahora no solo hay múltiples naciones en condiciones de hacerlo, sino diversos sistemas de armas de destrucción masiva en manos de muchos Estados —nucleares, biológicas, químicas—, además de la capacidad creciente de fabricarlas.

En el corazón mismo del orden clásico basado en reglas surgen disidencias profundas, como ocurre hoy con un Occidente en agitación, que aumentarán los niveles de violencias sistémicas y extrasistémicas en el marco más amplio del liberalismo clásico, como se observa en Estados Unidos, Europa y en las periferias. Observado en su conjunto, la hipótesis del estado de excepción permanente a escala general parece cumplirse cuando constatamos la facilidad con que se aplican medidas punitivas por encima de las instancias electivas de los sistemas políticos. Desde 1990 existe una creciente aversión al debate en las academias y centros de estudio, con efectos visibles en la degradación del debate público sobre libertades y modelos de

gobierno. Llega un punto en que la pobreza de la discusión pública gesta una miseria de la democracia, de la educación, de la investigación y de la calidad de vida.

El método de estudio y planificación basado en la elección racional ha sido la formulación central en los análisis de gobiernos e instituciones hasta hoy. Como consecuencia de la crisis de los grandes relatos, las lógicas más instrumentales se han impuesto, con efectos delicados, pues ofrecen paneles de modelización excesivamente simplistas frente a problemas sociales complejos. Observemos esto: el desarrollo de enfoques formulados desde una matriz analítica de corte deductivo, cuyo núcleo proviene del pensamiento económico clásico y neoclásico, colisiona con la larga tradición que va desde las teorías del derecho hasta la década de 1970. Estas formulaciones suelen ignorar gravemente el factor social y su peso en la orientación de los asuntos públicos. La óptica económica de la política parte de una observación del individuo como consumidor —una molécula aislada— para luego trasladar ese esquema a la racionalidad funcional de las instituciones públicas bajo el paradigma de la elección racional. Pero este diseño falla en sus propios presupuestos, especialmente en la presunción de racionalidad en escenarios complejos y llenos de incertidumbre, donde el “sujeto solitario” no existe y donde las luchas sociales y las aspiraciones colectivas desbordan cualquier esquema de control.

Hemos pasado de aquellos años trepidantes de la democracia —cuando la crítica a la sociedad industrial derivaba en la noción del hombre enajenado y unidimensional, aunque ya en marcos neoliberales (1968-1978)— a una crítica del orden civilizatorio liberal en su conjunto. Es decir, de un intento por unir, entre 1960 y 1990, la teoría crítica de Frankfurt con la dialéctica de Sartre y luego con la visión de Habermas, a un esfuerzo más reciente por articular el pesimismo de la filosofía política actual —al estilo de Bauman— con las críticas al poder y al securitismo propias de Foucault o Beck. Esto puede verse en Agamben, Bauman, Negri, Dussel, Habermas y otros. Destaquemos algunas afirmaciones sustantivas que enlazan esas

décadas con las actuales: la sociedad posindustrial contemporánea puede sostener transformaciones tecnocientíficas y culturales de gran amplitud, pero enfrenta límites severos para administrar una crisis general que involucre simultáneamente economía, cultura y geopolítica, especialmente en un marco de crisis de gobernabilidad tanto del sistema mundial como del interior de los propios Estados.

6 UN PERÍODO DE TORMENTAS. CULTURA Y GEOPOLÍTICA

Es muy difícil juzgar con ecuanimidad una época como la nuestra, saturada de fracturas, ambigüedades y giros inesperados entre estadistas, políticos, intelectuales e instituciones transnacionales, todos vertiendo opiniones divergentes sobre asuntos decisivos para bloques y naciones. En tiempos de tal complejidad, el reduccionismo parece legitimado, pues permite analizar pocos eventos sin adentrarse en estudios más densos. Frente a sociedades decepcionadas de la política tradicional y a una opinión pública desconcertada por transformaciones históricas que avanzan con rapidez en Occidente y en un Oriente ampliado, se precipitan frenesíes de ambigüedad y cambios sorprendentes en la vida cultural, diplomática y económica, así como en los derechos, el trabajo y el consumo. De esto trata precisamente la noción de una dinámica de reconfiguración del tiempo histórico.

El ocaso de Occidente está en marcha desde fines del siglo XX. La noción cultural de Europa se fue construyendo sobre bases históricas desde el año 800 en adelante, de forma muy gradual y ascendente, para acelerarse desde el siglo XIX con la Revolución Industrial, en medio de un vasto entramado de culturas y políticas y de una singular diversidad civilizatoria, hasta desembocar en la Unión Europea luego de dos guerras mundiales y de una integración económica que aún permanece inconclusa. La imagen geocultural de este espacio amplio y diverso denominado Occidente, que fraguó una cultura dentro de una historia que remite sus nostalgias a la Grecia y la Roma antiguas, dejó en la marginalidad a los

grupos originarios y ancestrales de cada lugar, cuyas trayectorias configuraron historias sociales más profundas en América, Asia y África, marcadas por la resistencia y las luchas.

Europa se afirmó en el imaginario espacial y temporal a partir de una religión convertida en poder político, como fue el cristianismo, y de una unidad imperial simbolizada en Carlomagno (800-814 d. C.). Muchos siglos después, figuras como Baruch Spinoza, Erasmo de Rotterdam, René Descartes o Montaigne, idealizadas como encarnaciones del intelectual libre y de los derechos, terminarían articulando los principios democráticos que consagraron ese espacio político mundial.

Así, el Renacimiento (siglos XIV-XVI), seguido por la Ilustración y por las revoluciones industriales (1760-1840 y 1870-1914), políticas y científicas, junto con las dos guerras mundiales, dotaron a la noción de Occidente de densidad histórica y liderazgo. Las revueltas y revoluciones plebeyas, las despiadadas empresas coloniales —encubiertas o exhibidas como misiones civilizadoras— y los genocidios abismales de exterminio industrial en campos de concentración quedaron relegados como “accidentes” en un largo camino hacia el futuro. Esa autoimagen de progreso está hoy comprometida, más desde Europa que desde Estados Unidos.

La voluntad lúcida de reconstrucción, afirmada desde 1946 en un orden económico asociado al Estado de bienestar y al “nunca más la guerra”, le otorgó a Europa un aura dialógica particular. Impulsada por el Plan Marshall desde Estados Unidos —con el objetivo explícito de contener la opción comunista—, Europa avanzó hasta 2022, cuando la invasión rusa de Ucrania reabrió visiones y temores latentes provenientes de la Guerra Fría. A pesar de ello, supo poner en circulación, desde fines de los años 1940, una ética y una estética refinadas, reconstruyendo su logística intelectual y académica. Del mismo modo, sostuvo una actitud profunda de respeto —o quizás de búsqueda renovada— hacia la centralidad del individuo y del sujeto colectivo, imponiéndose en juegos duales pero equilibrados entre lo liberal y lo socialista.

Entre *La riqueza de las naciones* de Adam Smith y *El capital* de Karl Marx, entre Antonio Gramsci y Raymond Aron, Europa sostuvo una conversación intelectual continua, favorecida en gran medida por la prosperidad económica general y por los acuerdos tripartitos entre Estados, patronal y un sólido movimiento sindical de perfil socialdemócrata. Esta región nos condujo al largo 1968 —juvenil, musical y filosófico— y, más tarde, desde los años 2000, al retorno de un nacionalismo tardío con claros sesgos neofascistas, que buscó una nueva identidad regional en un globalismo híbrido marcado por la Unión Europea, el euro y la OTAN. Al mismo tiempo, desplegó un nacionalismo emocional que, sin embargo, arrastra antiguos gérmenes de xenofobia, agresiva culturalmente en el siglo XXI, de manera particular, contra los emigrantes de países árabes.

7 UNA LÓGICA DE CONFLICTOS

Podríamos referirnos a una saga de la geopolítica mundial como una síntesis entre el poder material, político y cultural de las grandes potencias y regiones en pugna, con sus logros y fracasos, como ocurre hoy con Occidente y, más singularmente, con Europa. Lo primordial, al analizar la vida de estos grandes centros radiales de poder en sus estadios de esplendor y decadencia, es el manejo y la dirección de las fuerzas que los sostienen en conflictos dinámicos, cambiantes y azarosos. El aspecto central no radica en la oposición entre unilateralismo y multilateralismo, ni entre globalistas y nacionalistas de nuevo cuño. La cuestión es el poder mismo, no la fórmula con la que se lo pone en movimiento.

Tengo la convicción más firme de que son las dinámicas largas del poder las que explican los aspectos de fondo de los hechos, como sugieren los estudios sobre los centros mundiales desde el ascenso de Holanda (1672), España (1918-1920), Portugal (1974), Francia (2015), Inglaterra (1952), Estados Unidos (1929) y, ahora, China (1930), o el retorno de Rusia (2000). Los Estados —ya fueran ciudades eje del desarrollo hacia fines de la Edad Media y el Renacimiento, o más tarde formaciones del Estado nación— son máquinas de reproducción del poder político, la violencia y la riqueza. Estos dos últimos factores operan como una dupla: si uno decae, arrastra al otro. En este sentido, es necesario observar cómo se conforma una élite o burocracia que se prolonga en el tiempo, basada en tradiciones y culturas de excelencia en la administración del conjunto total de recursos humanos y materiales. Esa continuidad es una de las claves del poder y de su legitimidad, tanto en los espacios internos como frente a los adversarios externos.

El liderazgo en la política mundial —desde Washington, Pekín, Moscú o frente a procesos densos y variables como los que involucran a India, Pakistán, Tokio, Israel o Brasil— sigue poniendo a prueba la calidad de los liderazgos globales, de los cuales dependen la paz, la estabilidad internacional y la confianza en que el mundo puede ser gobernado por una racionalidad en la diversidad. En muchos de ellos, los hábitos mentales parecen congelados en el tiempo, repitiendo estilos y liturgias del pasado para afrontar problemas actuales, como los de la paz y la guerra. Así ocurrió con la administración de Joe Biden, que llevó la situación a extremos de alto riesgo bélico en los años 2022 y 2023 (2021-2025).

Por otra parte, el congelamiento intelectual es también resultado de marcos culturales que, en gran parte de Occidente, crujen y se debilitan debido al empobrecimiento sostenido, material y político, del mundo intelectual. Los estrategas de Estado, en todas las épocas, saben cuándo operan en espacios cada vez más acotados de maniobra frente a sus naciones y aliados, con recursos limitados, especialmente cuando las crisis se multiplican y las opciones se estrechan hasta volverse mínimas, acercando las tragedias. Así ocurrió con Estados Unidos entre 1960 y 1975, con el conflicto y la derrota en Vietnam, o, más dramáticamente, con los intentos de reforma de Mijaíl Gorbachov entre 1986 y 1990. Convengamos que los torrentes del fracaso poseen mayor capacidad multiplicadora que los éxitos: los fracasos dejan en soledad a sus protagonistas, replegados, a la defensiva y con escasas opciones de recuperación estratégica.

Cuando el verdadero juego estratégico pone en desplazamiento a gobernantes, naciones, mercados y confianzas —junto con temores que operan frecuentemente con información limitada o incluso imperfecta—, las posibilidades y amenazas exigen decisiones tomadas con premura; de otro modo, los costos y daños pueden ser significativos. Lo que se destaca es la densidad político-estratégica del sistema de gobierno y de sus élites. Sin administraciones fuertes y eficientes, las capacidades de maniobra de los países son escasas y, con frecuencia, defectuosas. Estos rasgos, que en

el mundo clásico eran parte de la capacidad política, hoy, con las redes de influencia y la existencia de cabildeos, han escorado las decisiones a favor de una mediocridad sin mérito, aunque con un amplio control burocrático.

Las crisis, las guerras y las revoluciones han sido, a lo largo de los siglos, mutaciones rápidas de la vida social, cuyos efectos de largo plazo suelen quedar para analistas o ensayistas, pero la fractura de los sistemas constituye el drama real de la historia hasta hoy. Agreguemos que, en la actualidad, la situación de crisis es permanente y no episódica. La alteración de un orden sistémico —que alude a una desorganización profunda y abre una provisionalidad del poder mundial— es una originalidad singular, donde el poder se desplaza de unos grupos a otros, entre actores públicos y privados, legales y delictivos. Lo esencial en estos momentos de crisis, revolución o refundación es analizar cómo se crea un nuevo orden sistémico, no para resolver la crisis, sino para administrarla. Es decir, cómo se organiza otro poder, en el cual la refundación garantiza la victoria mediante nuevas tendencias culturales y políticas, ya impregnadas por la desintegración.

Empero, hay situaciones en las cuales los cauces del destino actúan con rapidez y crudeza, donde el tiempo se acelera y la posibilidad de corregir un paso equivocado o rehacer lo mal hecho se vuelve imposible. Así ocurrió con el escándalo de Watergate, que llevó a la renuncia del presidente Richard Nixon en 1975, o con la determinación inducida de V. Zelensky de convertirse en una pieza de guerra en el tablero geopolítico de la OTAN en estos años. Estos son accidentes históricos, resultado de torpezas en la gestión del poder que remueven grupos de gobierno, pero no modifican las ideas matrices del Estado. O bien constituyen errores políticos nacidos de no observar la totalidad del juego y permitir ser configurado como objeto por otros.

Lo que sucede hoy con las aventuras y juegos de guerra en Europa pertenece a ese tipo de hechos que determinarán, por años, la política de cada actor relevante, especialmente Rusia, Ucrania, Estados Unidos y la Unión Europea. No se logrará una paz estable, sino apenas un marco de

convivencia tensa. Esto dibujará la decadencia de Europa y de su modelo de unidad, con fracturas entre países y, aún más, entre las poblaciones. Se evidencia así una conjunción de élites colmadas de errores graves para toda la humanidad.

En efecto, Europa se encuentra ante su futuro más allá de la alianza con Estados Unidos —de la cual ha dependido desde fines de la Segunda Guerra Mundial—, enfrentada al dilema de su propia gobernabilidad con desarrollo humano. Resulta notable que la Unión Europea, que venía asumiendo con dificultad su expansión, percibiera a China como una amenaza económica desde al menos el año 2000, pero no comprendiera que el factor ucraniano, desde 2014, contenía todas las condiciones para descolocar su política regional, tensionar sus mecanismos de defensa, afectar su economía y, aún más, revelar la fragilidad de su unidad política ante una crisis político-militar seria, evidenciando, además, la famélica realidad de su poder militar.

Aceptemos, sin embargo, que en la distancia que la actual administración de Trump está construyendo respecto de Europa se destacan dos factores de fondo. Desde un plano general, sitúa a Europa como un actor ya no central en las políticas mundiales de este tiempo. Pero, más relevante aún, pone en evidencia que existe una pragmática constante del Estado estadounidense que emerge con continuidad desde Vietnam (1955-1975), Irak (2003-2011) y Afganistán (2001-2021), por mencionar solo algunos casos de retiro, distanciamiento o abandono cuando Washington considera que hay intereses mayores que justifican alejarse de compromisos previamente compartidos. Taiwán, e incluso países como Polonia y, en el extremo, Israel, deberían sopesar con cuidado estos hechos, que son ya un rasgo constitutivo de la política estadounidense.

El conflicto en Ucrania —donde Europa es parte y pieza clave de la guerra— enuncia, desde el ángulo de las relaciones internacionales, un giro que en pocos años ha reconfigurado a Europa occidental como un espacio geopolítico de alto potencial desestabilizante e inestable, como no se veía

desde las primeras décadas del siglo XX. La guerra en el centro de Europa ha puesto en evidencia tanto la crueldad del conflicto como el uso de nuevas armas y tecnologías, entre ellas los drones y los misiles hipersónicos.

El diseño estratégico de Rusia postula una guerra de desgaste y saturación, dirigida a erosionar las capacidades de resistencia de Ucrania hasta el borde de la desintegración nacional. Para este último país, el eje de sus decisiones se ubica en una guerra de resistencia y hostigamiento, acompañada de ataques a centros energéticos y otros objetivos de impacto comunicacional y psicológico. Si Ucrania fuera obligada a una paz con concesiones, es posible que recurra a un ciclo prolongado de guerrillas.

Desde luego, Rusia y Ucrania son contendores asimétricos; sin embargo, Ucrania inició el conflicto con un poderoso ejército y ha contado con el apoyo de la OTAN y de cada uno de sus países. Es decir, no se trata de una asimetría simple o mecánica. La gran operación de Rusia en Ucrania, según puede pesquisarse, está determinada por los objetivos de lo que llamó operación especial, y no parece que Moscú desee ir mucho más allá (Sánchez, 2016). Será difícil alcanzar una fórmula de paz estable y real, tanto por los cambios en las conductas políticas de los actores —especialmente de Estados Unidos— como por la actitud díscola de países como Hungría y, en menor grado, Italia dentro de la comunidad europea.

Si la paz se formaliza con una presencia protagónica de Estados Unidos —controlando las tierras raras— y de la Federación Rusa, pero con escasa participación de Europa y del propio Kiev, el cuadro prospectivo será frágil para Londres, París y para cualquier gobierno que suceda al actual Ejecutivo ucraniano. Este es un nudo estratégico de primer orden, en la medida en que obligará a Europa a construir su propio sistema de defensa, con o sin la OTAN, y, aún más, a gestar aproximaciones hacia China, los BRICS e incluso hacia Rusia. Vendrán años muy dinámicos y poco convencionales. El abanico que se está imponiendo romperá antiguas alianzas dentro de Europa y pondrá a prueba la gran estrategia de la Casa Blanca a escala general.

De esta forma, tres grandes actores, con estrategias, culturas políticas y sensibilidades emocionales distintas, están conduciendo los procesos que sostienen hoy la paz frente a la guerra internacional. Las formulaciones de estos Estados se entrelazan con los rasgos personales y los estilos de dirección de los tres dirigentes que hoy concentran el núcleo de la política mundial: Donald Trump, Vladimir Putin y Xi Jinping. Ellos están en el centro del tablero del futuro de la humanidad.

Es decir, la sobrevida de la civilización humana descansa en las manos de líderes y grupos de Estado que deben pensar cada paso en términos de sus efectos más amplios, de sus riesgos y de sus incertidumbres, sin caer en la soberbia ni en la indiferencia frente a lo eventual. Cada uno mantiene relaciones distintas —y astutas— con los otros, así como con sus variados aliados regionales y locales, los cuales, en condiciones de temor, pueden sucumbir a soberreacciones, como podría ser el caso de Israel, Irán, Turquía, la India o el Reino Unido, o de países como Alemania o Francia, que, como se observa, se aferran a juegos mediáticos o a demostraciones de fuerza con cálculos de muy corto plazo.

Las circunstancias históricas que debemos asumir hoy son radicalmente distintas de las de la Guerra Fría, aquella etapa marcada —como sabemos— por pugnas ideológicas y por modelos de mundo polares y relativamente predecibles. En ese entonces, a pesar de la confrontación, los actores se movían dentro de una amplia racionalidad estratégica, desde la cual era posible inferir actitudes y propósitos en los vértices críticos para la paz. Ejemplo modélico de ello fueron los diálogos de octubre de 1962 entre John F. Kennedy y Nikita Jrushchov, que permitieron evitar una conflagración mundial.

Los riesgos y crisis que se presentan hoy se desarrollan dentro de un orden capitalista ultraliberal, sin contrapesos visibles en el mediano plazo, donde predomina una incertidumbre creciente frente a los desplazamientos de cada nación. La medida de China —su amplitud estratégica— proviene de ese marco de referencia sobre el mundo y la paz, que en gran medida

juega a su favor, pero también de una filosofía política asentada en un marxismo nacional que, desde 1947, ha debido atravesar múltiples pruebas entre idealismos y pragmatismos.

Durante la Guerra Fría no se compartía la idea de un mundo dominante único, ni en el plano filosófico ni en el psicológico, pero sí existía claridad de que, incluso en los extremos —como la crisis de los misiles soviéticos de 1962 en Cuba, ya mencionada—, era indispensable impedir, y no siquiera coquetear con, la posibilidad de una guerra nuclear.

La convicción de que la guerra nuclear es un tipo de confrontación que no puede ganarse fue, durante décadas, el sustrato de la paz. En los años híbridos y expectantes que van de 1990 a 2008, el orden unipolar estadounidense no estaba realmente en disputa: los conflictos eran de baja intensidad, sin potencias con capacidad de expansión, o simples amagos regionales. En parte, porque el derrumbe de la URSS también tomó por sorpresa a Occidente, que tardó en formular algo parecido a una estrategia coherente. Incluso los lúcidos análisis de Zbigniew Brzezinski —agudos y premonitorios, como solían ser— continuaban impregnados de recelo histórico hacia Rusia (Brzezinski, 1998).

Pero en 2022 el riesgo nuclear regresó, con advertencias explícitas desde Moscú y, simultáneamente, con declaraciones de Inglaterra, Francia y Polonia que aludían a la eventualidad de un conflicto generalizado en Europa Central o incluso en todo el continente.

El problema central es que resulta altamente improbable que una guerra de gran escala en Europa contra Rusia —si llegara a producirse— no desemboque en un drama nuclear. La naturalización de esta posibilidad, además de evidenciar una alarmante falta de talento político y de virtud para actuar en situaciones críticas, contiene un componente de histeria y de puesta en escena. Sin embargo, lo decisivo no es la teatralidad, sino que esta actitud construye una disposición real y peligrosa a considerar el uso de armamento nuclear, despertando subjetividades de temor, odio y nacionalismos extremos, tanto en Londres como en Moscú.

Aceptar que no hay alternativa a la paz implica reconocer que, al lidiar con la historia, debemos asumir que el uso de armas de destrucción masiva y nucleares se ha convertido en una opción dentro de una fractura total de cualquier teoría de la política, la guerra y el poder, reducida a mínimos de insensatez. Esto constituye hoy un motivo de preocupación para la humanidad entera.

Significa ingresar en una dimensión impensable desde la vida cotidiana: una biopolítica suicida que arrastraría a la comunidad humana, aun con todas sus tensiones, hacia la más profunda bruma del destino. Sería la ruptura definitiva de la historia humana, sin posibilidad de retorno a ninguna normalidad digna de ese nombre, y acaso la gestación de una guerra civil mundial en medio de la miseria, la pobreza, la ausencia de gobierno y la fragmentación social, donde solo pequeñas fracciones agrupadas para sobrevivir disputarían agua, alimentos, abrigo y armas.

8

LA TUMBA DE MAQUIAVELO

En las simplificaciones sobre el buen gobierno, las pinturas psicológicas suelen presentar a Nicolás Maquiavelo (1469-1527) como un personaje torvo y lleno de dobleces. Sus artimañas serían, según esta imagen, parte de sus pasiones y de sus posibles éxitos, pero también del trasfondo trágico de su vida. Esta lectura psicologizante —que lo retrata atrapado en una visión paranoica del hombre y de la historia— fue promovida por Francia, España y el Vaticano, pues el florentino representaba una figura subversiva frente a estos poderes monárquicos. Sin embargo, tales distorsiones permiten ver indirectamente un aspecto de fondo: lo que Maquiavelo pone en el centro, tanto en *El príncipe* como en *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio*, es el gobierno, el poder y la administración de la vida de la ciudad, la polis o la comunidad. La figura del príncipe es, en realidad, una imagen estratégica del poder, que no se agota en la crueldad ni en la violencia, ni en arrebatos de orgullo o celos. Estamos ante el primer gran texto de estrategia política de la modernidad occidental.

Uno de los principios liberales básicos sostiene que las instituciones, al basarse en leyes fraguadas y consensuadas por la sensatez colectiva, las tradiciones, sus actualizaciones y el rigor de la filosofía política y constitucional, garantizan un buen gobierno dentro de sus adscripciones democráticas. Sería, diríamos hoy, una especie de “caja cibernetica” que procesa opciones legítimas. Este principio puede aceptarse como rector, pero su eficacia real es limitada. Ya Gaetano Mosca (1896) advertía que los grupos de poder pueden ignorar ese marco en su espíritu y en su sentido, imponiendo por la vía fáctica —a través de influencias o de la fuerza— caminos alejados

del principio democrático. Algo que, en otro registro, también señalaba Maquiavelo en *El príncipe* al subrayar cómo las élites pueden situarse muy por encima de la ciudadanía activa.

En una visión semejante a lo que, muchos siglos después, Robert Michels (1911) denominaría la ley de hierro de las oligarquías, Gaetano Mosca elaboró desde el capítulo primero, “Sobre la teoría de los gobiernos y sobre el gobierno parlamentario”, de *Elementos de la ciencia política*, sus polémicas tesis sobre la “clase política”. La definió como una minoría organizada que ejerce el poder por encima de una mayoría social desorganizada, un postulado que anticipa buena parte de la sociología política contemporánea. Su planteamiento surge desde una adscripción liberal, pero no propiamente democrática, en afinidad intelectual con Giovanni Gentile.

Mosca se inclina por una macrohistoria antes que por la micro, privilegiando las tendencias amplias de los procesos y las combinaciones que traman cada fenómeno del gobierno y del poder. Desde los hechos sociales que articulan los eventos particulares, busca un modo explicativo de la gobernabilidad. Para ello, no propone decálogos éticos que los gobernantes deban adoptar para alcanzar el éxito mediante el buen criterio; más bien expone lo que considera las grandes leyes del gobierno, formuladas desde un conservadurismo aristocrático, de fuertes fundamentos históricos y empíricas.

Lo que deseo destacar en el concepto de clase política, desde un plano operacional y analítico, es la necesidad de incorporar esta noción proveniente de la escuela elitista como un factor para observar la fuga hacia arriba y hacia adelante de los sistemas políticos occidentales en el curso de su crisis actual. Esto es especialmente evidente cuando las decisiones son trascendentales y esenciales para todos, porque remiten a las formas de producción y distribución del poder. Las oligarquías contemporáneas están compuestas por élites mundiales que determinan la guerra y la paz muy por encima de los parlamentos y de los partidos políticos en las grandes capitales atlánticas.

Estas élites financieras son grupos de grandes decisores en cada estructura de los gobiernos actuales, en su mayoría no electos, que ensamblan intereses distintos pero próximos en su diversidad de poder y control social. Los gobiernos y sus equipos, tanto como los financieros, los grupos parlamentarios, los gestores de cabildos y los medios de comunicación, desatan una lógica propia de cohesión fraccional en contextos autodefensivos y opacos, muy afines entre sí en las sombras. Además, tienden a impedir la renovación de sus propios cuadros, congelando a los mismos líderes, como ocurre hoy en los dos grandes partidos políticos de Estados Unidos. Desde un plano histórico de la modernidad, este patrón se presenta como una de las causas principales de la crisis de las instituciones democráticas, capturadas por estas dinámicas de poder.

Gaetano Mosca analiza cómo los gobernantes y los gobernados enmarcan sus existencias en esta forma de dominio, dejando de lado la concepción tripartita de la filosofía política clásica de Aristóteles —gobiernos tiránicos, oligárquicos y democráticos— y avanzando hacia una distinción más simple: quienes gobiernan y quienes son gobernados. Por ello, la clasificación “de clase de gobierno” que utiliza Mosca, y que fue criticada por Antonio Gramsci, funciona aquí como un recurso tipológico general, distante de las teorías de clases sociales de Karl Marx e incluso de Max Weber, quien las vinculaba a esquemas de interrelaciones basados en carisma, prestigio y riqueza, pero cuya base última se refería a la legitimidad. Para Mosca, se trata de una situación derivada de las relaciones sociales de dominio, control y gobierno, no de las relaciones sociales de producción. Sin embargo, existe un punto en que estos tres pensadores convergen: el poder como capacidad de hacer y determinar, una capacidad que, para ser efectiva, debe estar concentrada, pues de otro modo su propia naturaleza se diluye.

Lo que cuestiona la opción de un poder efectivamente democrático, en términos de una posible distribución perfecta, es precisamente la persistencia de la dualidad entre dominadores y dominados. Donde hay poder, hay concentración. Sin extenderme en una veta fundamental que permite comprender el tema de las élites y sus factores de producción —resultado

de diversos órdenes históricos—, es necesario recordar el ensayo de Max Horkheimer sobre la razón instrumental y sus límites para superar realmente este dilema. Para él, la idea de un manejo plenamente democrático de las instancias formales es más bien una fantasía necesaria, una aspiración reguladora que rara vez encuentra condiciones efectivas para realizarse.

Se puede llegar a bordes muy fértiles en términos de liberación respecto de las lógicas del realismo ramplón o de los principios abstractos de la utilidad práctica y productiva del hacer y del optar. Pero, salvo que se configuren situaciones extraordinarias de giros culturales muy amplios, las redes de las oligarquías y de las élites terminan por llevarlo todo de nuevo a un punto de control, manejando las normas y a las sociedades, que a su vez toman partido como si fueran libres y conscientes. Así ocurrió en los socialismos reales del siglo XX, donde la apariencia de emancipación terminó subsumida en nuevas formas de tutela política.

Las democracias europeas —cuyas poblaciones representan apenas el 5 % del total mundial— intentan retomar una actitud imperial para la cual ya no poseen el peso geopolítico necesario. Las hipótesis de conflictos o guerras con Rusia solo acelerarían su destrucción, incluso si en diez años invirtieran los 800 mil millones de euros anunciados en una suerte de keynesianismo militar, pues la variable tiempo no juega a su favor. La llamada “autonomía estratégica” es, en rigor, una fórmula vaga sin Estados Unidos como sostén, y más aún si se considera que la mayoría de sus empresas militares no figura entre las diez mayores del mundo, produce sistemas mutuamente incompatibles y depende de un ejército que, en cifras y sobre el papel, llega a apenas un millón trescientos mil soldados. Todo esto ocurre ochenta años después de la Segunda Guerra Mundial, que devastó a gran parte del continente. La élite de Bruselas carga hoy con la posibilidad real de ser abandonada por Estados Unidos, como Washington hizo en Afganistán e Irak, pero esta vez en una escala mucho mayor: Europa podría quedar en un páramo estratégico, con apoyos estadounidenses mínimos, tanto políticos como logísticos.

Europa necesita con extrema urgencia retomar una diplomacia seria y sin estridencias. Hasta ahora marcha hacia un escenario de guerra prolongada con Rusia. Ya no están los Jean Monnet, los Charles de Gaulle o los Konrad Adenauer, figuras con una visión amplia de la historia y de la integración, que no se sustentaba en la confrontación —menos aún cuando esta podría volverse nuclear—. La retórica de Londres, París o Varsovia es estratégicamente torpe para una unidad compuesta por veintisiete naciones con intereses específicos y divergentes. Europa no es hoy un proyecto democrático participativo en un sentido profundo de unidad en la diversidad, ni cuenta con un protagonismo real de la voluntad general democrática; la mayoría de sus gobiernos se sostienen, por lo general, con menos del 20 % de apoyo. Así, se acumulan tensiones profundas en la población llana y común. La sociedad, en este caso, es el actor que aún no se expresa, pero donde se multiplican las críticas, más desde un nacionalismo de derecha extrema que desde fuerzas de centro.

Algunos de esos hombres de Estado y de poder que, en tiempos pretéritos, actuaron en torno a una paz difícil dejaron huellas profundas. Políticos como Otto von Bismarck —quien unificó Alemania y ganó tres guerras— lo hicieron sobre la base de un modelo pragmático, con rasgos meritocráticos y una articulación interna del Estado que era el sustrato de una acción coherente. Autoritario, riguroso, democrático en forma restringida y prudente, manejó las relaciones internacionales desde una política de poder, pero no desde la obsesión del poder por el poder, ni bajo la lógica de la amenaza perpetua, sino como un instrumento estratégico orientado a fines mayores. Aun así, no faltan críticas posibles.

Lo que se destaca es la lógica y la planificación política de largo plazo. O, en otro registro, un sir Winston Churchill que, al igual que León Trotsky desde su duro exilio, advirtieron sobre la inestabilidad del gran duelo bélico que se avecinaba frente al nazismo como proyecto de expansión mundial. La caracterización rigurosa de la naturaleza del régimen alemán era el fundamento de la hipótesis de conflicto: no nació del odio como categoría

analítica. Confundir los tiempos históricos de las pláticas de Múnich de 1938 entre el Reino Unido y Alemania con unas conversaciones de paz entre Estados Unidos y Rusia no aporta claridad alguna para una visión rigurosa de las dinámicas actuales.

Churchill, dirigente notable en tiempos de tormentas durante la Segunda Guerra Mundial, enfrentó el riesgo de la destrucción de su nación con una mezcla clásica, casi shakespeariana, de pasión y agudeza. También fue sutil en el vaivén entre oportunismo y principios: manipulador y dialogante a la vez. Se alió con la URSS comunista de Josef Stalin —su “bestia roja”, a la que deseó destruir desde su nacimiento— contra su enemigo aún mayor, Adolf Hitler; una alianza contranatural, donde una nación imperial se concertaba con una revolucionaria. Devolvió orgullo a un imperio decadente y apabullado por las tropas nazis y japonesas. Animó a su pueblo desde la transparencia de sus esfuerzos y dificultades, y logró concentrar las energías amplias de un país en el objetivo de sobrevivir.

9

DESTINOS E HISTORIA

En el continuo debate sobre hasta dónde los hombres definen la historia, no es conveniente subestimar el rol del sujeto frente al peso de las fuerzas objetivas. Analizar a Donald Trump o a Vladímir Putin muestra cómo formas distintas de estadistas y perfiles de personalidad contrastados esculpen las circunstancias e influyen en el comportamiento de sus asesores. Conviene resaltar que, en estos períodos donde el suelo se vuelve frágil, surgen individuos que agrupan fuerzas, dotan de coherencia a las acciones, definen rumbos y se entregan sin límites a un propósito, calculando cada paso en función de esos fines. Todo su ser se transforma en energía orientada hacia un horizonte. No son la historia en sí mismos, pero la condensan, la expresan y la personifican, dejando signos de época. Tener un juicio político amplio y sobrio implica demasiados factores como para ser esquematizados, aunque siempre emergen rasgos dominantes. También aparecen aventureros temerarios que arrastran todo al desastre con magnetismos que infantilizan a los pueblos.

Los deterministas empedernidos buscan leyes graníticas en este asunto. No existen: los procesos sociales no solo son irrepetibles, sino también creadores de nuevas tendencias, dinámicas y mixturas. Sin embargo, en el arte de la vida histórica y política se destaca la palabra lucidez. Ahora bien, este es un concepto que opera como síntesis descriptiva, pero no es analítico por sí mismo. No hay una ingeniería del poder ni un acierto infalible que ilumine de manera definitiva los fenómenos humanos. Lo que sí puede resaltarse, con cautela, es la claridad en los objetivos, basada en la coherencia entre fines y medios posibles. Pero ello exige ausencia de soberbia y respeto por el juicio ajeno.

No se puede reemplazar el diálogo colectivo y provisional por una fe ingenua en las ciencias de la toma de decisiones o en la teoría de juegos, que son solo un bosquejo de los dilemas de la dirección. El llamativo fracaso de los patrones psicológicos del “buen liderazgo” revela que las teorías sobre la realidad suelen simplificar tanto las opciones como las necesidades del sujeto necesario. La inteligencia colectiva y la producción de conocimiento relevante desde múltiples ámbitos permiten formular algunas de las interrogantes clave, pero también exigen la capacidad de discernir entre riesgos y posibilidades, entre tragedias y oportunidades, y de reconocer aquello que pertenece al ámbito del azar frente a lo que muy posiblemente conduzca a la ruina sin posibilidad de recuperación.

La estrategia política desde los sujetos históricos, con sus vicisitudes, defectos y también aciertos señalados más arriba, que personificaron tiempos y sentidos, es hoy un observable de interés en un contexto donde los espacios de diálogo amplio se hacen sofocantes o nulos. La política de Estado o la diplomacia no es una ética ni una filosofía moral: es una cultura estratégica del sentido de la realidad y de las proporciones para examinar los hechos desde un núcleo de intereses de Estado, asumiendo que lo que hoy se podría imponer al otro mañana podría cobrarse caro. Un realismo actualizado exige medir sus efectos en varios años, incluso en décadas, no en episodios glamorosos de victorias que humillan.

El realismo no consiste en mistificar los hechos como si fueran meras facticidades o como si fueran indiscutibles por la fuerza, la amenaza pura, los mitos o las distorsiones de los procesos más profundos. El realismo debe basarse en la multiplicidad de las sociedades y de las situaciones humanas, mostrándose sensible a desafíos múltiples, no a ahogar a los contendores de hoy. Según Vargas (2020), el realismo es “la reflexión filosófica que defiende la existencia de la materia como verdadera e independiente de la mente del sujeto”.

10

LA HISTORIA Y LA BRUMA

Los estudios históricos sostienen que los grandes imperios de la modernidad, desde 1500 en adelante, junto con sus respectivas áreas de influencia y aliados regionales —una suerte de subcentros de poder—, viven hegemonicamente unos doscientos años con vitalidad. Estos grandes ejes de poder imponen la paz y la guerra, regulan el comercio, el crédito y la moneda y, por lo general, dejan raíces culturales profundas.

La noción de liberalismo alude, desde el siglo XIX, a la libertad de los mercados, sostenida en un individualismo asentado en la idea de que el orden social es una suma de individuos diversos cohesionados de forma espontánea por el interés propio. Fue el Imperio británico el que moldeó, desde 1815, esta geometría de imperio mundial, vigente hasta la década de 1920 del siglo XX bajo su égida. Después, ese poder sería apenas una sombra de su período anterior, mientras que Estados Unidos asumió con claridad la dirección mundial durante la Segunda Guerra Mundial.

El sistema mundial actual, heredado desde fines de 1945, se funda de forma explícita en una visión liberal de la realidad, la vida, la economía y la acción política. Pero, como se sabe, es un programa ya debilitado, con un prestigio en decadencia desde mediados de los años 1960, durante el gobierno de Richard Nixon como presidente de Estados Unidos. Se podría señalar con certidumbre que este orden liberal en rápido cambio sigue funcionando como un marco filosófico de referencia; sin embargo, las guerras y sus amenazas en diversas regiones, distintas al centro de Europa, continúan descascarándolo paso a paso.

Podría llegar a ocurrir, en contextos de tensiones intensas, violencia y autoritarismo, que el liberalismo sucumba, dando origen a sistemas de vida política despótica donde la sociedad se articule entre el consumo y un control social autoritario, como sucede en algunos países de Occidente, Asia y Europa Central. Lo señalo porque los fundamentos de la irracionalidad actual podrían conducirnos a una regresión política y a formas de Estado orientadas al control total como mecanismo de gobernabilidad “eficiente”. Los miedos sociales vuelven a los países más moldeables y resignados. El vínculo entre el agobio de la razón —a escala amplia— y la vida molecular social, grupal y personal opera como una dinámica biunívoca, y recuerda que los enemigos de la libertad también habitan entre quienes dicen defenderla. La amenaza de regresiones democráticas profundas ha estado presente en los análisis de varios autores de los siglos XX y XXI, que fueron, a su manera, testigos de estas caídas dramáticas.

La figura que el tiempo ha grabado en nosotros del político con liderazgo se sostiene, en gran medida, en su capacidad para distinguir lo circunstancial de la lucha política diaria de aquello sustantivo que orienta los fenómenos colectivos. Se ha afirmado que esta figura es una combinación original entre claridad, compromiso democrático y profundidad de objetivos. Implica mantener vivas y actualizadas las grandes tradiciones, pero sin renuncias, poniéndolas en diálogo con los dilemas contemporáneos que nos aquejan: las guerras, las crisis climáticas, las demandas sociales emergentes, los derechos y los cambios culturales.

No hay antídoto contra la pulsión de muerte ni frente a la pérdida de perspectivas amplias que los estadistas deben poner a prueba cuando de ellos depende la paz mundial (Fromm, 2022). No se debe olvidar que el clásico orden mundial liberal, vigente desde fines del siglo XIX hasta 1936, se extinguió bajo el fuego de la Segunda Guerra Mundial. Luego, la bipolaridad cerrada entre Estados Unidos y la URSS se esfumó en 1990, dando paso a una unipolaridad estadounidense que duró hasta la crisis financiera de 2008. Durante ese período, el liberalismo se expandió o se

contraído según las pugnas mundiales de poder, pero también según la fuerza y magnitud de los movimientos sociales nacionales.

Desde luego, se asume que nadie sensato postularía una guerra nuclear como instrumento de contención del ascenso chino, del regreso ruso o de los temores que despiertan Irán, Corea o Israel. Estados Unidos ha realizado más guerras en el extranjero que cualquier otra nación durante el siglo XX (1901-2000) y lo que va del XXI (2001-presente). Su red de bases militares en el exterior cubre todos los lugares considerados claves en sus hipótesis de conflicto; es decir, también hace política mediante la amenaza del uso de la fuerza, respaldada por fracciones de “halcones” tan duros como dispuestos a considerar iniciativas de coerción nuclear en sus dos grandes partidos.

Se debe aclarar, del mismo modo, que en el Kremlin y en la Duma rusa existen tendencias tan duras como las señaladas en Estados Unidos, que han amenazado —más allá de la maniobra política— con la eventualidad nuclear. La rusofobia europea, que en el caso del Reino Unido se remonta al menos a la guerra de Crimea (1853), además de ser una postura de larga data, debilita hoy su capacidad de diálogo. Todo esto da cuenta del peso de las emociones políticas en la toma de decisiones y en la factura analítica de los conflictos.

También es una evidencia de la actual radicalización de la mentalidad mundial el papel menguante de los organismos internacionales forjados desde la Carta de San Francisco de 1947. Estos se encuentran en clara decadencia; de hecho, la ONU ha jugado en estos años un rol marcadamente periférico. Más aún cuando son los diálogos directos entre las grandes potencias la fórmula más utilizada, incluidos los intercambios entre Rusia —con Putin— y Estados Unidos —con Trump—, que conversan sin mediaciones y establecen normas a la medida de sus objetivos, algunos de ellos desmesurados, pero no confrontados por la comunidad internacional. Esto aumenta la percepción de inseguridad entre naciones y actores detractores. El mundo actual es un multicentrismo con rasgos

excluyentes, pero aún distante de un multilateralismo real. No obstante, todas estas tendencias siguen en desarrollo y dependen de fenómenos decisivos, como la naturaleza de la paz en Ucrania y la capacidad de los BRICS para articular alianzas colectivas de mayor alcance.

Trump, con su estilo libertario y a la vez excéntrico en el sistema internacional —y también dentro de Estados Unidos—, está reordenando la cultura internacional de forma real, pero sin rastro alguno de multilateralismo en sus programas. La idea dominante —aunque no siempre explícita— del orden mundial desde la paz de Westfalia es que, cuando se recurre a las armas, la guerra es “justa” si favorece los intereses del propio Estado. De allí se infiere que la aniquilación del adversario es legítima si se lo concibe como un criminal dispuesto a todo, por lo cual convendría adelantarse. Estos discursos, que en esencia responden a una política de fuerza, remiten a un realismo rudo, pero no es lo que hoy se requiere. Lo grave es que no se observa ninguna nación ni liderazgo capaz de promover un orden democrático internacional; prevalece un clima de estadistas de fuerza, como en las décadas de 1930 y 1940, y no uno de diálogo y paz (Canetti, 1981).

11 ES UNA CRISIS INÉDITA

Los debates acerca de si estamos frente a una crisis clásica o a una crisis más orgánica y profunda, que afecta al llamado modelo occidental de orden histórico, son profusos, muchas veces en clave catastrofista, tanto por parte de sus detractores como de fracciones del propio liberalismo. La democracia liberal, la apertura de mercados, los tratados de libre comercio y una cultura globalista dinámica y seductora parecían dominar el panorama internacional desde 1990. Esa euforia, a medio camino entre la pragmática y la ingenuidad, marcó el horizonte intelectual mundial hasta mediados de la década de 2000.

No es posible resumir ahora la riqueza de los debates académicos y políticos que abordan la crisis actual. El resurgimiento de la discusión sobre las crisis se mantuvo latente hasta el año 2001, pero cobró impulso a partir de 2008 con la crisis de la economía mundial —mucho más económica que financiera—. La naturaleza simultánea de una crisis de hegemonía mundial, acentuada por el ingreso del Asia-Pacífico al juego del poder desde la economía, el comercio y la ciencia, hizo más evidentes las transformaciones dramáticas de la realidad. Combinado con el retorno de Rusia, entre 2010 y 2014, a estas pugnas, ello nos induce a trabajar las nociones de crisis histórica y de civilización, particularmente la del mundo occidental, como factores de análisis.

Los quinientos años del capitalismo occidental —con sus culturas, lógicas y estilos de ejercer el poder y el liderazgo— están siendo reemplazados por una visión más orientada al diálogo, a los convenios y al gran comercio, distinta del estilo basado en la fuerza y la coerción. Sin embargo, este intento aún inconcluso, impulsado singularmente por China y por

grandes países periféricos, podría frustrarse ante la posibilidad de una gran guerra internacional.

Por ello, la idea de crisis de civilización es más amplia y permite fijar la mirada en el hecho de que todas las formas históricas actuales se encuentran en puntos críticos de transformación. Sin esos cambios, las sociedades caen en la decadencia o en las trampas de la guerra, limitando sus opciones frente a los desafíos del espacio nacional y mundial, tanto en el presente como en el largo plazo.

En este marco, la prioridad es la vida frente al exterminio. Esta crisis pone a prueba la capacidad de las naciones y las culturas de convivir en diálogo, apoyadas tanto en sus tradiciones sedimentadas como en sus expresiones contemporáneas.

Con los tratados de libre comercio de América del Norte y hasta la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de 2016 —y ahora nuevamente en 2024—, emergen dudas respecto de cuál es el proyecto político que encabeza el orden mundial, que sin duda continúa situado en Estados Unidos. Surge la interrogante: ¿es Trump un efecto de las transformaciones en curso o un motor radical de la realidad? Empero, ya la retirada de Afganistán (2021) y el fracaso político de la operación en Irak evidencian las regresiones geopolíticas de la Casa Blanca y muestran que algo ya no funciona como antes.

La guerra en Ucrania y el alejamiento de la opción de Bruselas desde enero de 2025 no responden a una astucia táctica ni a un estado de ánimo pasajero del cual pueda esperarse un retorno pleno al estilo de las expresiones de Joe Biden y su significativo compromiso con Zelenskyy. Trump puede retomar las retóricas y los gestos de dureza, pero su política es de otro orden, más ambiciosa, y cuyo eje principal de confrontación es China y sus aliados más próximos. Está en curso un ajuste amplio de la política norteamericana que busca, como señalamos, salir del prolongado estancamiento de esa nación. Pero también se enfrenta a una extendida anemia en su sistema político, incapaz de actuar de manera unitaria entre

partidos, gobierno y Estado, especialmente cuando los grupos de interés, sus cabildos y élites fragmentan las grandes decisiones de mediano y largo plazo (Robinson, 2014).

El historiador estadounidense Robert Kagan ha estudiado el hecho de que Estados Unidos ha aplicado, como un rasgo constitutivo de su política exterior, el uso de sus fuerzas en prácticamente cualquier lugar del planeta para imponer su voluntad, pasando por encima del derecho internacional y sus normas, bajo el manto idealizado de que Washington posee una suerte de centralidad en un nacionalismo mundial que se asume a sí mismo como guardián del orden y la estabilidad, sostenido en una visión moral de la política. Sin embargo, es fundamental tener claro que Estados Unidos no permitirá que la pérdida de competitividad, dinamismo o liderazgo le arrebate su hegemonía, como lo evidencia la propia elección y conducta de Donald Trump, en abierta ruptura con varias tradiciones del sistema político interno de la posguerra.

Es decir, Estados Unidos no cederá la cúspide del sistema mundial de forma fluida. El propio Kagan ha señalado, en una advertencia escalar-friante, que la Unión Americana podría sufrir una fractura interna en los próximos años (Kagan, *The Jungle Grows Back: America and Our Imperiled World*, 2018). Pero el panorama global es más complejo: China, con su combinación singular de tradición y modernidad, tampoco dejará de hacer todo lo posible por ocupar el cenit del sistema-mundo en el siglo XXI. Su estilo de proyección, anclado en valores espirituales y culturales distintos a los occidentales, no implica pasividad ni disposición a la subordinación; por el contrario, su impulso es profundo y sostenido, caracterizado por un avance gradual y estratégico, evitando aventuras de riesgo innecesario. Del mismo modo, Rusia —portadora de una larga tradición imperial, primero nacional y luego soviética— no aceptará volver a los años de docilidad del período de Boris Yeltsin. Ha retornado al gran juego y no permitirá ser desplazada de ese lugar tras los años oscuros de 1990 a 2010.

De esta forma, el ciclo histórico actual se activa como un test de cambio y ajuste para las principales potencias mundiales. Cabe destacar que este interregno guarda ciertas semejanzas con el período comprendido entre 1920 y 1933 en Europa, cuando proyectos en pugna —el revolucionario soviético (consolidado en 1922 con la creación de la URSS), el fascismo italiano (ascenso de Mussolini desde 1922), el nacionalsocialismo alemán (ascenso de Hitler desde 1933) e incluso el New Deal de Roosevelt (iniciado en 1933)— articularon alternativas de gran calado, profundamente antagónicas entre sí.

La diferencia esencial radica en que, hoy, los liderazgos ya están plenamente constituidos y son las naciones líderes las que pugnan en el escenario global. En este marco, las variables ideológicas —por ahora— quedan relegadas o subordinadas, desbordadas por la lógica de las relaciones de poder nacional y mundial.

La comunidad europea ha realizado, desde fines de los años 1950, un sostenido esfuerzo por construir una unidad e identidad política y cultural bajo una soberanía tensa, pero compartida. Hoy dispone de una moneda común y de un diseño de política internacional y de defensa que, aunque limitado y en muchos aspectos mediocre, constituye un andamiaje real para enfrentar amenazas. Sin embargo, todo esto se ha desarrollado bajo la égida de Estados Unidos, que, como es sabido, determina en gran medida las grandes directrices estratégicas, particularmente a través del mando central de la OTAN.

Resulta relevante para este análisis que Washington no ceda soberanía ante ningún organismo internacional —del mismo modo que tampoco lo hacen China ni Rusia—, lo que dificulta la existencia de un sistema global efectivo que articule la gobernabilidad internacional. Lo que existe, en los hechos, es una oligarquía compuesta por China, Francia, Rusia, el Reino Unido y Estados Unidos, instalada en el Consejo de Seguridad de la ONU: un núcleo de poder que, además de estar crónicamente empestado, suele mostrarse insensible a los riesgos que amenazan la paz.

Un sistema internacional como el que heredamos tras la Segunda Guerra Mundial consagró el poder de Estados Unidos y de la entonces Unión Soviética dentro de un esquema bipolar que, en el largo plazo, favorecería a Washington como líder geopolítico y cultural de Occidente. Conviene recordar que el 4 de febrero de 1945, en Yalta, el mundo fue distribuido entre dos grandes poderes materiales e ideológicos; aunque Inglaterra estuvo presente mediante Winston Churchill, el reparto fue, en realidad, a dos y no a tres. Franklin D. Roosevelt impulsó un multilateralismo funcional a su propósito de encabezar el mundo occidental, pero lo hizo con la convicción de que era imprescindible aprender a convivir con la Unión Soviética.

Henry Kissinger, uno de los últimos arquitectos políticos e intelectuales de un globalismo occidental equilibrado, sostenía que el sistema internacional había logrado superar la etapa anárquica de la primera mitad del siglo XX gracias a una extendida red de estructuras legales y comerciales, a organismos orientados al libre comercio, al sistema financiero internacional y a la disposición de los Estados a aceptar el arbitrio en la resolución de conflictos, así como a la progresiva reducción de las guerras interestatales. En este marco, la prueba de fuerza entre naciones —grandes y pequeñas— se trasladaba hacia la geoeconomía, medida en términos de exportaciones, comercio, productividad, desarrollo tecnológico y credibilidad en los negocios.

Este enfoque, heredero de un realismo flexible y actualizado, sintonizaba de manera adecuada con los climas geopolíticos posteriores al fin de la Guerra Fría, cuando, hacia fines de la década de 1990, se consolidó la idea de una “paz liberal” aparentemente definitiva (Fukuyama, 1992). No hay fórmulas que, por sí mismas, garanticen la paz, pero el diseño de Kissinger respondía a una lógica poderosa basada en negociaciones equilibradas entre las grandes potencias o entre los actores inmersos en un duelo armado. En sus tesis, vemos que el mayor riesgo para la paz mundial surge de la concentración de poder absoluto, que inevitablemente genera un sentimiento de amenaza en múltiples actores.

12

UN RIESGO NADA RETÓRICO

Los analistas de estos procesos advierten los riesgos para la vida civilizada, pero suelen hacerlo desde la idea —algo ingenua— de que las violencias terminarán por conducir, casi de manera espontánea, a un punto de equilibrio tras los duelos entre Estados y ejércitos. Esta percepción no es del todo insensata, pero pasa por alto que las fuerzas más profundas que hoy dinamizan estas guerras, y buena parte de las pugnas globales, forman parte de un cambio mayor: no solo una transición de hegemonía, sino una disputa abierta por la dirección del mundo. Una disputa que, en algunos casos, busca preservar el orden existente y, en otros, ocupar el lugar de los hegemónicos. Ahora es Rusia frente a Ucrania y la OTAN; en pocos años, podría ser Estados Unidos, Taiwán y China, o Irán e Israel, incluso Turquía e Israel. Nos movemos en un círculo vicioso de aspiraciones hegemónicas y pulsiones de control global.

Las guerras que se expanden, ya sea como violencias delictivas o como conflictos regulares e irregulares, son herederas del tipo de mundo en el que existimos; no son hechos caprichosos ni extraños. Cruzadas por las vísceras de un nuevo tipo de capitalismo —uno asentado en violencias orgánicas y constantes—, estas dinámicas en la producción de valor requieren cada vez menos de las antiguas pláticas del consenso liberal y se aferran más a la lógica del conflicto, el cerco y el aniquilamiento. Esto ocurre tanto bajo formas directas, como las guerras abiertas, como bajo modalidades indirectas, tales como el acoso psicosocial en contextos patológicos colectivos.

Si se llegara a una nueva guerra mundial, la civilización en su forma actual se precipitaría hacia una miseria material y moral sin precedentes. Esta posibilidad fatídica ha crecido de manera evidente en los últimos años,

frente a una opinión pública tan desinformada como apática. Al analizar los hechos que alimentan estos riesgos, y la debilidad de los diseños estratégicos de la élite europea para asumir un rol autónomo en favor de la paz, surge la fundada percepción de que nuestros destinos están efectivamente en peligro.

En efecto, tanto la Comunidad Europea como la OTAN han ingresado en la tesis de hostigar a Rusia con el propósito de debilitarla a través de una larga guerra de desgaste, afectando su estabilidad política y económica. Sin embargo, este camino podría derivar en una confrontación nuclear, en virtud de los límites nítidos que las fracciones más duras de la Federación Rusa están dispuestas a aceptar.

Los discursos provenientes de los gobiernos francés, británico y polaco respecto a la eventualidad de una paz dan cuenta de un juego de azar geopolítico, cargado de riesgos y decisiones temerarias, como no se veía desde la Segunda Guerra Mundial.

La sociedad contemporánea, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, posee una conciencia histórica amplia e inmediata como jamás se había dado en siglos anteriores respecto a la centralidad del concepto de humanidad. Las tasas de educación, los recursos destinados a la investigación y la difusión masiva del conocimiento científico superan cualquier utopía previa.

Recordemos que Tucídides (c. 460/455 a. C. - c. 399/395 a. C.), al escribir *La guerra del Peloponeso*, lo hace para una ínfima minoría que eventualmente podría comprender el destino de aquel conflicto para toda la civilización helénica de manera lenta y difusa. La gran mayoría de la población permanecía como un conjunto de individuos pasivos, resignados a las cruelezas del destino, atribuibles a los dioses o a fuerzas incontrolables. Tucídides señalaba que nada semejante se había dado antes: que aquella guerra dramática era única en los tiempos que le precedieron.

Este comentario es notable porque revela algo que se repite hasta hoy: las guerras y los conflictos se perciben siempre bajo un doble crepúsculo.

culo. Por un lado, como tragedias irrepetibles y extremas; por otro, como advertencias que la humanidad rara vez logra escuchar a tiempo.

Pero siempre las guerras actuales parecen peores que las anteriores. Al mismo tiempo, se recuerdan como gestos de heroísmo humano, como una épica repleta de ejemplos para las generaciones futuras. Sin embargo, ese romanticismo que se expande en torno a las vidas y biografías de los grandes guerreros solo resulta plausible hasta 1945, antes del advenimiento del conflicto nuclear.

A partir de ese punto, toda alusión al valor bélico se vuelve una ingenuidad grave. La civilización —diversa, híbrida y atravesada por pugnas de valores— dio el paso hacia su propia autodestrucción sin comprender plenamente lo que había ocurrido en las grandes guerras del siglo XX. Se narró aquel evento como una muestra total y extrema de las capacidades humanas, pero no se advirtió la naturaleza suicida que lo atravesaba.

Hoy estamos inscritos en un tiempo y en un espacio achicado por las comunicaciones mundializadas y las redes globalizadas. Pero, aun así, esta conciencia histórica y cultural está desprovista de instrumentos críticos y analíticos lo suficientemente refinados como para enfrentar la complejidad y la incertidumbre del mundo actual. No contamos con marcos interpretativos claros sobre sus hipóstasis ni sobre las lógicas explicativas que permitirían comprender un eventual cataclismo bélico, ni para convertirnos en sujetos capaces de entender y actuar con efectos prácticos dentro de los sistemas políticos con claridad e información. Aun así, la idea de la paz conserva la fuerza ética de la vida y de la civilización cuando se convierte en una fuerza social.

El imperativo de consolidar la acción política, sus agrupamientos y su significado remite hoy a la sobrevida misma de la civilización. La constitución de la historia y de la política modernas se erigió sobre un saber articulado en razones, nutrido por el racionalismo analítico y científico que se remonta a Descartes y Newton. Es decir, una racionalidad que luego fue plasmada en la enciclopedia occidental como emblema de los grandes

esquemas críticos de los siglos XIX y XX, con Marx, Durkheim, Weber, Adorno, Foucault o Agamben, entre muchos otros, avanzando por sendas disímiles. Desde investigaciones, aulas y debates públicos, sus obras tejieron en más de una ocasión un verdadero estado de asamblea social, atravesado por la determinación humana de comprender, deconstruir, desmitificar, proponer y liberar al sujeto de las ataduras del dominio, la manipulación y la violencia.

Sin embargo, los debates epistémicos —sus disputas, pasiones y horizontes críticos— languidecen cuando lo que está en juego es la geopolítica, el poder y sus astucias, así como el prestigio de los actores involucrados. Tales disputas suelen evitar la explicitación directa de la capacidad de auto-destrucción del sujeto. El análisis estratégico y político —útil y necesario— debería recuperar la claridad, incluso incómoda, de sus argumentaciones en un mundo donde las palabras han perdido el rigor comunicativo entre explosiones simbólicas. El clima actual es inhóspito para la razón ilustrada o racional; pero también en el pasado se vivió bajo esa misma carga. La moral fue profundamente golpeada por el descubrimiento de los campos de concentración nazis. Walter Benjamin y la Escuela de Frankfurt interpretaron aquello como signo de la decadencia de la modernidad, como el horror que pulverizaba el sueño idealizado de la historia. El orden cotidiano del horror ha llegado hoy más lejos y ha calado aún más hondo (Fisher, 2024).

El regreso del totalitarismo actualizado —en forma de estados de excepción convertidos en variables constantes de la vida y del destino de cada individuo— evidencia que el horror no es un accidente histórico, sino un rasgo orgánico de un mundo construido desde el poder sobre los cuerpos biológicos y sociales. El paradigma de la guerra civil que Giorgio Agamben planteó hace años desplaza la imagen del acuerdo y del consenso como ejes de la teoría política del Estado y del gobierno, y propone la centralidad de la noción de guerra civil. Esta, junto con el estado de excepción, sugiere una combinación de visiones que apunta a un giro profundo en las mentalidades con las cuales se observa hoy la democracia en su amplio agotamiento. En

este trasfondo se sitúan las luchas bestiales por la hegemonía entre culturas, naciones y élites (Agamben, 2017).

El integrismo político de los conservadores y, sobre todo, de los populistas autoritarios que observamos hoy en Occidente, más que constituir una corriente articulada como modelo teórico-ideológico coherente, es una psicología de la decepción y de la frustración frente a los sistemas políticos tradicionales. Esto impulsa un partidismo negativo, sin lealtades de largo plazo, en el que se aceleran los desgastes de la comunidad democrática hasta niveles muy bajos de vitalidad, como ya ocurrió en Europa durante los años 1930. Es parte de la crisis reciente de las oligarquías políticas, que se retiran sin gloria y dejan espacio a la irracionalidad colectiva; en ese vacío avanzan ahora las élites globalizadas.

Veamos algunos otros rasgos de este fenómeno. Las neurosis obsesivas, las patologías, el consumo de drogas y los miedos afectan de manera concentrada a los jóvenes, quienes reciben el doble impacto de no constituir, por ahora, una identidad política significativa y, al mismo tiempo, estar inmersos en un mundo que funciona como una puesta en escena de oportunidades. Esto genera un vacío existencial que dificulta una acción política consistente en cualquier lugar, a menos que una fractura precipitada emerja desde las rebeldías dispersas tanto en los países centrales como en los importantes países periféricos. Las drogas y las apatías promovidas por el narcocapitalismo desintegran la acción cooperativa (Agamben, 1998). Las críticas a las democracias liberales desde una participación directa, con bases sociales amplias y movilizadas, son importantes y deseables, pero sucumben por su modesta sencillez propositiva ante un mundo en máximo riesgo y profundamente violento.

La vida sigue: nuevos actores y fuerzas irrumpen en el ámbito de lo público. La duda ahora es cómo se satisface una época caracterizada por demandas diversas y por actores fragmentados en las bases sociales del mundo. Los programas y las ideologías han mutado —y seguirán haciéndolo—, pero su poder persuasivo depende, más que antes, de la capacidad

de pensar el mundo inmediato y el lejano como una totalidad alternativa a la mundialización dominante de los globalistas. El sujeto racional, a pesar de sus veleidades, debe saber que la política y el poder siguen ahí, desde el trabajo hasta el consumo, achatando su vida cotidiana. Las diferencias entre las actuales izquierdas, derechas e incluso los centros se han difuminado por los acomodos electorales. Pero, aun así, ese sujeto golpeado por los destinos de la historia reconoce las distancias entre autoritarismo y democracia; entre guerra y paz; entre un futuro colectivo posible y la nada de la historia humana, aunque su cultura esté afectada. Con todo, los signos generales son contradictorios, ambiguos y cambiantes. Destaquemos aquí que existen varias señas de incomodidad radical frente a la vida en las periferias de los centros y en las periferias sistémicas: en los inmigrantes, los jóvenes, los exilios laborales y en amplios sectores medios urbanos.

Demasiadas personas —por lo general con niveles culturales y educativos significativos— postulan diariamente que una guerra en estos años quizás no sería tan trágica, o aceptan, desde un silencio suicida, la posibilidad de un conflicto total en Europa, pensando la guerra como un espectáculo virtual. No se trata de postular una concepción de la política en la que los juegos de poder sean limpios y éticamente pulcros, sino de resaltar que las mediaciones informativas del mundo del poder implican una expropiación de la capacidad crítica y analítica de las personas a escala mundializada. En rigor, la verdad nunca ha sido el aspecto brillante de las élites; pero hoy ni siquiera constituye un objeto de análisis o de búsqueda en torno a las ideas de libertad política dentro de las instituciones representativas de la mayoría de las naciones. Dicho de otro modo, los puntos y soportes mínimos desde los cuales es posible postular acuerdos y fundar acciones comunes básicas se desdibujan: la difuminación del valor de la verdad como concepto fáctico y como opción de diálogo está generalizada y, peor aún, aceptada (Chomsky, 2016).

Sigmund Freud, en uno de sus notables textos —que hoy se leen con tensiones dentro de un territorio de nuevos debates sobre los sentidos

de la vida—, menciona que “[e]l precio que pagamos por nuestro progreso en la civilización es una pérdida de felicidad a través del aumento del sentimiento de culpa” (Freud, 1930, p. 76). Ubica la cultura como un ámbito de configuración psicosocial frecuentemente formado en el miedo y en culpas incorporadas desde la infancia, en un ello de la psiquis que nos priva de la posibilidad de una libertad efectiva y, aún más, de una autonomía activa desde nuestros primeros años. Las necesidades y los deseos no se eliminan ni se reprimen simplemente, sino que se expanden y se configuran también en las relaciones sociales de poder (Fromm, 1964).

No hay satisfacción en el sometimiento. Los llamados pensadores malditos —Marx, Nietzsche, Freud, Foucault, por lo menos— ya habían advertido que la ingenuidad de creer que la razón, incluso en su forma más lábil, dirige y orienta por completo la vida social revela, como mínimo, un profundo desconocimiento de la historia humana, donde la razón ha sido más bien escuálida. Los flujos de interacción entre los ámbitos materiales y económicos, así como entre las dinámicas individuales y grupales que inciden sobre la libertad —aun cuando la conciencia sea difusa— se evidencian en el descrédito cultural que hoy recae sobre el orden político mundial. La crisis de la razón es profunda y toca nuestras emociones más básicas.

No estamos aludiendo aquí a una racionalidad formal o clásica que resulte evidente. Estos no son fenómenos fácilmente comprensibles. El sujeto no es un ser íntegramente racional en cada instante ni frente a cuestiones de alta complejidad histórica. El deseo de felicidad en el globalismo contemporáneo es también una trama difícil, donde se entrecruzan planos racionales, conscientes e inconscientes, muchas veces al borde de lo irracional. Muchos renuncian a sus propias potencias a cambio de satisfacciones rápidas, sofocadas por el consumo de objetos. El “ser racional” de los textos benévolos de las culturas políticas —aquel que actuaría guiado por el autointerés y por la lógica de acciones y resultados— no es una figura real ni dominante en el panorama del siglo XXI.

Situada en lugares desconocidos del alma, la decepción también crece. Desmitifica con agudeza la noción santificada de la cultura —heredada de la Ilustración en sus versiones más ingenuas— según la cual a mayor cultura existiría, por sí misma, más libertad y conciencia. La cultura dominante, fetichista e infantilizada, nos atrapa y priva de las posibilidades de expansión de un sujeto complejo y pleno. Como recordó Friedrich Nietzsche, en el juego dual entre Apolo —figura de la razón— y Dionisio —símbolo de la sensualidad— se dibuja un conflicto irresoluble entre lo arcaico y lo terrenal, donde la civilización castra la libertad de los instintos y también la creatividad (Nietzsche, 2024).

Empero, frente al orden mundial actual, precipitado en un vértigo de control profundo, el capitalismo esquizofrénico —que se impone por su propia lógica de reproducción del poder y de la violencia extrema, aun cuando ello pueda conducir a su autodestrucción— no tiene más opción que copar todas las geografías sociales. Gilles Deleuze y Félix Guattari, tanto en *El Anti-Edipo* como, quizá aún más, en *Mil mesetas*, se oponen —según señala Michel Foucault en su célebre prólogo— a la idea de que la política efectiva sea únicamente un “juego sucio”, incluso cuando proviene de lugares visibles o legitimados por discursos culturales construidos desde la locura social. Es decir, rechazan a los ascetas de la política, a los teóricos integristas y, por extensión, a los defensores de una cultura hegemónica que idolatra un supuesto “orden puro” de las cosas; la existencia misma, recuerdan, es una empresa caprichosa.

Pero también interpelan a los psicoanalistas, pedagogos, pastores y consejeros que promueven formas de resignación adaptativa frente al orden agresivo de la vida social del liberalismo mundializado. Desde esta constatación puede sugerirse que la política, en esta etapa de la modernidad, funciona como una tecnología que navega entre sus propias manipulaciones y trampas. La imagen del “juego sucio”, criticada más arriba, resulta incluso demasiado simple para captar la complejidad de estas operaciones: los técnicos de la circulación del poder las fraguan cada día, mientras los

controladores del deseo lo expanden mediante deseos aún más fútiles y nos someten a sus semióticas, a sus huellas y signos, a observar sus gestos con supersticiosos pánicos.

Es evidente que aquí se formula una crítica al esquema freudiano más simple, pero también una continuidad ontológica con sus tesis. El punto ahora es comprender cómo se ha gestado —y cómo se gestiona— la domesticación de las personas frente a las patologías del poder, y de qué modo esto nos conduce a tragedias de amplias proporciones o a rebeldías crecientes contra un Estado que controla y fomenta el sedentarismo en todos los ámbitos, mientras el nómada busca escapar del cerco ante una amenaza nada hipotética de guerras generalizadas.

¿Dónde quedó la capacidad —o al menos la pasión— crítica que marcó buena parte del siglo XX, en momentos decisivos como la década de 1920 o el ciclo que va de 1968 a 1990? La razonabilidad de la libertad, que nunca llegó a realizarse salvo en breves instantes surgidos en crisis de las instituciones del poder, ha retrocedido, apabullada por las espesuras del mercado. Esto nos devuelve a los viejos ramales entre revueltas y economía, ahora en escalas potencialmente más amplias. Si aceptamos al mundo como un objeto destinado simplemente al asentimiento, terminaremos disueltos en la pasividad del consumismo antropofágico, convertido en una reacción narcótica frente a la posibilidad de cambios progresivos. El cadáver embalsamado que algunos desean contemplar desde los centros del dominio y sus patologías es el de la política, en cualquiera de sus formas transformadoras, aunque sin atreverse a certificar su muerte. Sin embargo, el mundo, entendido como sentimiento de vida, puede ser aceptado en sus decadencias y riesgos, o bien integrado en nuestras vidas como un espacio común, dialógico y creativo, articulado en microcomunidades y en colectivos más amplios que aún sostienen gramáticas valóricas y culturales propias.

Este gesto activo es sustantivamente político, no solo porque se sostiene en una ética que, aunque hoy debilitada, conserva pretensiones de universalidad, sino porque alude —e invita— a transformar lo real en

otra cosa, a intervenir o alterar un mundo marcado por torturas, dictaduras, locuras institucionales generalizadas, extrema pobreza y exclusiones tan absurdas como poderosas, sostenidas muchas veces en un desprecio profundo por la vida de cada cual.

No es verdad que la bondad de la especie y sus sentidos humanistas superen, en este momento, las relaciones sociales de destrucción y miedo. Pero tampoco es cierto que esas emociones políticas —la solidaridad, la compasión, la indignación moral, la voluntad de cambio— estén extinguidas para siempre en cada rincón del planeta.

13

HISTORIA Y DESPERACIÓN

Lo candente ahora es la paz mundial: una idea política y ética difícil, pero que constituye el eje de cualquier otra posibilidad de pensar comunitariamente. En paralelo, la estabilidad —todavía frágil— de las democracias, pese a sus falencias, podría abrir espacio para ciertos cambios y reformas que permitan, entre otras cosas, evitar la autodestrucción civilizatoria. Un imperativo mínimo sería adoptar unas líneas básicas de comprensión y sensatez alrededor de la noción de desarrollo humano (PNUD, 2025).

En el momento en que aceptamos dilemas de esta envergadura, afirmamos un sí a la vida, a la conciencia y a una política orientada a la humanidad y a la civilización. Ese sí implica también una disconformidad con el orden mundial anárquico y bélico que hoy domina. Pero incluso aquí conviene cierto pesimismo moderado: hasta donde alcanzan a verse las dinámicas actuales, nada garantiza que estos llamados prevalezcan.

Aun quienes apelan a una idea trascendental del mundo deben aceptar una verdad elemental: sin vida no hay trascendencia posible, ni pensamiento ni acción. No se puede pensar contra la política ni contra la historia y sus culturas, como si aquello que llamamos “mundo de la vida” careciera de significación sobre los destinos colectivos. Sin embargo, muchas fracciones de poder o élites del dominio mundial actúan como si así fuera, aun cuando en el mediano plazo esa actitud sea una empresa fallida.

La política no es un espejo donde las ideas se comparan con la realidad fáctica para medir purezas o distorsiones bajo parámetros perfectos y pulcros, como vimos en páginas anteriores. Las sociedades históricas no viven de arquetipos de cátedra; tampoco las teorías de la racionalidad

comunicativa ni los modelos libertarios —ya sean de la izquierda anárquica o del anarcocapitalismo— funcionan como patrones reales de acción. Son, más bien, murmullos orientadores para sus adeptos más serios, referencias que el propio destino altera día tras día.

Por ello, la paz mundial no puede ser observada desde un paradigma de relaciones internacionales situado por encima de la historia o de la política real, material y contingente. Cualquier aproximación que ignore este entramado terminará por extraviarse. Esto nos lleva, al menos, a subrayar que, aun de manera muy básica, persiste un sentido amplio de humanidad que favorece la paz.

Por otra parte, si el riesgo de una crisis de la paz irrumpiera como inminente, es probable que surgieran grandes movilizaciones sociales en su defensa, reactivando —desde un instinto colectivo de supervivencia— una dinámica internacional de acciones éticas con efectos políticos de fondo. La conciencia suele precipitarse también desde el límite extremo, desde la desesperación máxima (Negri, 1993).

Aun así, no deben abandonarse las fuentes filosóficas y morales de la política ni el principio fundamental de no sucumbir al cinismo de la fuerza. Son asuntos hoy devaluados, como hemos señalado, debido a la carrera por el control y la dominación mediante armas y amenazas nucleares, o por el despliegue de tecnologías bélicas de última generación y alto poder destructivo por parte de Estados grandes y medianos (Rivas, 2021).

14

DECADENCIA O GIRO GEOPOLÍTICO

Los esquemas de análisis político de las relaciones de poder y de los conflictos internacionales, desde fines de la Guerra Fría, se orientaron —a partir de la tesis del triunfo del liberalismo democrático de Francis Fukuyama— hacia la idea de un mundo sostenido por tratados diplomáticos y comerciales que preservarían el diálogo y la paz entre las naciones. De ahí el énfasis en el derecho internacional, las normas e instituciones, la elección pública y la teoría de juegos, así como en los principios de legitimidad y justicia. Sin embargo, ese marco está hoy fracturado, tanto por las decisiones de la Casa Blanca como por las nuevas estrategias de guerra y de comercio.

Desde 1990 se observó el mundo principalmente desde la lógica del comercio y mucho menos desde la del poder y el conflicto, bajo la convicción —dominante en Occidente— de que emergía un orden global tenso en lo económico, pero estable en lo político y lo militar. No obstante, la historia se volvió más compleja con Ucrania y Rusia, con Israel y Palestina, con Irán e incluso con la India y Pakistán, además de otros focos con potencial bélico creciente. Salvo excepciones, la mayoría de los académicos occidentales pensó que el mundo avanzaba hacia una paz duradera (Brzezinski, 2012).

En su célebre texto *La decadencia de Occidente*, Oswald Spengler afirmaba —en el primer volumen publicado justo antes de la Primera Guerra Mundial— que el gran impulso histórico de Occidente había concluido. La contienda que se avecinaba derrumbaría al Imperio otomano, al austrohúngaro y al zarista, abriría paso a la revolución rusa y, más tarde, al fascismo, al nazismo y a la Segunda Guerra Mundial. Resaltemos que, de las cenizas de aquel magnífico Occidente europeo,emergería después

la Guerra Fría como nuevo orden internacional. Para Spengler, Occidente había ingresado, como otras civilizaciones antes, en una fase de decadencia y pérdida de vitalidad.

Pero no fue solo desde la filosofía de la historia que este sentimiento gris se expandió; también lo hizo desde las propias ciencias. En 1935, en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Edmund Husserl advertía con contundencia que, frente a la violencia y la guerra, se volvía urgente forjar una “conciencia europea” capaz de integrarse en un discurso de humanidad basado en la centralidad de un sujeto consciente, deseoso de vivir en paz, libertad, racionalidad y armonía (Husserl, 2008). Este espíritu de época —en buena medida pesimista, pero intelectualmente poderoso— dominó Europa entre 1914 y 1946.

La unidad europea comenzó a recuperarse tras la Segunda Guerra Mundial sobre la base de un renovado “espíritu occidental” de integración, heredero del racionalismo de un Erasmo o un Kant. Sin embargo, ese impulso se ha agotado con la guerra en Ucrania. Al analizar esta situación de deterioro y pérdida de autoconfianza, se observan rasgos claros: la falta de competitividad económica, científica e incluso política frente a China o la India; por arriba, un grave deterioro de la calidad de gobierno en Europa y, por abajo, un creciente rechazo hacia los grupos dominantes del Estado y del gobierno. A ello se suma la falta de confianza de las poblaciones en el futuro, los giros hacia las ultraderechas en contextos de fuerte polarización política y la disminución del prestigio y del poder del continente frente a la administración de Estados Unidos. Todos estos son rasgos estructurales de la realidad del viejo continente.

15

EL PROGRAMA DE LAS LUCES, LA RAZÓN Y LA GUERRA

La razón, el iluminismo y las luces —palabras constitutivas de la modernidad occidental— otorgaron una autosuficiencia intelectual a sus portadores, pero han sido muy poco estudiadas por los críticos y menos aún por los apologistas del orden dominante. *Dialéctica de la Ilustración* fue un texto fundante a comienzos de la década de 1940: tanto M. Horkheimer como T. Adorno se confrontaron con el proyecto ilustrado en su versión consagrada, desde un plano más crítico que admirativo. Resaltaron con agudeza el defecto estructural de “dejar pensar al pensamiento” frente a una racionalidad práctica e instrumental, de corte empírico, que somete las capacidades sociales y humanas a entramados burocráticos absurdos. Subrayaron asimismo la necesidad de multiplicar los análisis históricos en el corazón de la filosofía política y sus marcos culturales de referencia. Hoy, esa autoconciencia de época se encuentra desvalorizada como fútil y erosionada por la obsesión con lo inmediato y lo concreto en clave mercantil.

Los esfuerzos de la primera Escuela de Frankfurt por reconciliar a Marx con Freud —asumiendo a este último desde una visión crítica, pero integradora de los problemas del sujeto moderno— enfrentaban un desafío que hoy se nos vuelve aún más urgente. Para Sigmund Freud y otros pensadores de su tiempo, los recuerdos de la Primera Guerra Mundial se entrelazaban con las nubes que anunciaban una segunda gran guerra en Europa, cruel, total y rupturista con el legado cultural al que él, como varios de sus detractores, se sentía profundamente vinculado. Como señalamos

antes, los textos críticos actuales sobre Freud, que describen la naturaleza esquizofrénica del orden político contemporáneo, recuperan y radicalizan las observaciones dirigidas al fundador del psicoanálisis, sin eclipsar su inmenso aporte al estudio de la humanidad, de sus fracturas y de sus enfermedades (Freud, 1930). En este plano —entre el sujeto y la historia social, o dicho de otra forma, entre la aventura humana como totalidad y no como eventos desconectados— se ubica una tensión que sigue siendo decisiva para comprender nuestro tiempo.

Los esfuerzos de Horkheimer y Adorno —también marcados por la experiencia de las guerras—, junto con la agudeza ácida de Marcuse, quien anatómiza el orden de un nuevo capitalismo en expansión desde una clave hegeliana, y la inmensa obra de Fromm en un sentido afín, respondían —como hoy— a un asunto central de la vida en sociedad: la necesidad dialógica y crítica de establecer los ámbitos y nexos entre lo social y lo individual, con el propósito de poner en juego las capacidades reprimidas y sofocadas por un orden estructural sin límites, así como por la miseria individual de las represiones y huellas psicológicas que estas dejan. La comunidad y la confianza en el otro se disuelven en las lógicas de la “mercancía humana”, una vez que las estructuras básicas de la sociedad, en todo lugar, se rigen por la venta de sus motivos culturales aparentes. La política dominante no solo ha anulado el tiempo del otro —y del yo— para vivir en común con sujetos diversos y complementarios, sino que ha ocupado el propio tiempo íntimo y social como un recurso más de la acumulación.

Byung-Chul Han (2022), en los últimos años, desde un análisis fuertemente influido por la filosofía de Martin Heidegger, nos conduce a advertir la relación cada vez más masiva y profunda entre el capitalismo en su etapa actual de expansión y la pulsión de muerte. Ya no es posible una relación social o cultural fundada en la confianza; la vida en comunidad, más allá de sus buenas urbanidades, desemboca en la capitalización del vínculo social, de sus formas institucionales y de sus sentidos más amplios. No se trata de un asunto de voluntad, sino del descomunal peso de un liberalismo

salvaje. Si el capitalismo —externo e interior— organiza la promoción no sensual de la libertad, el deseo, el juego superficial del erotismo o la inhibición de la actividad política y social, estos quedan reducidos a puestas en escena recurrentes, orientadas a sostener una búsqueda constante de narcisismo.

Entonces, la gran trampa es casi perfecta y con muy pocas vías de escape efectivas. Cada paso ocurre dentro de una secuencia repetitiva de fuga, disfrute, consumo y reiteración de lo banal, presentada como remedio para una libertad personal y política más histérica que poderosa. En esta senda de disolución del sujeto en la historia actual, lo que queda al final de cada día es la idea de la muerte como propósito último de la vida: un ocaso sin aventura, sin búsqueda, sin intentos, solo consumos y desgaste de cada objeto poseído o de cada relación adquirida, donde el tiempo de existir se escapa hacia la nada. Así, postular una acción contra las locuras de los Estados, contra las guerras o contra la enajenación producida por gobiernos e instituciones —incluidas las industrias culturales y mediáticas— aparece para muchos como un gesto trivial e insignificante. Pero para otros constituye una reacción desesperada y necesaria, o quizás algo que se cocina lentamente al calor de los propios hechos.

Lo urgente es una crítica desde el proyecto siempre inconcluso del sujeto de la acción, dirigida a la totalidad de la situación civilizatoria y a sus riesgos para la continuidad de la vida social e histórica. Aquí reaparece la centralidad de la paz, la vida activa y crítica, y la problematización de la verdad como programa de existencia general. Es indispensable distinguir entre la decadencia reciente de una racionalidad y un sentido de especie moldeados por un liberalismo que rompió con sus raíces originales, y las nuevas opciones que emergen desde disidencias colectivas y éticas orientadas a una política de la especie humana (Rivas, 2014). La proliferación de la insignificancia —de la historia y del ser— nos impele a asumir estos desafíos: ya no se trata de una certeza civilizatoria luminosa en alguna parte, sino del empeño por reinventarla. Ello requiere una recuperación actualizada de la racionalización frente al pragmatismo estructural y al instrumentalismo

que dominan los sentidos de la vida social y sus instituciones democráticas. Una crítica radical a los postulados y epistemologías positivistas se vuelve necesaria para abrir paso a nuevas formas de legitimidad y a sentimientos renovados de vida comunitaria democrática. Las pretensiones científicas del positivismo contemporáneo, bajo múltiples ropajes prospectivos, junto con el anarquismo individualista, han dejado a toda teoría de derechos democráticos activos desprovista de las ilusiones de una acción común con otros, no solo para mejorar la vida, sino para preservarla.

16

ENTRE KANT Y CLAUSEWITZ

Hasta los siglos XVIII y XIX, los estudios sobre la guerra y la paz se desarrollaban bajo la imagen —hoy ingenuamente repetida— de que ambos fenómenos se balanceaban en una rutina cíclica entre las grandes potencias rivales, singularmente occidentales y europeas, que desde el siglo XVIII postulaban de forma clara un imperio universal dentro de un sistema capitalista en plena expansión. Mucho antes, desde Julio César hasta Maquiavelo, Montesquieu o Rousseau, se había reflexionado sobre el carácter trágico e inevitable de la guerra. Será con Clausewitz, en su texto *De la guerra* (2014), cuando se verifique un cambio mucho más amplio de la óptica analítica y, aún más, de la mirada política, como veremos en este libro.

Desde enfoques que concebían la guerra como un evento caótico y pendular, se pasó a un tipo de análisis que la integra en la racionalidad de la política, el poder y las relaciones internacionales, observada desde el ángulo de los Estados nacionales y de los soldados ciudadanos en su etapa más temprana. Con Clausewitz, la racionalidad del poder y de la política se expande: la guerra deja de ser solo una empresa bélica para incorporar la fuerza moral como un recurso central del análisis estratégico. Se trata de un giro amplio y fértil que no puede reducirse a una visión puramente militar del conflicto, como ocurre con demasiada frecuencia.

En 1784, Immanuel Kant formula una interrogante abierta hasta hoy: ¿Qué es la Ilustración? Lo hace desde un marco donde el derecho y la filosofía se estructuran como líneas argumentales esenciales, constituyendo un modelo de formulación racional de la modernidad y, desde allí, de la política misma, la paz y la heteronomía. Debemos leer estas páginas como

un agudo esfuerzo por vaticinar y explicar un cambio definitivo de época: el paso de la superstición a la razón, de la heteronomía a la autonomía de cada cual. Sin embargo, es necesario subrayar que la “madurez” del sujeto moderno solo puede ser una madurez política, ciudadana y crítica, aun con el riesgo evidente de pensar, hablar y actuar fuera de lo consagrado. Con el decurso de la modernidad, el propio orden del poder va dejando fuera de esa Ilustración las decisiones más importantes de la vida colectiva, incluidas las guerras.

El asunto aquí es comprender qué nos señala Kant cuando se pregunta si el género humano avanza hacia un mundo racional, a pesar de las paradojas que él mismo advierte en el ejercicio del pensamiento libre. La universalidad, la participación y la expresión de las aspiraciones colectivas hacen presentes las formas puras del sentir de un pueblo que Kant consideraba capaz de conquistar su libertad. Se abre así un espacio de esperanza hacia el futuro, cimentado en un espíritu revolucionario, donde la pregunta “¿Qué es la Ilustración?” se enlaza con “¿qué es la revolución?”. Desde la perspectiva del destino racional de la humanidad, las huellas de la Ilustración hoy aparecen debilitadas a escala mundial, aunque sus ecos siguen siendo referencias ineludibles. La razón y el iluminismo forman parte constitutiva de la modernidad y de sus fracturas permanentes frente a las tragedias, las guerras, las bombas atómicas y los genocidios —desde los campos de concentración hasta las torturas como recursos ordinarios del poder—. En su conocido texto Sobre la paz perpetua, escrito para el gran público y cuyo núcleo es una invitación a la acción política más que un ejercicio meramente filosófico, Kant arriesga la noción de autonomía: páginas debatidas hasta hoy en cuanto a su orientación y su alcance.

El filósofo de Königsberg, en la Prusia oriental, propone un marco jurídico sustentado en la lógica del desarrollo humano y en el mantenimiento plurinacional de la paz, entendida como fundamento de una sensibilidad que abre espacio al diálogo y al acuerdo. Desde el punto de vista de su impacto histórico efectivo, este panfleto fue un fracaso, pese al carácter pacifista que

posteriormente se le atribuyó. En nuestra opinión, se trata antes que nada de una sugerencia de política pública internacional, de un llamado a un diálogo entre naciones que no solo se adelanta a su tiempo, sino que sigue siendo tan difícil de alcanzar hoy como lo era entonces.

Estos dos libros de Kant se mueven alrededor de una relación entre Ilustración y paz como sustrato del desarrollo de la humanidad. Visto desde la perspectiva histórica, resulta notable la ausencia —comprensible para su época— de una reflexión explícita sobre el poder y sus efectos en la propia Ilustración. Kant asume que la naturaleza animal del ser humano es inherente a su violencia y egoísmo, aun cuando su racionalidad sustenta el respeto a la ley. Sin embargo, es precisamente esta tensión la que explica en gran medida la relación entre poder y afán de dominio. En esta segunda década del siglo XXI, el orden mundial está en un largo proceso de deterioro del derecho y de la paz. Hay una clara impotencia del espíritu de la Carta de San Francisco y de las Naciones Unidas, así como un debilitamiento de los organismos multilaterales regionales, cuyo resultado general es la legitimación de la fuerza y del poder material y político puro. Puede resaltarse, en términos analíticos, que lo que viviremos como opción viable será un multilateralismo minimalista entre regiones y Estados del sistema mundial durante varias décadas más.

Clausewitz formula un modelo heurístico del duelo para pensar la guerra. Busca no solo una lógica de las acciones, sino también una hermenéutica de su sentido. Pero, a pesar de que reconoce la irracionalidad, la niebla y el azar del combate, considera que el Estado, la política y la gran estrategia deben regular las violencias y el ascenso a los extremos. Kant, quizás desde su rechazo a la violencia, se habría preguntado cuál es la racionalidad de la paz cuando cada actor postula intereses singulares que lo definen más allá de toda razón profunda, intereses que lo llevan a concebir la derrota del otro como objetivo sustantivo de su existencia.

17

PASOS EN EL TEJADO

En este penúltimo apartado abordaré un rasgo central de los problemas civilizatorios en curso: aquel que vincula cultura, política y universidad desde sus tendencias actuales. Aunque estos ámbitos están profundamente articulados, destacaré sus rasgos específicos frente al tema más amplio de la crisis de la civilización.

Es difícil restar importancia al papel que el debate teórico y académico tiene frente a los riesgos que hoy amenazan la civilización y la convivencia mundial —la paz, las corrupciones, las violencias sociales generalizadas—. Sin embargo, muchas investigaciones y universidades han sucumbido a un giro funcional y burocrático que las aleja de dinamizar la calidad de lo público o de favorecer la armonía y el diálogo en las relaciones internacionales entre Estados y pueblos. La anemia cultural y política se manifiesta incluso en instituciones que alguna vez fueron centros creativos de referencia global, hoy atrapadas en un formalismo administrativo, en temores políticos y en las estrecheces presupuestarias. Este déficit, sumado a la delgadez de la política institucional, constituye un obstáculo inmenso para el desarrollo intelectual y comunitario de los seres humanos.

La cultura universitaria evidencia también una regresión científica. El funcionalismo pragmático —propio de un liberalismo más economicista que filosófico o histórico— ha avanzado en detrimento de las ciencias sociales más agudas, alternativas y humanistas, ganando terreno en el debate público. Se evalúa la realidad sin modelos categoriales nuevos ni herramientas heurísticas sólidas. Estas categorías, refractarias al pensamiento crítico, penetraron universidades, centros de investigación, gobiernos e incluso a muchos intelectuales, presentándose desde mediados de la década de 1980

en el plano internacional —y desde los años 1990 en América Latina— como prácticas modernizadoras y disciplinadas. Solo pequeños grupos de pensadores, dispersos en distintas regiones del mundo, mantienen hoy una alternativa investigativa fragmentada o una voz crítica frente a este clima de disgregación del pensamiento universalista y reflexivo que caracterizó los años luminosos del debate internacional del siglo pasado.

El panorama general es, así, un territorio hecho en parte de ruinas y recuerdos: aquel tiempo en que los intelectuales —orgánicos o creativos—, desde centros de educación superior y comunidades de debate, lograban generar opinión, y cuando la discusión pública operaba como un contrapeso democrático sensato. Hoy, lo social se convierte para la forma mercantil de la educación en un espacio híbrido, complejo y administrable desde las cúspides del poder político, bajo el prisma del individualismo metodológico, donde las acciones racionales e instrumentales de cada individuo serían —supuestamente— garantes del resultado final. En ese marco, los enfoques de elección pública aplastan otras líneas de pensamiento y acción útiles para comprender o canalizar el descontento social. Las teorías del equilibrio general, afines a la economía de mercado, han sido asumidas como telón de fondo por numerosas universidades en el ámbito internacional. El individualismo metodológico, convertido en opción casi única, ha invadido la dinámica intelectual hasta estas décadas del siglo XXI, debilitando el debate científico y social, las políticas públicas y el propio desarrollo humano.

El esfuerzo por comprender —y, más aún, por proponer— una visión analítica que aporte al desarrollo humano es urgente; pero ello exige superar la inercia conservadora instalada en las bases mismas de los estudios sociales. La matriz conceptual dominante, anclada en una lógica individualista del orden mundial, reduce la complejidad de los problemas reales a un escrutinio burocrático del cálculo racional, donde el sujeto —ya sea en Washington o en Moscú— aparece como una entidad abstracta, sin rasgos singulares ni historicidad. Sin embargo, postular tesis explicativas

más amplias, sociales e históricas, no debería implicar ignorar al sujeto en su aventura colectiva y mundializada. En este sentido, Norbert Elias —uno de los grandes olvidados del siglo XX— se propuso, justo cuando el mundo marchaba hacia la hecatombe en las décadas de 1930, estudiar la civilización desde una perspectiva de sociogénesis y psicogénesis general. Recuperó así las profundidades del proceso histórico-crítico de la civilización, asumiendo lo social como un problema dinámico, abierto e inconcluso, y situándose como heredero de la mejor tradición sociológica alemana, desde Max Weber y Georg Simmel hasta Karl Mannheim, en una Europa devastada por el totalitarismo y con universidades sometidas al temor.

Norbert Elias, en sus escritos, desarrolla un esquema de análisis social y global que se hace comprensible si se atiende a su noción amplia de civilización y a la humanidad como unidad de análisis. Un punto clave de su enfoque es la interdependencia de lo social, lo que lo aleja de la imagen ensimismada del sujeto individual, sin por ello negarlo. Desde la psicología, la sociología, la historia y la teoría política, Elias articula una serie de recursos que permiten abordar la civilización como eje de estudio de los procesos históricos y sociales.

En su propuesta, el equilibrio de las relaciones sociales y el carácter relacional del poder se comprenden como el resultado de una actitud mental colectiva, base misma del proceso de civilización. Este proceso implica tres niveles de control progresivo: el dominio sobre los fenómenos naturales mediante las tecnologías; el control de las dinámicas sociales como fundamento de la organización colectiva; y el autocontrol de los individuos sobre sus propias conductas y emociones, que constituyen el territorio propio de la historia social. En nuestros tiempos, reflexiones como las de la Escuela de Frankfurt —en sus diversas vertientes— o autores como Anthony Giddens, Elias Canetti y Zygmunt Bauman han quedado relegadas a un segundo plano, usadas apenas como referencias marginales dentro de estudios dominados por la razón instrumental. Este desplazamiento ha traído consigo un deterioro del análisis social más amplio y con múltiples

variables, efecto de dos grandes quiebres: por un lado, el debilitamiento de los estudios de izquierda y de otros enfoques que se ocupaban de fenómenos humanos fundamentales para la historia de la civilización; por otro, el empobrecimiento teórico del debate público, ahora gestionado desde industrias del poder mediático, editorial y cultural.

Con contadas excepciones —como el discutido Imperio de Michael Hardt y Toni Negri(2000) y algunos pocos textos más recientes—, son escasas las propuestas con alcance global que enfrenten la banalidad intelectual dominante. Aun cuando aparecen, suelen habitar niveles de abstracción tan altos que se desconectan de la práctica política contingente. Paralelamente, la desaparición del llamado “peligro comunista” o de cualquier amenaza revolucionaria de tipo plebeyo ha conducido a que las discusiones programáticas se limiten a administrar la misma estructura económica y política bajo moldes rutinarios, desplazando al intelectual por el lobista. Es notable que la crisis europea —particularmente entre 1914 y 1945— representa, en buena medida, una disolución de este proceso de civilización, tanto en su dimensión molecular como general.

Se avecinan décadas densas, marcadas por guerras como la de Rusia y Ucrania en el corazón del teatro europeo, donde predominan las noticias fragmentarias en lugar de modelos explicativos más amplios. Lo que presenciamos es el desplazamiento de capas tectónicas de la historia de los siglos XX y XXI sin que se generen debates estructurales y colectivos sobre nuestros destinos compartidos. Se hacen visibles las señales inequívocas de la desintegración del orden mundial basado en la democracia liberal y el capitalismo industrial, cuyas bases económicas y financieras —aunque erosionadas desde la década de 1990— ahora se muestran con mayor contundencia, velocidad y riesgo.

En este contexto, vale recordar a Thomas Schelling, quien en su ya clásico —aunque no caduco— La estrategia del conflicto reflexionó sobre los dilemas sociales en tiempos de tormenta. A pesar de sus aportes brillantes y de su capacidad para ofrecer herramientas analíticas que permiten anti-

cipar o al menos regular las tragedias, Schelling formulaba su visión desde una política general con vocación explicativa, alejada de las actuales modas dominadas por la técnica de datos y los análisis de corto plazo. Su obra sigue siendo una promesa analítica vigente frente a los desafíos del presente.

La expropiación del poder social de los ciudadanos por parte de los grupos directivos políticos se ha consolidado como una forma de poder oligárquico, cada vez más entrelazado con los intereses económicos. Esta dinámica se ve agravada por la pérdida de una razón política sustantiva en los sistemas de partidos dominantes. La política se ha transformado en mercado: la comunicación instrumental ha desplazado a la movilización social, vaciando de contenido la participación ciudadana. En consecuencia, la teoría democrática ha sido sustituida por un régimen de imágenes, encuestas y votos sin proyecto colectivo.

Los partidos programáticos e interclasistas, así como aquellas estructuras partidarias con vida interna sólida, son hoy figuras casi espirituales, propias del período que va desde la década de 1990 hasta el presente, aunque su decadencia ya se anunciaba desde los años setenta. Lo que ahora prevalece son partidos sin base social orgánica, gestionados como empresas de campaña, con estructuras frágiles y adherentes que solo se activan en momentos críticos definidos no por su voluntad política, sino por los cálculos de sus gerentes electorales (Winters, 2024).

Se acumulan, de forma creciente, tensiones políticas y culturales de amplio alcance en la mayoría de las sociedades occidentales. Sin embargo, estas aún no se traducen en significaciones políticas coherentes ni en movimientos de transformación estructural. No obstante, es importante no confundir este escenario con un retorno a las soluciones totalitarias del siglo pasado ni con una reedición de la lógica amigo-enemigo en clave totalizante, donde el Estado, el pueblo y sus dirigentes se fundían en una unidad homogénea, como postulaba Carl Schmitt.

Durante buena parte del siglo XX, el capital de libre concurrencia adoptó la forma de Estado democrático —entre 1950 y 2001—, mientras

que el socialismo en un solo país, bajo la fórmula del Estado centralizado estalinista, impuso entre 1924 y 1980 una maquinaria de control que suordinó a vastas capas sociales. El fascismo, por su parte, no solo instauró una dictadura, sino que operó desde un clima de deseo de poder mundial, recurriendo al genocidio como dispositivo político central. Este es uno de los aspectos más relevantes para su análisis histórico.

Sin embargo, hoy nos enfrentamos a una singularidad sin referentes claros en el pasado. Lo que predomina es una creciente y estructural desconexión entre las élites y la sociedad. La brecha en ingresos, poder y representación entre el 10 % más privilegiado y el resto de la población marca una diferencia sustantiva. No estamos frente a una simple crisis de la democracia, sino ante un cambio de carácter general, estable y profundo en las estructuras del orden occidental, tanto en su centro como en sus periferias.

En la actualidad asistimos al génesis de un nuevo esbozo de poder absoluto, cuya raíz se asienta en el Estado, pero que despliega su alcance mediante redes de control que penetran profundamente en el tejido social. Este poder no se impone mediante una forma única y visible, sino que actúa de manera diseminada, acotando, cercando y disminuyendo las distintas formas de política deliberante. Se trata de una noción de poder en red, capaz de operar en tiempo real y en cualquier lugar, siempre con el libreto adecuado.

Una de sus correlaciones fundamentales es la represión de toda idea apocalíptica o siquiera dubitativa sobre el porvenir. El tiempo queda así sometido a la lógica del intercambio eficiente, donde las ideas de vida son domesticadas por una fe ciega en el presente. En este marco, dominación y violencia se despliegan dentro de una economía geopolítica de la acción preventiva y represiva mundializada, que busca inmunizar el futuro mediante la repetición del presente.

Los vencedores de este orden son aquellos que articulan un complejo de poder científico, tecnológico, intelectual y productivo, consolidando una hegemonía que se presenta como innovación sin transformación real de las

relaciones de dominio. Así, se producen cambios constantes que, en el fondo, garantizan la continuidad del sistema. Y no faltan los innovadores que ya no saben qué innovar, ni los reformistas que han olvidado qué reformar.

Los nuevos imperios nucleares —China, Estados Unidos y Rusia— se perfilan con sus respectivas áreas de influencia y temáticas clave. Sin embargo, estos tres actores no comparten una matriz común: disputan la hegemonía y la seguridad global desde culturas políticas profundamente distintas. Las huellas de sus historias respectivas deben ser leídas como variables que orientan sus derivas estratégicas. Se trata, por tanto, de lógicas de poder de naturaleza disímil, con estilos propios y programas incompatibles.

Los cambios en la vida de las personas y las sociedades, que ya se venían profundizando en las últimas décadas, están transformando todo el panorama civilizatorio. El deterioro del mundo del trabajo —como consecuencia de la búsqueda creciente de ganancias extraordinarias y del debilitamiento sostenido de los derechos civiles y laborales— no es un fenómeno momentáneo. El aumento de la corrupción refleja una pérdida del sentido de lo colectivo y lo común. La ética, que también funciona como acuerdo y cultura compartida, pierde eficacia cuando sus fundamentos se rompen; el contorno moral se vuelve entonces difuso, incluso irrelevante.

La expansión de delitos graves y crueles en formato de empresas transnacionales nos indica que la visión de una comunidad utópica de futuro se ha disuelto en un océano de humanismo blando. Para muchos, la vida humana ya no tiene un sentido significante. Así, las ciencias sociales —y el mundo que, desde el derrumbe del Muro de Berlín en 1990, se nos impuso como una nueva era histórica, noble y pacífica, celebrada por analistas como un cambio radical hacia la armonía— se enfrentan hoy a una realidad cruda, violenta e incierta.

Sin embargo, esta nueva realidad ha sido poco conceptualizada con epistemes renovadas, a pesar de que transitamos una sociedad marcada por tecnologías de alta densidad científica, el retorno de las guerras y las violencias delictivas transnacionales. Se trata de una mutación cultural

amplia e inédita, que marca el ingreso de la civilización mundial en la incertidumbre como destino. Cada vez es más evidente que nos encaminamos hacia deterioros sociales y psicológicos radicales.

Desde luego, hay variadas alternativas fructíferas y progresivas en potencia para asumir estas tramas desde una soberanía democrática activa, crítica y propositiva, que supere en muchos aspectos las grandes nostalgias de la modernidad y proponga un nuevo lenguaje solidario y común entre las sociedades. Más allá del nihilismo del consumo de los cuerpos y los tiempos de vida, es necesario que esta alternativa se asiente en la dirección y el control de las grandes decisiones que afectan la biopolítica de la vida de todos. No es una sugerencia sin tensiones y fisuras, sino una toma de conciencia teórica, ética y práctica de los cambios en las políticas dominantes. Pero no se llegará a esto sin grandes debates y sin una crisis profunda de la cultura tradicional. No se evidenciarán saltos necesarios sin fracturas diversas.

18

LA TEORÍA SOCIAL Y LOS DRAMAS EN DESARROLLO

La teoría social moderna occidental puede situar sus momentos de arranque en distintos hitos, cada uno inscrito en contextos históricos críticos y agudos. Uno de ellos es Nicolás Maquiavelo, quien construyó las premisas de la teoría política como ciencia; otro, Thomas Hobbes, con su reflexión sobre la relación entre poder, amenaza de muerte y libertad; y otro más, Jean-Jacques Rousseau, con sus fórmulas pactistas sobre el acuerdo, los intereses y la realización de la libertad. Desde una temporalidad distinta, los fundadores de la sociología moderna —Auguste Comte, Émile Durkheim, Max Weber—, junto con las líneas rupturistas de Karl Marx en el siglo XIX, tuvieron amplias repercusiones en un tiempo largo de sueños y decepciones.

La sociología moderna nace, en buena medida, como un intento de respuesta a Marx; pero, al hacerlo, ofrece pistas para comprender el propio orden dominante, tanto con Marx como contra él. Estas ciencias, sin embargo, no lograron estabilizar definitivamente sus objetos, métodos, tareas y límites en el plano de explicar y sugerir sentidos de vida digna y formas colectivas compartidas. Las razones remiten a visiones e intereses divergentes, que impidieron cristalizar un universo conceptual compartido y plural con efectos políticos tangibles y sintéticos desde la teoría social, tanto crítica como funcional.

A pesar de reconocer la necesidad de las discusiones y pugnas de ideas, el momento actual exige —desde las disciplinas sociales y, hoy más aún, desde la economía, la economía política, la geopolítica, e incluso desde la ética, el derecho internacional y las teorías del derecho— un compromiso

mayor con el análisis profundo de los dilemas contemporáneos. Como humanidad global, nos encontramos en un umbral temporal aún desconocido, pero cargado de riesgos evidentes para mantener una línea base de cordura a la cual la universidad también debe contribuir. La elaboración científica no remite a cualquier tipo de producción, sino a los temas más sensibles de la vida histórica y social; precisamente por eso, la crítica se vuelve indispensable.

Retomando lo expuesto, sería posible fortalecer una perspectiva de debate cosmopolita desde el derecho y la política internacional que avance, como propuso Immanuel Kant, hacia un tipo de poder “legislativo, humano, de carácter universal y de extensión mundial”. Esta imagen proyecta la idea de una federación plural y diversa destinada a instaurar el imperio de la ley allí donde ha sido pulverizada por guerras, mafias o corrupciones. Sin embargo, si tomamos esta figura como ejemplo, advertimos que las inercias académicas y políticas predominantes podrían derivar en prácticas más formalistas que transformadoras.

Disponer de un patrón teórico cosmopolita que supere el provincialismo metodológico y el nacionalismo temático no es una demanda nueva. Pero, por ahora, esta idea padece cierta ingenuidad histórica, al menos por dos razones. En primer lugar, porque las grandes potencias e instituciones internacionales actúan en nombre de la humanidad, pero en realidad imponen su voluntad soberana o imperial. En segundo lugar, porque estructuras como la ONU y sus organismos conexos han fracasado en renovar su legitimidad y en ofrecer alternativas institucionales sólidas frente a los desafíos globales contemporáneos.

La institucionalidad internacional forjada tras la Segunda Guerra Mundial —expresada en organismos e instancias multilaterales— atraviesa hoy una pérdida sostenida de legitimidad y eficacia, marcada por una decadencia que, de manera sorprendente, no genera mayor inquietud en amplios sectores. Este deterioro no es un accidente momentáneo, sino el resultado de un largo proceso histórico de desgaste. Desde mediados del

siglo XX, el declive de las grandes cosmovisiones y proyectos intelectuales globales ha dejado a estas estructuras sin una base teórica robusta y con un sustento político débil a escala mundial.

En el siglo XXI, los Estados y los sistemas de dominación y gobernabilidad experimentan un doble movimiento: por un lado, se debilitan institucionalmente; por otro, se vuelven más permeables al poder de los grandes grupos económicos privados. Esta tensión entre Estado y mercado, entre derechos ciudadanos y fuerzas económicas globales, ha fragmentado la cultura política y ha difuminado las posibilidades de transformación social orientadas a mejores condiciones de vida. La propia política ha sido redefinida e, incluso en buena medida, privatizada, absorbida por los intereses de conglomerados financieros y mediáticos.

La derecha histórica, en muchos países, se ve desplazada o contenida por una ultraderecha agresiva, de corte conservador o refundacional, que gana terreno en el plano político y cultural del capitalismo global. Mientras tanto, las izquierdas atraviesan tribulaciones aún más profundas: sin un horizonte utópico compartido, sus discursos se diversifican en múltiples agendas sectoriales de derechos y libertades. En lugar de impulsar transformaciones estructurales, actúan a la defensiva, atrapadas en frágiles equilibrios de gobernabilidad, donde se autoimponen límites discursivos y normativos —responsabilidad fiscal, legalidad institucional, prudencia cultural— sin abrir un debate crítico de fondo sobre el rumbo civilizatorio.

Durante la larga década de 1960, considerada por muchos como los años dorados del ciclo keynesiano, la expansión de las libertades culturales y democráticas enmarcó intensos debates e investigaciones sociales. Universidades y centros de estudio se lanzaron a repensar críticamente el mundo de la sociedad y de la vida. Surgieron diversos autores y categorías para explicar los fenómenos culturales, musicales y filosóficos rupturistas que caracterizaron aquella época, en un momento en que el orden mundial se encontraba ya en proceso de alteración desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

En este contexto, la noción de “sociedad postindustrial”, propuesta por Daniel Bell en 1962, ofreció una primera interpretación de los cambios estructurales que se avecinaban. Bell identificó los efectos profundos de las transformaciones tecnológicas sobre la producción industrial y los perfiles laborales, en el marco de una verdadera revolución tecnocientífica en Occidente, que respondía también al impacto creciente de los consumos energéticos.

Alain Touraine recreó la noción de sujeto como individuo en relación con la dinámica de la sociedad, a partir de una rigurosa sociología del cambio y de la acción, en la que se analizan los proyectos de los actores más allá de las instituciones, dentro de un universo que se acelera sin una definición clara de horizontes. Ulrich Beck, por su parte, afirmó que el análisis sociológico, tradicionalmente anclado en el Estado-nación, debía reconfigurarse hacia una perspectiva transnacional. En su visión de una “sociedad mundial del riesgo”, se produce el tránsito desde una primera etapa de la modernidad hacia una segunda, marcada por el surgimiento de un Estado cosmopolita, en la que la incertidumbre se vuelve el actor relevante.

Según Beck (1998), “por ello, el imperativo de las ciencias sociales —señalado con rigor— es reinventarse como una disciplina transnacional que supere los grilletes de un nacionalismo científico-cultural tan sofocante como infértil”.

Anthony Giddens, con sus intentos de gran síntesis, ensaya un retorno cuidadoso a los autores clásicos, superando el consenso rutinario de las ortodoxias. Lo hace a partir de una revisión crítica e histórica del pensamiento social, orientada a indagar en el mundo de la vida social mediante una analítica del Estado-nación, las estructuras de clase, los grupos y sus conflictos.

Propone examinar los poderes militares, los sistemas de vigilancia y las múltiples formas de violencia que tienden a configurar el panorama internacional contemporáneo (Giddens, 1995). Su esfuerzo apunta a comprender una modernidad exigida —y en gran medida agotada—, forzada a

ir más allá de sus propios límites por las transformaciones de la vida social y por las nuevas necesidades colectivas.

Giddens también se interroga sobre los cambios en la configuración de las izquierdas y las derechas, que ya no responden a los parámetros históricos tradicionales en un mundo sometido a giros inesperados. En este contexto, entre los sujetos, la acción social y las estructuras —económicas, políticas o culturales—, las búsquedas deben comprenderse como opciones existenciales.

El problema de la modernidad ya no es únicamente la búsqueda de estabilidad; su fragilidad estructural se convierte, para Giddens, en un problema radical y no en un simple dato técnico o positivista sofisticado.

Niklas Luhmann y Jürgen Habermas se consolidan como figuras descollantes de la sociología europea —y alemana, en particular— por razones aparentemente semejantes, pero profundamente distintas en sus fundamentos epistémicos: ambos colocan la comunicación en el centro del análisis social, aunque desde enfoques divergentes. Luhmann lo hace desde la teoría de sistemas; Habermas, desde la dialéctica de la acción comunicativa y la búsqueda de sentido en el lenguaje.

Para Luhmann, la sociedad no puede pensarse como un todo homogéneo, sino como un sistema complejo construido a partir de la diferenciación funcional de sus partes. Es en esa diferenciación donde se vuelve posible su propia evolución. Propone categorías novedosas para explicar tanto las estructuras estables como la acción social dentro del sistema. Así, lo social no se deriva de las experiencias individuales aisladas, sino de la forma en que se estructuran las comunicaciones dentro del sistema.

En este marco, la elección individual es altamente impredecible. Los actores operan bajo una lógica binaria —un “sí” o un “no”— frente a cada circunstancia, pero estas decisiones están mediadas por principios complejos, no siempre visibles de inmediato. El sujeto actúa seleccionando entre alternativas posibles, pero dentro de estructuras que condicionan —aunque no determinan por completo— sus elecciones.

De esta forma, el sistema se concibe como una totalidad coherente caracterizada por una unidad de operaciones. La reproducción de dicho sistema depende de una homogeneidad suficiente en sus operaciones, que definen su unidad de manera específica. Esta unidad no se sostiene solo en su interior, sino también en su capacidad de establecer una diferencia constante con su entorno; de lo contrario, el sistema corre el riesgo de disolverse.

Desde esta perspectiva, Luhmann plantea que lo social no puede surgir directamente de la mera interrelación humana, ya que ello presupone simetrías propias de la noción moderna de actores. La solución no reside en el individuo ni en sus vínculos interpersonales, sino en estructuras de sentido que operan como mecanismos de diferenciación y previenen la desintegración del sistema.

Aunque el mundo pueda parecer “del hombre”, Luhmann advierte que lo social no está constituido a imagen del ser humano, sino que responde a una dinámica autorreferencial. Entre el ser humano y la sociedad no hay una correspondencia directa, sino un acoplamiento estructural que permite su coexistencia y mutua afectación sin que uno determine por completo al otro.

En esta lógica, la comunicación es el medio por excelencia de la socialización, pero esto no implica necesariamente un proceso de humanización. Desde la teoría de sistemas, la sociedad no está compuesta por seres humanos en el sentido clásico humanista, sino por procesos comunicativos. En consecuencia, lo que se incrementa no es la humanidad, sino la comunicación, ya que la operatividad estructural del sistema depende de la expansión de sus circuitos comunicativos, no de una ética del reconocimiento.

Autores como Manuel Castells, o las grandes discusiones sobre modernidad y posmodernidad entre Jürgen Habermas y Jean-François Lyotard, junto con las visiones alternativas de Zygmunt Bauman, constituyen algunos hitos recientes de la teoría social contemporánea. En ese mismo mar de intentos, Anthony Giddens y Pierre Bourdieu emprendieron búsquedas de síntesis sociológicas que, en muchos casos, resultaron inconclusas frente a las dinámicas historicistas del poder y el cambio.

Mucho antes, los ecos de la portentosa Escuela de Frankfurt —brillante, trágica y vital—, así como los debates entre capitalismo y comunismo (ya fuera el soviético o el chino), se expandían desde 1949 bajo el paraguas de la Guerra Fría, tanto en sus formas materiales como intelectuales. A ese entorno se sumaron voces relevantes como Hannah Arendt desde Estados Unidos, Raymond Aron y Jean-Paul Sartre desde Francia, o Norberto Bobbio desde Italia.

En América Latina, las teorías de la dependencia comenzaron a anticipar, desde al menos 1974, el cierre de una etapa histórica marcada por la prosperidad y la democracia en Occidente. Aunque los campos de análisis eran diversos, compartían un signo común: la necesidad de comprender el mundo en sus transformaciones profundas, desde academias y centros de estudio que apostaron por construir patrones amplios de interpretación. En conjunto, estos intentos ayudaron a redefinir categorías y prácticas teóricas con efectos duraderos.

19

UNAS CONCLUSIONES

EN ESTE CAMINO

Las sendas de transformación en curso, que hemos expuesto de forma sucinta, remiten a una crisis profunda de reproducción de un modelo civilizatorio que rigió durante los siglos XIX y XX, y que hoy se deshilacha en múltiples frentes. A pesar de ello, no emergen aún lógicas ni prácticas alternativas sólidas. De este panorama se derivan las incertidumbres y fragilidades que atraviesan los órdenes políticos y culturales contemporáneos.

Desde mediados del siglo pasado, la forma financiera del capital ha impuesto con creciente fuerza una lógica de concentración y centralización del poder, la riqueza y el dominio, con impacto en cada rincón del planeta. En los últimos años, nuevas fracciones tecnológicas y científicas del capital han conformado alianzas estratégicas con el capital financiero, generando centros de poder material expansivos y profundamente influyentes. A esta reconfiguración se suma una lucha geopolítica cada vez más explícita: por un lado, Estados Unidos intenta recuperar su dinamismo global; por otro, China ha alcanzado niveles de crecimiento y desarrollo altamente impactantes. El retorno de Rusia como actor internacional relevante, aunque más reciente, añade un nivel adicional de complejidad a este escenario.

En este contexto, las guerras y las tensiones agudas no son anomalías, sino el resultado lógico de las dinámicas descritas. Incluso, no puede descartarse que estas disputas escalen hasta niveles de grave conflictividad global.

La denominada Escuela del Capitalismo Global sostiene —con notable solvencia teórica, en nuestra opinión— que los procesos de globalización y mundialización deben entenderse desde una teoría materialista

crítica. Esta perspectiva permite analizar el tránsito desde una economía mundial hacia una economía global, lo cual implica un cambio estructural y profundo de época histórica.

En ese sentido, lo que observamos hoy es la manifestación de tendencias múltiples y simultáneas dentro de la propia globalización, que lejos de contradecir el orden del capital, lo amplifican a niveles extremos e inestables. Esta expansión, en lugar de disolver el poder del capital, acentúa su lógica de concentración y desigualdad a escala planetaria.

Las crisis funcionan como mecanismos de cambio y de búsqueda de nuevos equilibrios dentro del régimen capitalista. Lejos de ser meras anomalías, constituyen momentos de reconfiguración estructural en los que se destruyen formas caducas de organización económica y social, y emergen nuevos modos de producción de riqueza, renta y ganancia.

Este proceso no se explica únicamente por la lucha entre capital y trabajo —expresada en la tensión entre ganancia y salario—, sino que involucra también otros factores cruciales: los niveles de desarrollo tecnológico, la organización del trabajo, las tasas de cesantía, las estructuras culturales vigentes y el grado de organización y conciencia pública.

Aunque las formas políticas que adoptan estas crisis pueden variar, todas comparten el impulso por alcanzar una nueva estabilidad sistémica, incluso si esta se da bajo lógicas más excluyentes, fragmentadas o desiguales que las anteriores.

Un capitalismo basado en el conocimiento y soportado en nuevas tecnologías puede facilitar el diseño y la aplicación de políticas frente a las crisis. Sin embargo, la innovación tecnológica, por sí sola, no garantiza la resolución simultánea de los problemas estructurales que aquejan al sistema: rentabilidad, ganancia y gobernabilidad. Es decir, el dinamismo técnico no suple las contradicciones de fondo del orden capitalista.

Como señaló Marx, las crisis condensan todas las contradicciones del sistema en un solo ciclo: desde la concentración real del capital hasta

las pugnas internas de la sociedad dominante. En ese sentido, las salidas que aparentan ser soluciones sólidas —incluso exitosas en el corto plazo— pueden revelarse como caminos equivocados a mediano o largo plazo.

Conviene recordar que la crisis no actúa como un sujeto consciente, sino como un fenómeno compuesto por múltiples variables estructurales y contingentes que configuran escenarios diversos. La política, en sus formas institucionales y de lucha, es la que debe disputar y gestionar estas posibilidades históricas.

La creciente concentración y centralización de la renta capitalista ha fortalecido al Estado como actor articulador de una vasta red de influencias comunicacionales y alianzas con grupos de poder a escala mundial. Este entramado ha contribuido a configurar un monopolio internacional de la opinión pública y de la formación cultural y política, especialmente tras el derrumbe de la Unión Soviética, lo que ha debilitado drásticamente la pluralidad del espacio público.

En este marco, la reproducción social del orden histórico actual no solo se expresa en los mecanismos económicos, sino también en las prácticas culturales cotidianas, que actúan como vehículos de legitimación y estabilización del sistema. Esta reproducción garantiza la estabilidad política, pero lo hace siempre de forma mediada, a través de diálogos, acuerdos, tensiones y pugnas que emergen en el seno mismo de las relaciones sociales.

Dicha reproducción incide no solo en la formación técnica de la fuerza de trabajo, sino también —y de manera más profunda— en la constitución de la mentalidad, en los hábitos, emociones, deseos y códigos éticos que conforman el cuerpo biológico y cultural del trabajo. Se trata, por tanto, de un proceso de naturalización de las formas de vida, donde el conflicto cultural, ético y político atraviesa la cotidianidad, definiendo cómo se vive y cómo se elige vivir.

Hacia 1990 se instaló la idea de que el orden capitalista ingresaba en una nueva edad de oro: estabilidad política, crecimiento económico amplio

y sostenido, y un despliegue tecnológico equivalente a una cuarta revolución basada en el saber y la técnica. Las luchas sociales en la periferia del sistema eran contenidas, aisladas o relegadas como fenómenos marginales, mientras se abría una ventana geopolítica inédita: Rusia —recién salida de la disolución soviética— mostraba una tendencia a acercarse a Occidente, con la posibilidad incluso de integrarse a la OTAN, lo cual era percibido como una oportunidad estratégica sin precedentes para la consolidación de un nuevo orden global.

En 1995 se crea la Organización Mundial del Comercio (OMC), diseñada para sustentar y normar ese nuevo orden económico global mediante una arquitectura institucional dedicada a garantizar las reglas de la apertura económica y la liberalización de mercados. En ese marco, la llamada “nueva economía” dejaba de ser una superstición teórica o un simple constructo ideológico para convertirse en realidad tangible, expresa en políticas públicas, reformas estructurales y expansión del capital financiero y tecnológico.

La élite fundadora del globalismo transnacional —en sus dimensiones teórica, política y económica— vivió allí un momento de consolidación y proyección. Se abría un ciclo histórico que prometía la expansión sin restricciones del capital, con el respaldo de una gobernanza supranacional en formación, capaz de proyectar el dominio del capital más allá de las fronteras nacionales.

Estas nuevas clases políticas globalizadas pasaron a una acción ofensiva y agresiva en cada lugar del mundo. Este capitalismo globalizado oscila y entra en conflicto con los territorios locales y sus grupos dirigentes, imponiendo la mayoría de las veces este nuevo patrón de crecimiento desde arriba.

Las teorías de las crisis políticas y económicas se precipitaron en torno a algunos rasgos estructurales, entre los cuales destacan:

- La sobreproducción frente al subconsumo.
- Las crisis políticas de representación y gobernabilidad.
- Las crisis de legitimidad, persistencia y gestión del ciclo de capital y del dominio del Estado-nación.
- Las crisis entre explotación, naturaleza y vida social.

Las sociedades y los seres humanos creativos y participativos irrumpen en numerosas situaciones de tumultos sociales y en la agonía de algunos sistemas políticos, sin cesar en recuperar la confianza en sí mismos, aun cuando las oligarquías de distinto tipo buscan disciplinar sus vidas. La construcción de niveles distintos de desarrollo, aunque desiguales, produce siempre efectos; la empatía con formas diversas de vida y el respeto al desarrollo humano complejo constituyen también un dato básico de estudio. Las contradicciones entre economía y naturaleza son internas a la lógica económica; la tensión irresoluble entre poder y libertad también lo es.

Las pugnas hegemónicas no son solo luchas de ideas, sino de dominio y dirección; por ello, se debe partir de un análisis de las estructuras dominantes de poder. La hegemonía occidental actual, en la medida en que otorga recompensas, recursos, relaciones, mercados y prestigio, mantiene una iniciativa estratégica que, a pesar de sus curvas de decadencia, sigue siendo poderosa. Los esfuerzos chinos y rusos transitán de otra forma y por otras vías. La imagen de Gramsci —las guerras de posición frente a las guerras de movimiento—, de Liddell Hart o de Carl Clausewitz, resulta pertinente. Hay una formación civil-social a escala mundial que, en muchas circunstancias, es periférica respecto de los poderes centrales, pero cuya potencia es importante, como se vio en las primaveras árabes o en América Latina entre 2018 y 2019.

Existe una potencia de rebelión mundial poco observada, en tanto solo vemos el juego de las grandes potencias, aunque esa potencia se encuentre también semicongelada en términos globales. Una de las nociones insistentes para entender el giro de época es la del paso del imperialismo clásico —estudiado por Rudolf Hilferding, Otto Bauer y Rosa Luxemburgo

a inicios del siglo XX— al Imperio como totalidad sistémica propuesto por Toni Negri. En su obra de 2000, Negri expone un esquema muy distinto al clásico: un arco de capitalismo integrado a los cuerpos del biopoder, articulado en redes y formador de una multitud heterogénea de resistencias reales y posibles. Este libro ha generado amplios debates sobre las revisiones de la teoría clásica: indicaciones que abren paso a agudos debates estratégicos, en tanto remiten a conclusiones prácticas.

Desde una mirada de geopolítica crítica, centrada en las condiciones de estabilidad sistémica de las regiones y los países, queda claro que no basta con estudiar la relación de poder mundializada como poder estratégico y material. Se trata, más bien, de comprender una amplia y efectiva cooperación productiva, que reconfigura cada fuerza económica, creativa y comunicacional en fuerza productiva. Cuando esta forma dominante de cooperación se obstaculiza o es negada por algún poder, todo el orden internacional tiembla.

La cooperación, aun sustentada en bases hegemónicas, resulta indispensable para la estabilidad sistémica. Hoy, esta cooperación está siendo cuestionada por Estados Unidos y, en menor medida, por la Unión Europea. Desde el ángulo de la historia política, donde hay poder también hay resistencias y alteridad. Las fuerzas del orden geopolítico mundial, que hasta hace menos de una década aún permitían cierta cooperación, se encuentran ahora en plena faena de desorden y búsqueda de control, incluso por medio de las armas.

Las élites mundiales corporativas y burocráticas, que vienen actuando desde fines de los años 1980 hasta aproximadamente 2010, se esforzaron de manera coherente por dirigir la situación mundial basadas en un discurso globalista de perfil modernizante y culturalmente libertario: el programa de la paz liberal democrática. Mediante instituciones multinacionales y gestores de ideas e imágenes —quizás las figuras más representativas de este modelo sean los gobiernos de Barack Obama a Joe Biden en Estados Unidos, o de Macron en Francia—, por una parte desarmaron el Estado

keynesiano y, por otra, mundializaron redes de poder en esquemas de acumulación de capital flexible, privatizando las funciones públicas, la propia seguridad y la guerra.

Este programa, acariciado por las cumbres de Davos (foro anual organizado por el Foro Económico Mundial en Suiza, donde se reúnen líderes empresariales, políticos, intelectuales y periodistas para discutir problemas globales), se alimenta de ideas neoliberales cuyas fuentes teóricas se encuentran en Ludwig von Mises y Friedrich Hayek.

Mises fue un economista austriaco que defendió el libre mercado como mecanismo esencial de coordinación económica y sostuvo que cualquier forma de intervención estatal conducía a la pérdida de eficiencia y libertad. Hayek, también economista austriaco, compartió muchas de estas ideas y advirtió contra los peligros del colectivismo, defendiendo que solo una economía de mercado sin intervención podía garantizar la libertad individual y el progreso social. Ambos influyeron profundamente en el pensamiento económico neoliberal que inspiró la reconfiguración del orden mundial en la era posguerra fría. Este programa tenía también antecedentes en la Comisión Trilateral hacia fines de los años 1970 —organización no gubernamental enfocada en promover la cooperación entre América del Norte, Europa occidental y Japón, cuyo objetivo principal era fomentar la comprensión mutua y la colaboración en asuntos comunes que enfrentan los tres bloques económicos (Japan Center for International Exchange, 2024).

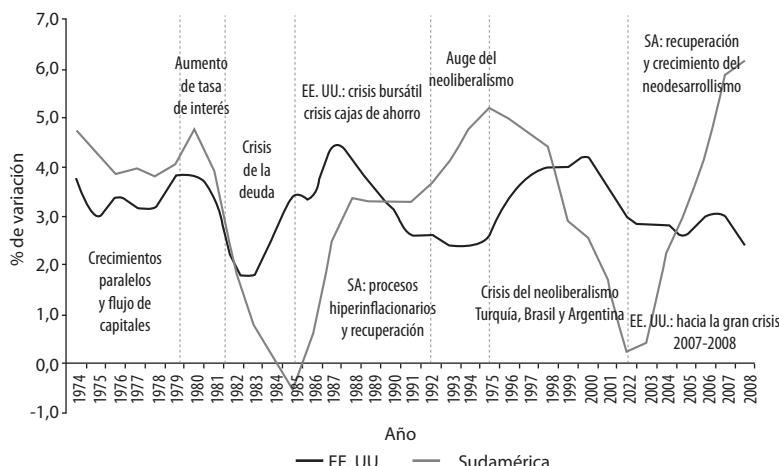
Las élites globalistas se apoyan en un modelo de mundo cuya soberanía está orientada por núcleos transnacionales independizados de las identidades y los gobiernos nacionales. Ese modelo se asienta en un proceso histórico profundo y representa un programa de reformas del mundo bajo la tesis de una gobernabilidad intencional, inducida desde las cúspides, que empuja un redibujo de las pirámides de poder del planeta.

Este proceso se inicia con la Comisión Trilateral y continúa con el Consenso de Washington, hoy acompañado por grandes corporaciones financieras como BlackRock, en dinámicas de un globalismo ideológico

de gobernanzas articuladas alrededor del FMI. Estas gobernanzas rebasan toda soberanía clásica anterior y operan mediante redes que actúan en contextos de control, dirección y poder en cada lugar, en ocasiones formuladas como el “reinicio” de la Agenda 2030 por parte de Naciones Unidas, la OEA, los foros de Davos, múltiples ONG y diversos medios mundiales de comunicación, como CNN. La definición de estos objetivos se realiza con frecuencia a puertas cerradas, con el concurso de personajes como Bill Gates, Mario Draghi, Larry Fink o Klaus Schwab.

Las anomalías de la historia vuelven a poner en evidencia sus gestos astutos y cínicos. Se desarrolla una aguda lucha en Estados Unidos y Europa entre los globalistas de la Agenda 2030 y quienes se articulan en alianzas con sus Estados nacionales, mercados y empresarios internos como base social y política.

Gráfico 1. Comparación entre los ciclos de EE. UU. y América del Sur



Fuente: adaptado de Rapoport y Brenta (2010).

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos.
- Agamben, G. (2017). *Stasis: La guerra civil como paradigma político* (Homo sacer II, 2). Adriana Hidalgo.
- Amin, S. (1974). *La acumulación a escala mundial: Crítica de la teoría del desarrollo*. Siglo XXI Editores.
- Bank of America Institute. (2025). *The world in 2030, Part 2*. Bank of America Institute.
- Bauman, Z. (2001). *En busca de la política*. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Paidós.
- Bloch, E. (2000). *El espíritu de la utopía*. Trotta.
- Bloch, M. (1996). *Apología de la historia o el oficio de historiador*. Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N. (2022). *El futuro de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Braga, F., Criado, P., Minzer, C. J. y Montoto, J. N. (2006). *Manual de ajedrez*. Comunidad de Madrid, Dirección General de Promoción Deportiva. (ISBN 84-451-2888-4).
- Braudel, F. (2000). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica.
- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Paidós.
- Brzezinski, Z. (2012). *Strategic vision: America and the crisis of global power*. Basic Books.
- Canetti, E. (1981). *Masa y poder*. Muchnik.
- Castany Prado, B. (2022). *Una filosofía del miedo*. Anagrama.
- Chomsky, N. (2016). *¿Quién domina el mundo?* Ediciones B.
- Clausewitz, C. von. (2014). *De la guerra* (C. Fortea, trad.). La Esfera de los Libros. (Obra original publicada en 1832).
- Corbino, M.J. (2017). Reseña de *Del Atlántico al Pacífico: Reconstruyendo el orden global*, de A. Oropeza García. *Relaciones Internacionales*, 26(53), 270-272.
https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2314-27662017000200018

- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos. http://kaleidoscopio.com.ar/fs_files/user_img/textos_estetica%20recep_cion/Deleuze_Guattari_Mil%20mesetas.pdf
- Deleuze, G. (2005). *Derrames: Entre el capitalismo y la esquizofrenia* (Serie Clases, 2). Cactus.
- Del Soldà, P. (2023). *La vida fuera de uno mismo: Una filosofía de la aventura*. Tusquets.
- Doyle, M.W. (1986). Liberalism and world politics. *American Political Science Review*, 80(4), 1151-1169.
- Draghi, M. (2024). *El futuro de la competitividad europea* [Informe para la Comisión Europea]. Comisión Europea.
- Dussel, E. (2010). El siglo XXI: Nueva edad en la historia de la filosofía en tanto diálogo mundial entre tradiciones filosóficas. *Signos Filosóficos*, 12(23), 119-140. <https://www.scielo.org.mx/pdf/signosf/v12n23/v12n23a5.pdf>
- Dussel, E. (2022). *16 tesis de economía política*. Siglo XXI Editores.
- Elias, N. (1989). Ejemplos literarios de las relaciones entre la intelectualidad alemana de clase media y los cortesanos. En N. Elias, *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (p. 73). Fondo de Cultura Económica.
- Esposito, R. (2011). *Bíos: Biopolítica y filosofía*. Amorrortu.
- Fanon, F. (2016). *Los condenados de la Tierra*. Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social.
- Febvre, L. (1970). *Combates por la historia*. Ariel.
- Ferraris, M. (2023). *Documanidad: Filosofía del mundo nuevo*. Alianza.
- Fisher, M. (2024). *Deseo postcapitalista: Las últimas clases*. Caja Negra.
- Foucault, M. (2001). El panoptismo. En *Sociología* (ficha de cátedra). Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de la República. <https://www.fadu.edu.uy/sociologia/files/2012/02/ficha3.pdf>
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura* (J. Martínez Serra, trad.). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1929).
- Fromm, E. (1941). *El miedo a la libertad*. Paidós.
- Fromm, E. (1964). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. FCE.
- Fromm, E. (2022). *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo XXI Editores.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Free Press.
- Fukuyama, F. (2022). *El liberalismo y sus desencantos*. Ariel.
- Fumagalli, A. (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo: Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Bioeconomía-TdS.pdf>
- Gallardo Castañeda, M. (2018). El aporte de la historia al pensamiento estratégico. En *El pensamiento estratégico: Una habilidad para anticiparse al futuro* (pp. 33-43). Academia de Guerra del Ejército de Chile. <https://publicacionesacague.cl/index.php/tica/article/view/160>

- Geertz, C. (1996). *Los usos de la diversidad*. Paidós.
- Gibbon, E. (2012). *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (vol. 1). Atalanta.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu.
- Gorz, A. (1964). *Historia y enajenación*. Fondo de Cultura Económica.
- Gramsci, A. (2023). *Cuadernos de la cárcel*. Akal.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa* (vols. 1-2). Taurus.
- Habermas, J. (1999). *Teoría de la acción comunicativa I: Racionalidad de la acción y racionalización social* (reimp.). Taurus. https://pics.unison.mx/doctadoro/wp-content/uploads/2020/05/Teoria-de_la_accion_comunicativa-Habermas-Jurgen.pdf
- Habermas, J. (2023). *Conocimiento e interés*. Taurus.
- Hall, S., Massey, D., & Rustin, M. (2013). After neoliberalism? Analysing the present. *Soundings*, 53, 8-22. <https://doi.org/10.3898/136266213806045656>
- Halper, S. y Clarke, J. (2004). *America alone: The neo-conservatives and the global order*. Cambridge University Press.
- Han, B.-C. (2022). *Capitalismo y pulsión de muerte: Artículos y conversaciones*. Herder.
- Hardt, M. y Negri, T. (2002). *Imperio*. Paidós. (Obra original publicada en 2000 como *Empire*).
- Heidegger, M. (1927/2003). *Ser y tiempo* (J. E. Rivera, trad.). Trotta.
- Hobsbawm, E. (1997). *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Grijalbo. https://www.fluc.unl.edu.ar/olimphistoria/paginas/manual_2009/docentes/modulo2/texto1.pdf
- Hobsbawm, E. (2000). *La historia del siglo XX*. Crítica.
- Hobsbawm, E. (2016). Entrevista sobre el siglo XXI (A. Polito, entrevista). Crónica.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Trotta.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós.
- Husserl, E. (2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Prometeo.
- Ibáñez, J. (1991). *El regreso del sujeto: La investigación social de segundo orden*. Amerindia.
- Jacobsen, A. (2025). *Guerra nuclear: Un escenario*. Debate.
- Japan Center for International Exchange. (2024). *The Trilateral Commission*. Japan Center for International Exchange. <https://jcie.org/programs/trilateral-commission/>
- Jaran, F. (2019). *La huella del pasado*. Herder.
- Kagan, R. (2008). *El retorno de la historia y el fin de los sueños*. Taurus.
- Kagan, R. (2018). *The jungle grows back: America and our imperiled world*. Alfred A. Knopf.
- Kaplan, R. D. (2019). *El retorno del mundo de Marco Polo*. RBA Libros.

- Kennedy, P. (1989). *Auge y caída de las grandes potencias: Transformación económica y conflicto militar, 1500-2000*. Plaza & Janés.
- Keynes, J.M. (2002). *Las consecuencias económicas de la paz*. Crítica.
- Kissinger, H. (2014). *Orden mundial: Reflexiones sobre el carácter de las naciones y el curso de la historia*. Debate.
- Kissinger, H. (2023). *Liderazgo: Seis estudios sobre estrategia mundial*. Debate.
- Kojève, A. (2013). *Introducción a la lectura de Hegel*. Trotta.
- Kondratieff, N.D. y Stolper, W.F. (1935). The long waves in economic life. *The Review of Economics and Statistics*, 17(6), 105-115. <https://doi.org/10.2307/1928486>
- Lazzarato, M. (2012). *The making of the indebted man: An essay on the neoliberal condition*. Semiotext(e).
- Lefort, C. (2020). *Maquiavelo: Lecturas de lo político*. Trotta.
- López Herrador, M. (2024). *Los poderosos: La rebelión de las élites mundiales*. Sekotia.
- Lukács, G. (1968). *El asalto a la razón: La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. Grijalbo.
- Lyotard, J.F. (2008). *La condición posmoderna: Informe sobre el saber*. Cátedra. (Obra original publicada en 1979).
- Mac Sweeney, N. (2024). *Occidente: Una nueva historia de una vieja idea*. Paidós.
- Maquiavelo, N. (1999). *El principio*. Universidad de Cádiz. https://ocw.uca.es/plugfile.php/1491/mod_resource/content/1/El_principe_Maquiavelo.pdf
- Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Joaquín Mortiz.
- Marcuse, H. (1968). *El final de la utopía*. Ariel.
- Marini, R.M. (2008). *América Latina: Dependencia y globalización*. Clacso.
- Marini, R.M., & Rivas, P. (2012). *El maestro en rojo y negro*. IAEN. <https://elsudamericano.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/07/el-maestro-en-rojo-y-negro-ruy-mauro-marini.pdf>
- Marshall, T. (2021). *Prisioneros de la geografía*. Península.
- Marx, K. (1977). *Teorías sobre la plusvalía*. Crítica.
- Marx, K. (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI Editores. https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/92_Marx_Contribuci%C3%B3n_a_la_cr%C3%ADtica.pdf
- Marx, K. (2008). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (M. Milligan, trad.). Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1844).
- Mandel, E. (1972). *El capitalismo tardío*. ERA.
- Mearsheimer, J.J. (2001). *The tragedy of great power politics*. W. W. Norton.
- Michels, R. (1911). *Los partidos políticos: Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Amorrortu.
- Morgenthau, H.J. (1948). *Política entre las naciones: La lucha por el poder y la paz*. Knopf.

- Muñoz, B. (s. f.). *Escuela de Frankfurt* [Apunte de cátedra]. Universidad de Murcia. https://www.um.es/tic/LIBROS%20FCI-I/ESCUELA%20DE%20FRA_NKFURT.pdf
- Negri, A. (1993). *La anomalía salvaje: Ensayo sobre poder y potencia en Baruch Spinoza*. Anthropos.
- Negri, T. (1980). *Del obrero-masa al obrero social*. Anagrama.
- Negri, T. (1998). *El exilio*. El Viejo Topo.
- Nietzsche, F. (2024). *El nacimiento de la tragedia*. Gredos.
- Nolan, P. (2014). *¿Está China comprando el mundo?* IAEN (colección Prácticas Constituyentes, 1).
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación. Quipu / Traficantes de Sueños*. https://traficantes.net/sites/default/files/Polanyi,_Karl_-_La_gran_transformacion.pdf
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD]. (2025). *Informe sobre desarrollo humano 2025*. PNUD.
- Rachman, G. (2022). *La era de los líderes autoritarios*. Crítica.
- Rapoport, M. y Brenta, N. (2010). La crisis económica mundial: ¿el desenlace de cuarenta años de inestabilidad? Problemas del Desarrollo. *Revista Latinoamericana de Economía*, 41(163), 7-30.
- Rawls, J. (2000). *Liberalismo político*. Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2019). *Freud: Una interpretación de la cultura*. Siglo XXI Editores. <https://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-i/files/2017/09/Ricoeur-Paul-Freud-Una-Interpretacion-De-La-Cultura.pdf>
- Rivas, P. (2007). *Chile, un largo septiembre*. LOM.
- Rivas, P. (2014). *La ética disidente de la universidad en crisis*. IAEN. <http://editorial.iaen.edu.ec/wp-content/uploads/sites/12/2016/06/La-e%C3%81tica-disidente-de-la-Universidad-en-crisis.pdf>
- Rivas, P. (2019). La geopolítica: Paradojas y anomalías. *Estado & comunes*, 2(9), 69-86. https://doi.org/10.37228/estado_comunes.v2.n9.2019.118
- Rivas, P. (2021). *Pensando a Raymond Aron y la guerra de Clausewitz*. IAEN.
- Rivera Ríos, M.A., Araujo Loredo, O.D., García Veiga, J. y Lujano López, J.B. (2023). *El capitalismo del quinto Kondratiev: Acumulación de capital, tecnología digital y procesos socioinstitucionales*. Fondo de Cultura Económica.
- Robinson, W.I. (2014). *Una teoría sobre el capitalismo global*. Siglo XXI Editores.
- Robinson, W.I. (2021). *El capitalismo global y la crisis de la humanidad*. Siglo XXI Editores.
- Rodrik, D. (2011). *The globalization paradox: Democracy and the future of the world economy*. W. W. Norton.
- Roitman, M. (2003). *El pensamiento sistémico: Orígenes del social conformismo*. Siglo XXI Editores.

- Roucek, J.S. (1976). El Oriente Medio en la geopolítica. *Revista de Política Internacional*, 144, 173-234.
- Sader, E. (2004). *La venganza de la historia: Hegemonía y contra-hegemonía en la construcción de un nuevo mundo posible*. Clacso / Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez Ramírez, P.T. (2016). El conflicto en Ucrania: El primer enfrentamiento serio de Rusia con Occidente durante la etapa de la post-Guerra Fría. *Foro Internacional*, 56(2), 470-502. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-013X2016000200470
- Slaughter, A.M. (2004). *A new world order*. Princeton University Press.
- Small, M. y Singer, J.D. (1976). The war proneness of democratic regimes, 1816-1965. *Jerusalem Journal of International Relations*, 1(1), 50-69.
- Smith, M.E.G., & Hayslip, T. (2024). *Thinking systematics: Critical-dialectical reasoning for a perilous age and a case for socialism*. Fernwood Publishing.
- Spierling, V. (2024). *Nada más asombroso que el hombre: Una historia de la ética desde Sócrates hasta Adorno*. Acantilado.
- Spinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Trotta. <https://sommacles.wordpress.com/wp-content/uploads/2018/07/baruch-spinoza-etica-demostrada-segun-el-orden-geometrico-trotta-2000.pdf>
- Touraine, A. (1965). *Sociología de la acción*. Ariel.
- Toynbee, A.J. (1967). *La civilización puesta a prueba*. Emecé.
- Vargas Huanca, G. (2020). El realismo. *Puriq*, 2(2), 47-50. <https://doi.org/10.37073/puriq.2.2.75>
- Vattimo, G. (1989). *La sociedad transparente*. Paidós.
- Villa, M. y González, D. (2004). Dinámica demográfica de Chile y América Latina: Una visión a vuelo de pájaro. *Revista de Sociología*, 18, 81-116. <https://doi.org/10.5354/0719-529X.2004.27802>
- Wallerstein, I. (2016). *El moderno sistema mundial I: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI Editores.
- Waltz, K.N. (1959). *Man, the state, and war: A theoretical analysis*. Columbia University Press.
- Weber, M. (1944). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica.
- Winters, J.A. (2024). *Oligarquía: La historia de dominación, poder y privilegio de las oligarquías desde la Antigüedad hasta hoy*. Arpa.
- Žižek, S. (2024). *Contra el progreso* (Reflexiones n.º 001). Paidós.

En el tablero geopolítico se libran diferentes conflictos, con valores relativos desiguales. El acelerado ascenso de ciertas élites en el contexto mundial se ha cimentado en la inversión en ciencia y tecnología, así como en el control de las narrativas discursivas que orientan la opinión pública, las cuales legitiman decisiones y actos geopolíticos.

Este libro nos introduce en la hermenéutica de diversos recursos multidisciplinarios que combinan varias perspectivas —como la filosofía, la geopolítica, la epistemología, el pensamiento complejo y la prospectiva— que permiten una relectura crítica de la historia como herramienta estratégica. Por ello, se instituye como un acto de lucidez frente al creciente caos y las tensiones que enfrenta el mundo contemporáneo.



ISBN: 978-9942-843-52-4



9 789942 843524